

Documentos CIDOB

Asia; 17

Los Estados Unidos y el ascenso de China. Implicaciones para el orden mundial.

Luis Francisco Martínez Montes

documentos



Serie: Asia

Número 17. Los Estados Unidos y el ascenso de China.
Implicaciones para el orden mundial

© Luis Francisco Martínez Montes

© Fundació CIDOB, de esta edición

Edita: CIDOB edicions

Elisabets, 12

08001 Barcelona

Tel. 93 302 64 95

Fax. 93 302 21 18

E-mail: publicaciones@cidob.org

URL: <http://www.cidob.org>

Depósito legal: B-46.802-2001

ISSN: 1696-9987

Imprime: Cargraphics S.A.

Distribuye: Edicions Bellaterra, S.L.

Navas de Tolosa, 289 bis, 08026 Barcelona

www.ed-bellaterra.com

Barcelona, junio de 2007

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL ASCENSO DE CHINA

Implicaciones para el orden mundial

Luis Francisco Martínez Montes*

Junio de 2007

*Miembro de la Carrera Diplomática, Consejero de la Representación
Permanente de España ante la Organización de Seguridad
y Cooperación en Europa (OSCE)

El presente documento refleja las opiniones personales del autor

Sumario

Prólogo

Augusto Soto 7

Nota del autor 15

La hegemonía de los Estados Unidos: entre la geopolítica y la globalización..... 19

Dos dimensiones del poder 19

Hacia una decisión existencial 24

El doble reto de China y la respuesta estadounidense 29

La nueva “cuestión china” 29

El doble ascenso de China: la geopolítica 31

El doble ascenso de China: la globalización 68

El doble desafío..... 77

La respuesta estadounidense. Halcones y pandas 79

China y el retorno de un universo plural 95

La visión del poeta 95

El pasado del futuro 99

El presente del futuro 127

Epílogo 133

Coda 137

Referencias bibliográficas 141

Prólogo

Augusto Soto

Consultor, y profesor en ESADE

El polifacético texto prologado aquí destaca en tratar un asunto geopolítico clave de nuestro tiempo, que constituye a la vez una de las coordenadas centrales de la globalización.

Escribir en nuestro medio sobre el orden mundial pensando el ascenso chino en la interacción con el poder que ya ejercen los Estados Unidos tiene un valor añadido. Es cierto que durante décadas hemos contado con análisis dedicados a la política exterior estadounidense –la más conocida del mundo– y en los últimos años crece la edición de libros y artículos dedicados a asuntos chinos. Es más, desde hace poco disponemos de observatorios virtuales y de prospectiva dedicados a China y a Asia Pacífico.

Con todo, sorprendentemente, pese a ser muy valiosas, aún son pocas las obras propias dedicadas a las relaciones internacionales de China. Aún somos demasiado receptores de obras escritas en países o escuelas ancladas en sus propias tradiciones de análisis académico o intereses nacionales.

El largo artículo, y a la vez ensayo, “Los Estados Unidos y el ascenso de China. Implicaciones para el orden mundial”, es obra de un concienzudo estudioso de la política exterior norteamericana. Una dedicación profundizada en Estados Unidos y probada en la interacción diplomática, en una dinámica a la que se añaden misiones desarrolladas en embajadas en Eurasia.

Los siguientes párrafos resaltan ideas fundamentales del original, aunque éste es un ejercicio de glosa y crítica desprovisto del imán del texto original, de alta calidad argumentativa.

Un mérito interno del extenso ensayo es aproximarse a la relación bilateral tomando en cuenta los principales enfoques que explican la naturaleza histórica del poder norteamericano, desde el inicio de su ascenso internacional, con Asia Pacífico como escenario destacado. Al hacerlo,

Martínez Montes escudriña en los entresijos del traspaso de poder mundial desde el imperio británico tardío y en coincidentes aspectos de la civilización contemporánea que conducen a candentes asuntos. Por ejemplo, emerge la pregunta fundamental: ¿Prevalecerán las barreras que permiten la permanencia de un mundo ordenado y jerarquizado de estados encabezados por Washington, constitutivo del largo “siglo americano”, o se derribará ese orden a favor de flujos materiales e inmateriales de la globalización que también lidera Estados Unidos, pero cuyo curso se está tornando más impredecible?

Martínez Montes interpreta el “ascenso pacífico” sínico dentro de la apreciación que alerta de las posibilidades de confrontación en las que acaso se pueda enredar China, que por el solo hecho de ser y estar con su creciente peso en el mundo, es un desafío al dominio geopolítico y globalizador norteamericano.

Por otra parte, más adelante, sustentado en la observación analítica actual, el autor igualmente sopesa que ni Washington ha optado por una política unívoca de enfrentamiento –diríamos que sigue una ambigüedad estratégica– ni hay evidencia de un Pekín con un plan coherente para enfrentarse a Estados Unidos. Igualmente indeterminada aparece la oportunidad para una abierta confrontación. El *tempo* es importante porque también cabe la probabilidad de un período para un liderazgo compartido. Sugerente es que el autor infiera que si la suma del poder chino en las dimensiones geopolítica y globalizadora alcanza la suficiente magnitud para lograr desplazar de la primacía en ambos ámbitos, globalizador y geopolítico, y de forma sincrónica a Estados Unidos, forzará a este país “a definir su verdadera naturaleza histórica”.

China tiene una presencia geopolítica mayor en los espacios contiguos y otra menor, aunque perceptible, en todos los continentes, bien descrita y actualizada. El autor dedica el espacio que se merece al análisis de la globalización económica, con una cierta perspectiva china, tanto respecto de las industrias por las que se ha hecho más conocido el país como por las de más valor añadido. En estas últimas rescata este prologuista

—ironías de la historia—, la “eficiencia relativa” de Mackinder citada por el autor al inicio del artículo como fuente explicativa material del ascenso norteamericano. En fin, igualmente se contextualiza el impacto de China en la oferta y la demanda global de factores como el trabajo y el capital, pero en un titánico despliegue que lleva al desequilibrio entre provincias y a una pulsión variada de fuerzas centrífugas. En suma, lo que resume la mezcla de fortalezas y debilidades del país-continente.

Pese a lo anterior, el texto entiende que China muestra en qué medida las fuerzas de la globalización y de la geopolítica no son contradictorias, sino más bien complementarias puesto que Pekín emplea a la primera tanto como puede para alcanzar las metas de la segunda. Con este telón de fondo Martínez Montes adelanta las percepciones y posibles respuestas de “halcones” y “pandas” dentro del sistema decisorio de política exterior estadounidense, resumidas en el último tiempo en las denominadas “doctrina Armitage” y la “doctrina Zoellick”, respectivamente. Por supuesto, en el texto hay espacio para la actual administración Bush y para elucubrar sobre las opciones que enfrenten las que vengan.

Aquí destaca una perspicaz aproximación. Se recalca que frente a la incertidumbre ante el comportamiento del otro y del comportamiento propio, hay margen para que en un momento dado Washington y Pekín corran “el riesgo de ver en el otro la imagen reflejada de sí mismo, de sus propias ansiedades y temores y reaccionar con idéntica irracionalidad”.

Martínez Montes también ensaya un análisis macrohistórico, marco propicio para concebir un universo plural, un *pluriverso*, en el que Occidente ya no será el centro ante una China desplazándose hacia ese sitio. Aquí el ensayo intenta reflejar una extendida preocupación de los contemporáneos —igualmente una poderosa intuición— de una escena internacional futura reconfigurada con impulsos de lo que ya ha sido el poder chino. Así, se revisan las orientaciones estratégicas que en las épocas principales se han jugado en la Eurasia interior, a lo largo de la Ruta de la Seda y del estratégico macroespacio del Mar del Sur (el *Nanyang*). Por supuesto que también hay algunas líneas para las expediciones marítimas de

Zheng He, ese hecho de la historia universal que debiéramos tener muy presente, especialmente quienes creemos que la historia, sin condicionar, indica algo de las capacidades latentes de los países descomunales.

Por último, se repasa la debilitada situación del país-continente en la era eurocéntrica, cruzada por tratados desiguales. Aquí Martínez Montes vuelve a Estados Unidos y revisa su ascenso decimonónico, en parte en desmedro de China, delineando muy bien lo que es el anticipo de “un nuevo estilo en el ejercicio del poder mundial”. Recordemos que este despliegue mundial se ha afinado en Asia –¡imposible olvidar a Japón!–, y ha probado la alta estrategia con la famosa jugada de la “carta china” nixoneana, revisada por el autor.

El ensayo cumple con la anunciada intención de situar el actual ascenso de China en una “correcta perspectiva histórica”. O, si se quiere también, en el centro de la atención. Dentro del círculo concéntrico cabe la pregunta fundamental. “Hasta qué punto la alteración de la balanza de poder entra en el cálculo último de los dirigentes chinos es algo que todavía no estamos en condiciones de asegurar. Puede que ni ellos mismos tengan una clara idea al respecto.” He aquí la clave de todo, porque por su sistema político Pekín puede planificar con una holgura de tiempo de la que carece Washington y los sistemas democráticos en general, pero a la vez, su problemática colosal le impone a Pekín servidumbres inmediatas que conocemos.

En la tercera parte, el texto se toma unas licencias metafóricas que en el mundo académico se verían como transgresiones en un discurso que en principio debiese quedar acotado a un tipo de lenguaje. Pero esto es algo debatible. Porque el autor acierta en que la *forma-fondo* de expresar una realidad también cuenta. Se trata de que el análisis de un tema de la máxima actualidad refleje una profundidad histórica, y si es posible, una perspectiva o una pulsión cultural añadida. Por ejemplo, el autor, en cuyo relato se reconoce algo del análisis macrohistórico de un Arnold Toynbee (que también cumplió misiones diplomáticas), rescata algunas útiles meditaciones de un poeta de civilizaciones como también fue

Octavio Paz (quien, por otro lado, fue embajador en India). Igualmente se reconocen algunas preocupaciones que inspiraron al teórico y pragmático embajador George Kennan (que cumplió al final de sus días una misión académica); y también, por supuesto, lo hispánico-europeo de las digresiones de Luis Díez del Corral (que reflexionó a partir de un mito en su obra más famosa).

Así, se constata que abrimos un análisis empotrado en la coyuntura y en parte dilatado en el tiempo intermedio y largo de la macrohistoria. Por supuesto que la lectura del texto refuerza varias ideas y suscita otras varias líneas para seguir pensando. En conjunto aquí se mencionan cinco. Primero, el ensayo es un aviso de la necesidad de una constante actualización de las relaciones chino-norteamericanas como uno de los temas fundamentales de nuestro tiempo. Al estudiar esta interacción conocemos mejor a cada uno de estos países.

Segundo, queda para una amplia discusión que la globalización sea una continuación de la geopolítica por otros medios a disposición de la hegemonía norteamericana. Colectivos absolutamente distintos como el movimiento *alterglobalizador*, Al Qaeda, o el potencial de distorsión de cualquier orden por parte de actores minúsculos (de los que hay muchos en China) son una realidad que acecha. Por cierto, el autor percibe perfectamente esta tensión en la argumentación.

Tercero, el texto invita a esperar un análisis China-UE, continente suma de países que marca otra nítida variante de la posmodernidad y desde el cual también vemos a China como socio estratégico. Si se nos permite la licencia, en la UE hay rastros hipotéticos de reinterpretación del pasado y del futuro de China.

Cuarto, así como sistematiza las aportaciones de los estrategas norteamericanos, queda abierta la puerta para un actualizado análisis de las visiones de sus contrapartes chinos, de Zheng Bijian hasta la penúltima generación que, por ejemplo, integra el estratega Pan Guang, o analistas largo tiempo residentes en Estados Unidos, como son Suisheng Zhao y Minxin Pei, entre varios más.

Y quinto, inevitablemente el texto invita a relacionar con la acción concreta en este año declarado como de España en China y el próximo de China en España. La brillante reflexión de Martínez Montes convoca por sí misma a un mayor diálogo del mundo diplomático con el mundo académico. Es también un recordatorio del enorme potencial que tienen los foros hispano-chinos –en los que igualmente participa el empresariado–, alternadamente celebrados en ciudades chinas y españolas.

El ensayo también lleva a reconocer los diálogos profundos respecto de China y también del papel que juega Estados Unidos en el mundo, desarrollados en nuestro medio en los círculos diplomáticos, en CIDOB, en la UAB, en la UAM, en IESE, en ESADE, además de en Casa Asia, en el Real Instituto Elcano y en la Fundación Alternativas, entre otros centros. Mucho aportará también en el sustrato para el diálogo el recientemente abierto Instituto Cervantes en Pekín, con una próxima apertura en Shanghai.

Y sin embargo, no basta. Hay transnacionales que tienen en China no una representación más, sino la central mundial de su casa matriz, universidades y *think-tank* que asientan allí currículum, programas y actividades principales. En esto, la sociedad norteamericana, más que una administración determinada, lidera y sigue su reconocida y multifacética senda que apunta al futuro del conocimiento, de la globalización, y en buenas cuentas, también, de la geopolítica. Es inevitable que nos acerquemos algo a ese refinamiento.

Martínez Montes cita a Ortega y Gasset al afirmar que somos “los viejos chinos de Occidente”. No es una osadía decirlo, incluso en el Mediterráneo. Nuestros orígenes no son tan remotos, pero contamos con algunas ciudades centrales más antiguas en importancia continental que prácticamente todas las más deslumbrantes megalópolis chinas de la actualidad. Por añadidura, en los últimos siglos, como también le ocurrió al mundo chinohablante y al anglosajón, nos hemos esparcido como una diáspora que cuenta.

Martínez Montes ve la necesidad de proyectar una empresa cognitiva de específica proximidad, e incluso la pertinencia de un diálogo bilateral sobre lo que ambas civilizaciones, la china y la nuestra, puedan contribuir a una globalización auténticamente cosmopolita.

Análogamente, a este prologuista le asiste la certeza de que así como en Nueva York, San Diego o Miami florecen centros que estudian las realidades hispanas y lo anglo-hispánico, en el futuro veremos centros nuestros que generarán desde Pekín o Shanghai el tipo de enfoque estratégico delineado en este poliédrico ensayo. Sólo manteniendo el debate y el análisis de altura respecto de la realidad china y de los asuntos mundiales desde allí, podremos empalmar el círculo de sentido y reconfirmar la cita de Ortega y Gasset que nos retrata como “los viejos chinos de Occidente”.

Barcelona, abril de 2007

Nota del autor

Las siguientes páginas, a modo de ensayo, tienen el propósito de examinar el ascenso de China desde la perspectiva de sus actuales y potenciales consecuencias para el orden mundial todavía asentado sobre la hegemonía estadounidense¹. Parten de la premisa, avanzada en el capítulo primero, de que dicha supremacía posee dos dimensiones esenciales. La primera, es el dominio geopolítico del espacio en sus múltiples manifestaciones, desde la masa terrestre al espacio ultraterrestre, pasando por el ciberespacio. La segunda, es la posición de los Estados Unidos como principal gestor y beneficiario de la globalización, aquí entendida, en el contexto de la consecución y mantenimiento de la prominencia estadounidense, como la continuación de la geopolítica por otros medios.

Como veremos en el segundo capítulo, la (re) emergencia de China plantea una doble amenaza a la continuidad indefinida de este modelo hegemónico. A diferencia de lo ocurrido con otros contendientes pasados y presentes, capaces de retar temporalmente al poder estadounidense en una de sus expresiones –la geopolítica–, pero no en el dominio de las fuerzas que alimentan la globalización, nos encontramos por vez primera ante un Estado con el potencial, aunque todavía no está claro si con la voluntad, de competir con Washington en ambos terrenos. No ha de extrañar, pues, la extraordinaria atención, y prevención, con que se sigue desde el otro lado del Atlántico el ascenso de tan formidable adversario. De hecho, casi con

1. Pese a la ingente literatura generada a raíz de la invasión de Iraq sobre el “Imperio americano”, consideramos que los Estados Unidos no son un imperio en el sentido clásico, puesto que no ejercen soberanía directa sobre territorios y poblaciones más allá de sus fronteras reconocidas. Por el contrario, utilizaremos en este ensayo el término “hegemonía” en el sentido de “influencia predominante” para definir el actual modelo de dominación estadounidense en los asuntos mundiales. Entiéndase que “hegemonía” o “preponderancia”, no son sinónimos de omnipotencia ni, mucho menos, de omnisciencia.

toda seguridad, en ningún otro lugar del orbe como en los Estados Unidos, salvo en Japón, se estudia y debate con mayor interés la nueva “cuestión china”. Si en Washington el oficio de kremlinólogo puede que haya sido devaluado tras la Guerra Fría, los especialistas en el Zhongnanhai, el vasto complejo al noroeste de la Plaza de Tiananmen que alberga la sede del Partido Comunista y del Consejo de Estado chinos, gozan de cada vez mayor demanda. Ciertamente, habrán de hacer frente a la fuerte competencia de los islamólogos mientras la mal denominada “Guerra contra el Terrorismo” siga su curso y continúe el momento neoconservador, momentáneamente debilitado, con su pretensión de modificar el Gran Oriente Medio. Pero, si nuestro análisis es correcto y los realistas clásicos han comenzado a recuperar el terreno perdido bajo el primer mandato de Bush, el tradicional énfasis en las relaciones con las grandes potencias establecidas y emergentes ya está retornando al centro de las preocupaciones de la Casa Blanca (Martínez Montes, 2005). Sin duda, entre esas potencias, la mayor atención la concita China. Las razones deberían ser obvias a estas alturas. Recordemos tan sólo algunos datos de dominio común. La economía china lleva dos décadas creciendo a un ritmo medio superior al 9% anual y ya se ha situado entre las cinco primeras economías del mundo (la cuarta, según una reciente revisión de sus series de crecimiento económico desde 1993); su población sobrepasa los 1.300 millones de habitantes; es la segunda receptora de inversión exterior directa; la segunda consumidora de petróleo; la tercera productora mundial de manufacturas y la cuarta exportadora de bienes. En un análisis sobre las tendencias globales, el National Intelligence Council estadounidense concluía, a la vista de lo anterior, que China alcanzará el PIB de los Estados Unidos en 2040 y ya en 2020 se habrá convertido en la segunda mayor economía mundial². Se

2. El informe, denominado “Mapping the Global Future”, puede consultarse en Internet en la siguiente dirección: www.cia.gov/nic/Nic_globaltrend2020_sl.html

cumplan o no estas previsiones, China es indudablemente percibida en numerosos medios de influencia estadounidenses, entre ellos una mayoría del Congreso, cualquiera que sea el color dominante, y en el Pentágono, como la mayor amenaza al actual statu quo en el medio y largo plazos.

Ahora bien, si adoptamos una actitud ante el tiempo tópicamente oriental, la actual dinámica de las relaciones entre China y los Estados Unidos, por crucial que nos resulte a sus contemporáneos, es un fenómeno que pertenece a la cuenta corta de la historia. Como examinaremos en el tercer capítulo, desde una perspectiva temporal más amplia, el ascenso de China, parte a su vez de un proceso que engloba la mayor parte de Asia, constituye un retorno a la tradicional situación privilegiada de aquella región del mundo en los asuntos humanos. Ello no significa necesariamente que el tantas veces anunciado “Siglo del Pacífico” nos haya de conducir a un nuevo “fin de la historia”, esta vez, a diferencia de lo previsto por la falsa profecía de Fukuyama, con Oriente y sus valores supuestamente inmutables sacralizados y convertidos en modelo universal de referencia en detrimento tanto de un Occidente dividido, debilitado y subordinado, como de un “resto del mundo” reducido a proveedor de energía, materias primas y mercados para las insaciables economías de la mítica *Chindia*. Al contrario, gestionado cooperativamente, el retorno de China y de Asia al centro del escenario mundial puede resultar beneficioso para el conjunto de la humanidad. El que así sea dependerá en gran medida del rumbo que adopten desde nuestros días las relaciones entre los Estados Unidos, exponente máximo del “triunfo de Occidente”, ahora en cuestión, y la propia China, símbolo de un, esperemos que definitivo, “despertar” de Asia. Las líneas trazadas en su danza de atracción y repulsión por las figuras emblemáticas del águila y del dragón ya nos ofrecen una premonición del futuro.

La hegemonía de los Estados Unidos: entre la geopolítica y la globalización

Dos dimensiones del poder

Habitamos un tiempo histórico condicionado por las fuerzas contradictorias de la geopolítica y de la globalización. La geopolítica hace referencia, en su acepción conflictiva, a la competición por el dominio del espacio, y de sus recursos, en todas sus dimensiones. Sus principales actores son los estados modernos de base territorial que solemos denominar como grandes potencias. La globalización, por el contrario, implica la misma abolición del espacio o, al menos, su limitación como parámetro significativo de las relaciones humanas. Sus protagonistas no son entes sociales o políticos, sino flujos constantes e inmateriales de capital e información entre nódulos organizados en redes, sin centros ni jerarquías. En los intersticios entre la geopolítica y la globalización encontramos especies heteróclitas, a medio camino entre uno y otro hábitat: los estados fallidos, premodernos, postmodernos o tentativamente supranacionales; las grandes empresas multinacionales; las ONG sin fronteras; las comunidades de ciudadanos virtuales o, en el peor de los casos, las organizaciones criminales y terroristas transnacionales, entre las que se cuenta la nebulosa *al-Qaeda*.

Esta es, al menos, la teoría³. En realidad, puede sostenerse que geopolítica y globalización no son procesos opuestos, sino complementarios. Es más, lejos de contraponerse, se refuerzan mutuamente⁴. Ello es así

3. Una visión acerbamente crítica de las distintas teorías de la globalización puede consultarse en Justin Rosenberg (Rosenberg, 2000).

4. Para una visión, contraria a la aquí expuesta, según la cual el triunfo de la globalización supone el fin de la geopolítica, véase Brian Blouet (Blouet, 2001).

porque, tras las apariencias, han terminado compartiendo un mismo sujeto. Éste no es el pesado Estado moderno de estirpe westphaliana, encastillado, “more hobbesiano”, tras erizadas defensas, presto a la defensa y al ataque, solo o en alianza con miembros de su misma especie. Tampoco el incorpóreo *byte*, capaz de atravesar fronteras a velocidad vertiginosa y conformar variadas y efímeras configuraciones “informacionales”, por emplear el neologismo acuñado por Manuel Castells (Castells, 1997)⁵. Su mutuo impulsor no es otro que un complejo y expansivo sistema de dominación asentado en la doble hegemonía sobre el espacio físico y sus derivaciones virtuales ejercida por una constelación de poder en cuyo vértice confluyen elites nacionales y cosmopolitas, públicas y privadas. En el centro de esa constelación se encuentran temporalmente los Estados Unidos y, en su derredor, en la descarnada definición de Brzezinski (Brzezinski, 1997), giran sus aliados, satélites y vasallos.

La evolución del sistema internacional contemporáneo puede describirse, a la luz de lo anterior, como el proceso por el cual un solo país, antes de iniciar su inevitable declive, ha llegado al borde de ejercer una influencia decisiva y simultánea en todas las expresiones —espaciales y no espaciales, materiales e inmateriales, geopolíticas y globalizadoras— del poder. Se trata de una auténtica novedad histórica. Si nos remontamos a los imperios modernos europeos como el español, el portugués, el holandés, el francés o incluso el británico, vemos como cada uno de ellos pudo llegar a controlar porciones mayores o menores del planeta y a poner a disposición de su respectivo designio disímiles recursos humanos, espirituales y materiales. Pero ninguno consiguió proyectar su dominación

5. Castells, influyente sociólogo ya comparado por algunos con Marx o Weber, acuñó el concepto de “capitalismo informacional” para referirse a las relaciones de producción propias de la Era de la Información. Véase Manuel Castells (Castells, 1997).

sincrónicamente en casi todos los niveles de la realidad y en casi toda la extensión del globo. El caso de los Estados Unidos carece de precedentes. La excepción estadounidense puede explicarse por las circunstancias que acompañaron la génesis de su preeminencia. Al comenzar su expansión a finales del siglo XIX, los Estados Unidos se incorporaron tardíamente a la carrera colonial de las grandes potencias europeas por el control de los espacios abiertos. Pero, ya en ese momento, éstos eran cada vez más reducidos. No por casualidad, en esa misma época la geopolítica aparece como la ideología, enmascarada como doctrina académica, justificadora de la lucha por espacios y recursos limitados entre los estados más poderosos. Aunque de estirpe esencialmente británica y germánica, la geopolítica tuvo también un temprano proponente estadounidense en la figura del historiador Brooks Adams (Adams, 1902), quien en 1902 escribía: “la Unión forma un gigantesco y creciente imperio (...) que debe entrar en competencia con sus rivales hasta los confines de la Tierra”⁶. En esa competencia, según Adams, los Estados Unidos tenían la incomparable ventaja sobre sus rivales de poseer “la mayor masa de riqueza acumulada, los más perfectos medios de transporte y el más delicado y al tiempo poderoso sistema industrial jamás desarrollado”⁷. La paradoja de esta situación de ventaja, como supo ver al otro lado del Atlántico el geógrafo británico Halford Mackinder (Mackinder, 1904), es que la extraordinaria y casi ilimitada concentración de recursos alcanzada por la joven República corría el riesgo de convertirse en irrelevante desde el punto de vista de la clásica proyección territorial del poder al encontrarse constreñida por espacios disponibles cada vez más limitados, puesto que ya habían sido repartidos entre las grandes potencias consolidadas.

6. Brooks Adams (Adams, 1902: Xv).

7. Brooks Adams *op. cit.*, *idem*.

Ante la perspectiva de caer en una espiral de retornos decrecientes, una posible salida para el potencial estadounidense fue la prevista por el propio Mackinder cuando en su esencial obra *The Geographical Pivot of History* advirtió que la lucha por el poder mundial se estaba trasladando ya a principios del siglo XX “desde la expansión territorial a la lucha por la eficiencia relativa”⁸. Esta simple frase, durante mucho tiempo pasada desapercibida, describió en su momento nada menos que la decisiva transición entre la fase extensiva a la intensiva del capitalismo, en la que el uso de las innovaciones tecnológicas, de nuevos métodos de producción y de organización social y, sobre todo, la creación de nuevos mercados sin fronteras y desterritorializados donde intercambiar capitales, bienes y servicios cada vez más sofisticados, vinieron a reemplazar progresivamente las viejas formas del capitalismo mercantil en las que el control directo del espacio era un requisito absolutamente necesario para obtener ventajas comparativas sobre adversarios y enemigos.

Así pues, ante un mundo de espacios cerrados la solución para la gran acumulación de capital alcanzada por los Estados Unidos ya a finales del siglo XIX no podía pasar exclusivamente por la apropiación territorial, aunque esta vía también fue explorada y explotada cuando fue factible. Como afirma acertadamente Neil Smith (Smith, 2003), si querían continuar creciendo los Estados Unidos tenían que superar los confines de la geografía y convertirse en adalides de un nuevo orden

8. Véase Halford Mackinder (Mackinder, 1904).

9. La obra de Smith es una excelente narrativa del tránsito de la geopolítica a la globalización en la formación del Imperio estadounidense a través de la biografía del geógrafo Isaiah Bowman. Éste fue una figura clave en la conversión de las elites estadounidenses de la segunda postguerra a la visión del mundo propia de la geopolítica británica.

mundial donde los mercados sustituyeran a las fronteras⁹. Fue así como, en la lógica de la incipiente dominación estadounidense, la globalización se convirtió en la continuación de la geopolítica por otros medios. Por supuesto, el tránsito de la geopolítica a la globalización no ha sido un proceso nítido y aún no ha culminado. Durante el denominado “Siglo Americano”¹⁰ y sus postrimerías, donde todavía habitamos, los Estados Unidos han presentado el rostro bifronte de Jano. Por un lado, se manifiestan como una potencia hegemónica en el sentido clásico del término y, como tal, continúan midiendo su poder en términos de territorios, recursos humanos y materiales sometidos a un control indirecto, o, cuando ha sido necesario, por medio de intervenciones directas. Desde esta perspectiva, siguiendo la conocida terminología de Robert Cooper (Cooper, 2003), los Estados Unidos son todavía un Estado plenamente moderno. Su concepción y aplicación de la hegemonía se lleva a cabo siguiendo criterios geopolíticos clásicos, entendiendo por este concepto la definición e imposición de la distribución espacial del poder más acorde con los propios intereses, negando o restringiendo el acceso de actores hostiles a los espacios considerados estratégicos (incluyendo aquí el espacio ultraterrestre y el ciberespacio). Pero, al mismo tiempo, los Estados Unidos son el epítome de Estado postmoderno. Su tecnología, sus multinacionales y hasta su cultura popular han sido pioneros en trascender y en erosionar las fronteras sobre las que se había asentado el modelo “westphaliano” de relaciones internacionales. Su sistema político y de organización económica ha tenido, casi desde los orígenes de la República, una vocación igualmente universalista. Por todo ello, y sobre todo, los Estados Unidos son la nación identificada con el fenómeno (des)estructurador por excelencia de nuestro momento histórico: la globalización.

10. Expresión acuñada en 1941 por el controvertido editor de la revista *Life*, Henry Luce.

El corolario de esa ambigua posición de los Estados Unidos respecto a los procesos de la geopolítica y de la globalización, en cuya doble cúspide se encuentran ahora, es el siguiente. Si como hegemon moderno, los Estados Unidos son una potencia conservadora, interesada en mantener el actual equilibrio global de poder en todas sus dimensiones tradicionales, incluyendo la geopolítica o espacial, como motor postmoderno de la globalización son una potencia revolucionaria, condenada, por así decirlo, a derribar a favor de flujos materiales e inmateriales ininterrumpidos y en constante expansión las mismas barreras que permiten la permanencia de un mundo bien ordenado y jerarquizado de estados, con fronteras y capacidades nítidamente definidas.

Hacia una decisión existencial

Hasta el momento, los Estados Unidos han podido convivir con la contradicción que supone ser una potencia conservadora y revolucionaria a un mismo tiempo. Ello ha sido posible debido a que, durante gran parte de la reciente historia, desde su irrupción en el mercado de la redistribución colonial a expensas de España en 1898 hasta la invasión de Iraq como parte de una más amplia “Guerra contra el Terror”, han sabido maridar los imperativos geopolíticos y la pulsión globalizadora al servicio de un mismo proyecto hegemónico. El logro no ha sido fácil y ha conocido dificultades y retrocesos, pero la tendencia es inequívoca. Aparte de las internas tentaciones aislacionistas, a la postre siempre superadas, tan sólo dos veces durante el siglo XX ese proyecto se vio seriamente comprometido desde el exterior. En ambos casos, la amenaza vino de Eurasia y pudo haberse materializado de haber prevalecido los más extremos designios primero germánicos y después soviéticos de dominio universal. El fin de la II Guerra Mundial y el advenimiento de un mundo bipolar implicaron tan sólo una reducción temporal de la marcha estadounidense hacia la hegemonía planetaria. La URSS pudo en su momento competir geopolíticamente con los Estados Unidos en control de territorios y población y, de hecho, la Guerra Fría

supuso un reparto de los recursos mundiales en tradicionales esferas, de influencia por lo general mutuamente respetadas. Sin embargo, Moscú nunca llegó a convertirse en una seria amenaza para la dimensión globalizadora del poder estadounidense más allá de impedir a las fuerzas del capitalismo el acceso a una serie de mercados cautivos dentro del bloque soviético o bajo su influencia. La caída del muro de Berlín produjo, literalmente, el derribo de la última barrera de entrada, en términos económicos, a espacios artificialmente mantenidos al margen de las leyes del mercado. Fue una adquisición por absorción que permitió a la matriz euro-atlántica del capitalismo global incorporar, en un proceso que todavía continúa, algunos cientos de millones de recursos humanos— productores y consumidores de limitados medios, más algunas decenas de miles de “nuevos ricos” con alto poder adquisitivo— a la periferia del sistema y, sobre todo, explotar de forma más eficiente e integrar en el sistema mundial las vastas fuentes de energía del interior de Eurasia.

El fin de la Guerra Fría y el período subsiguiente marcaron, por tanto, un punto álgido en las dimensiones tanto geopolíticas como, sobre todo, globalizadoras del poder estadounidense al integrar en ambas el vasto Segundo Mundo antes aislado por el Telón de Acero, con la continua excepción parcial de una Rusia que todavía presenta relativa resistencia bajo el presidente Putin y de algunas autocracias post-soviéticas. El siguiente paso, en el que todavía estamos, está consistiendo en incorporar a la “geografía de la globalización” aquellos segmentos del antiguo Tercer Mundo que más valor añadido puedan sumar a esta nueva fase expansiva del capitalismo. Y es aquí precisamente donde han comenzado los problemas en forma de una multiforme reacción en contra por parte de quienes, antes excluidos, ahora se muestran reacios a ser asimilados y a perder su identidad¹¹. En cierto modo, el 11 de septiembre y la

11. Sobre esta reacción, véase Thomas L. Friedman, (Friedman, 2000).

Yihad mundial constituyen la versión más extrema de ese rechazo desde la peculiaridad que representa el mundo islámico. Es en este contexto donde hay que situar la respuesta de Washington en forma de “Guerra contra el Terrorismo”, así como, en general, la propia proyección exterior de la ideología neoconservadora bajo las dos administraciones de George W. Bush. Lejos de suponer una revolución en la política exterior estadounidense, como hemos analizado en otro lugar (Martínez Montes, 2004), el neoconservadurismo es una adaptación de su secular proyecto hegemónico al reto planteado por aquellos movimientos, regímenes y, si cabe, enteras regiones que se resisten a participar o no encajan plenamente en la dimensión globalizadora del nuevo orden mundial. En otras palabras, es un intento de anular, controlar o, en el mejor de los casos, cooptar las “especies” más peligrosas de entre las antes referidas que habitan los intersticios entre la geopolítica y la globalización, desde la red *al Qaeda* hasta los estados considerados “maliciosos” como Irán o Corea del Norte. Ello permite pronosticar que, a nuestro entender, una parte importante de las energías de los Estados Unidos seguirá estando dedicada, cualquiera que sea el color de futuras administraciones, a la “Guerra contra el Terror” y a los proyectos convergentes de extensión de la democracia y del mercado en áreas como el denominado Gran Oriente Medio u otras de menor significación donde los estrategas de Washington consideren que pueden encontrar cobijo reales o percibidas amenazas a su ambidextra hegemonía. Un conflicto a corto o medio plazo con Irán, incluso de naturaleza militar, con la excusa del programa nuclear de este país se inscribiría plena y coherentemente en esta parte del guión.

Ahora bien, al mismo tiempo que los neoconservadores y quienes quiera que sean sus sucesores continuarán dedicándose a limpiar los intersticios y los, a su entender, “bajos fondos de la globalización”, la fracción más importante de los recursos de la política exterior estadounidense será destinada, como ha sido siempre el caso, a prevenir, contener, integrar o, si es necesario, eliminar la otra si cabe más seria amenaza a la continuidad del “Siglo Americano”: la aparición de una superpotencia que pueda

hacer frente al poder estadounidense simultáneamente en sus dos principales dimensiones, geopolítica y globalizadora. Puesto que si tal amenaza se materializara, los Estados Unidos habrían de tomar la decisión existencial que hasta ahora han conseguido eludir. A saber: si en defensa de su preeminencia geopolítica desencadenaran un conflicto mundial, su control de las fuerzas y del mismo proceso de la globalización podrían verse seriamente comprometidos. Si, por el contrario, decidieran apoyar la expansión de la economía mundial intentando cooptar a la superpotencia emergente, ésta no sólo podría, en virtud de su propia magnitud, modificar los términos de referencia de la globalización en detrimento de los intereses estadounidenses, sino también limitar la base geopolítica de los mismos al exigir y quizá imponer una nueva redistribución espacial del poder. Tal es, precisamente, el reto que en nuestros días comienza a plantear el ascenso de China a la doble hegemonía estadounidense.

El doble reto de China y la respuesta estadounidense

La nueva “cuestión china”

A juzgar por el espacio dedicado en nuestros días en los medios de comunicación tanto estadounidenses como internacionales a la emergencia de China como superpotencia, pareciera como si el gigante asiático hubiera ya completado la transición del sueño en que supuestamente le quería sumido Napoleón a un despertar preñado de oportunidades, incertidumbres y amenazas. Al igual que Rusia al irrumpir en el equilibrio europeo decimonónico, las capacidades e intenciones de China son objeto de todo tipo de especulaciones. En aquel siglo, ponderando las posibles reacciones que las potencias del orden establecido podían oponer a la expansión moscovita, Federico el Grande de Prusia concluía que sólo había dos opciones: “o frenar a Rusia en su vertiginosa carrera de conquista o, lo que fuera quizá más prudente, intentar sacar provecho de ella”¹². Si sustituimos Rusia por China, es posible que la mente de los planificadores de la potencia hegemónica en nuestros días se debata en un dilema semejante. La “cuestión china” —cómo acomodar o, alternativamente, resistir el ascenso de Pekín— ha suplantado a las otras “cuestiones” que dominaron las relaciones internacionales en el último siglo y medio, ya procediera la amenaza planteada de la lucha por el reparto de un debilitado Imperio otomano (la denominada “cuestión oriental”) o de los designios agresivos albergados por Berlín, Tokio o Moscú. Hasta el momento de escribir estas líneas, Washington no ha optado por una respuesta unívoca ante el nuevo reto. Por el contrario, mantiene con Pekín una política ambigua, mezcla, cambiando el orden según las circunstancias,

12. Federico el Grande, *Mémoires*, citado en Hugh Thomas (Thomas, 1988. P. 101).

de contención, competición y cooptación, procurando evitar mientras sea posible la confrontación directa.

La ambigüedad de Washington respecto a la RP China no es fruto del azar. Es reflejo, como hemos examinado bajo el anterior epígrafe, del dilema en que se debate la política exterior estadounidense, debido a la propia naturaleza biface de su poder. Ahora bien, de seguir las actuales tendencias, es muy probable que en algún momento durante la primera mitad de este siglo los Estados Unidos se vean forzados a abandonar esa calculada ambigüedad y optar ya sea por aceptar un relativo declive geopolítico y económico, más o menos controlado, a favor de potencias ascendentes como, sobre todo, China, o por la confrontación directa con éstas. En otras palabras, el ascenso de China, en la medida en que la progresión se mantenga, les obligará a decidir entre si convertirse en un Estado plenamente postmoderno, asumiendo la interdependencia de doble vía que conlleva el modelo de globalización liberal ahora predominante e incluso un verdadero liderazgo compartido, incluyendo a China, en los asuntos mundiales, o si, por el contrario, pretender alcanzar a toda costa una supremacía total y excluyente, el objetivo máximo, e irrealizable, de los Estados modernos que alcanzan la categoría de grandes potencias. La pregunta que nos hemos de plantear ahora es ¿cuándo llegará, si llega, el momento de la decisión existencial?.

La respuesta la podemos entrever analizando la evolución de China a través de los mismos paradigmas complementarios de la geopolítica y de la globalización que hemos utilizado para describir la hegemonía estadounidense y quizá podría adoptar la siguiente formulación: China forzará a los Estados Unidos a definir su verdadera naturaleza histórica cuando, y sólo si, la suma de su poder en las dimensiones geopolítica y globalizadora alcanzara suficiente magnitud como para desplazarles de la primacía en ambos ámbitos y de forma sincrónica. Veamos a continuación si se dan las condiciones para que ello sea posible.

El doble ascenso de China: la geopolítica

Siguiendo los trazos principales de la historia china durante el último siglo y medio dos rasgos llaman, al respecto, la atención. El primero es que desde una situación de debilidad encarnada en los tratados desiguales impuestos por las grandes potencias en el siglo XIX y en las numerosas crisis por las que ha atravesado el sistema político chino, incluyendo durante el régimen comunista, el “país del centro” se presenta a inicios del siglo XXI como un Estado en apariencia fuerte, con todos los principales atributos que caracterizan a una gran potencia en el sentido tradicional, es decir, geopolítico, del término: peso demográfico, extensión territorial, ejercicio sin excesivas restricciones de la soberanía, desarrollo económico y potencial militar. La movilización y traslación de estas capacidades, hasta ahora relativamente estáticas, en una activa política exterior de radio cada vez más amplio es una de las tendencias recientes más relevantes de esta dimensión tradicional del poder chino tras un período de introversión consagrado al crecimiento interno y al mantenimiento de la estabilidad política doméstica en tiempos de grandes transformaciones socioeconómicas. La gran incógnita por despejar es si ese activismo responde a un gran designio consciente por parte del liderazgo chino para suplantarlo el lugar de los Estados Unidos o si, por el contrario, tiene como meta menos ambiciosa la simple búsqueda en el exterior de recursos con los que mantener y mejorar los resultados de la política de reforma y apertura (*gaige kaifang*) dentro de un contexto internacional estable y predecible cuyo garante último es, precisamente, Washington. No hay una respuesta simple a esta pregunta, de la que tanto depende el futuro del orden internacional. Un sólido estudio del *Center for International and Strategic Studies* junto con el *Institute for International Economics*¹³ publica-

13. Véase Center for Strategic and International Studies and the Institute for International Economics, 2006. P. 13-14.

do en 2006, concluía que “no parece existir una estrategia china coherente para retar abiertamente el liderazgo estadounidense”. Al contrario, continuaban los autores, “China pone un enorme valor en mantener una relación positiva con los Estados Unidos”. Sin embargo, a renglón seguido, los mismos responsables del estudio advertían que la postura aparentemente moderada de Pekín “puede con el tiempo formar la base para un liderazgo más afirmativo que busque equilibrar el poder estadounidense o incluso oponerse más activamente a sus intereses.” En ausencia de medios para poder leer lo que hay en la mente de los dirigentes chinos, es probablemente imposible llegar a una mayor precisión sobre sus intenciones últimas. Lo más prudente es asumir que, en este estadio, las dos supuestas alternativas –utilizar en beneficio propio el orden mundial asentado sobre la hegemonía de los Estados Unidos y llegar a suplantarlo en su momento, si se dan las circunstancias, esa misma preeminencia– no son planteadas en el cálculo de los pragmáticos dirigentes chinos como excluyentes, sino como compatibles y potencialmente realizables en tratos sucesivos.

En este momento, puede haber pocas dudas de que la necesidad de acceder a materias primas con las que continuar alimentando el desarrollo económico y, de forma concomitante, una población creciente y en movimiento y un ejército en proceso de modernización, está detrás de las más llamativas iniciativas diplomáticas chinas en áreas como África, Iberoamérica u Oriente Medio. Pero ello no es óbice para que esas mismas iniciativas, en principio limitadas a conseguir objetivos puramente domésticos, puedan encajar en un proyecto de más largo alcance y de implicaciones globales. La hipótesis al respecto que aquí vamos a plantear, abierta, por supuesto, a debate y posible refutación es la siguiente: China se encuentra en una situación similar a la de los Estados Unidos al inicio de su carrera hegemónica cuando, como hemos visto, se vieron obligados a utilizar una mezcla de instrumentos geopolíticos y de la entonces incipiente globalización para obtener el máximo retorno a partir de una extraordinaria acumulación de capital, cuya capacidad de

reproducción y multiplicación hubiera quedado de otra forma obturada. En este sentido, China puede plantearse, y quizá ya estar siguiendo, como apuntan numerosos signos, una estrategia semejante, en la que geopolítica y globalización son instrumentos compatibles, y no excluyentes, en el camino hacia su transformación en una gran potencia multidimensional o, como afirman los dirigentes chinos, en un “poder nacional global” (*zhonghe guoli*).

En lo que se refiere a la expresión geopolítica del poder, la primera ramificación de nuestra hipótesis es que Pekín se encuentra tan solo en las primeras fases de su desarrollo en una secuencia recorrida por todas las grandes potencias que han sido, son y serán. Para comenzar, como nos recuerda el profesor Augusto Soto (Soto, 2003), China ya se ha dotado del marco doctrinal sobre el que apoyar una posible expansión espacial del poder mediante la adaptación de conceptos importados de tradiciones como la germana. Tal es el caso del término *shengcun kongjian*, similar al “espacio vital” o *Lebensraum*, de tan dramáticas resonancias en el pasado. De plantearse esta vía geopolítica expansiva y a tenor de otros precedentes históricos, China trataría, en primer lugar, de asegurarse una esfera de mayor influencia, a ser posible exclusiva, en las áreas geográficas más próximas, comenzando por Taiwán, considerada como provincia rebelde, y las rutas de transporte estratégicas de los mares orientales y sus recursos energéticos. Las siguientes zonas prioritarias, donde la influencia habría de ser indirecta o compartida, serían las repúblicas vecinas de Asia central y las provincias orientales de Rusia. Por último, la entera región de Asia oriental, incluyendo Corea del Sur y Japón, habría de ser atraída desde la órbita estadounidense a una esfera asiática cogestionada mediante instrumentos multilaterales exclusivamente regionales.

En este punto, conviene destacar, por mor de la honestidad intelectual, que según numerosos analistas China carecería por el momento de una estrategia coherente como la planteada a modo de hipótesis en

el anterior párrafo¹⁴. Ni tendría motivos para adoptarla. Para comenzar, el intento por establecer una suerte de “esfera china de co-prosperidad” en Asia sería considerada por los Estados Unidos y sus principales aliados en la región como una política claramente hostil que sería resistida con una variedad de instrumentos, sin excluir el uso de la fuerza. Ello frustraría la alegada prioridad que Pekín concede a mantener un marco internacional estable como referente necesario para su desarrollo interno y la pervivencia de su actual régimen político, aunque ello suponga aceptar la supremacía estadounidense por algunas décadas más. El comportamiento chino en Asia y, en general, en los asuntos mundiales desde el final de la Guerra Fría parece corroborar parcialmente esta interpretación. Examinemos a continuación sucintamente dicho comportamiento desde la perspectiva de las relaciones bilaterales con los Estados Unidos, al menos desde el punto de vista de las posturas y declaraciones oficiales. En la década de los noventa, de hecho hasta los atentados del 11 de septiembre de 2001, China aceptó con mejor o peor semblante la afirmación unipolar del poder estadounidense en la creencia de que tendría una duración temporal limitada y siempre y cuando no traspasara determinadas líneas rojas. Entre éstas, las más importantes eran, y continúan siendo, el apoyo a la independencia de Taiwán y el intento por cambiar el propio sistema político chino. Mientras esas líneas no fueran franqueadas, y no lo fueron plenamente por ninguna Administración estadounidense durante ese período, ni siquiera inmediatamente después de los sucesos de Tiananmen en 1989, China consideró que podía encontrar ámbitos de acomodo para determinadas exigencias de Washington, incluyendo en el área sensible de los derechos humanos. A cambio, se garantizaba un continuo acceso a mercados e inversiones internacionales. Por supuesto, no faltaron durante aquella fase ejemplos

14. Véase Robert G. Sutter (Sutter, 2005).

de tensión, si bien se mantuvieron dentro de límites tolerables para ambas partes. Tal fue el caso de la crisis bilateral coincidiendo con la visita del entonces presidente taiwanés a los Estados Unidos en 1995; las comparaciones de Clinton con Hitler como consecuencia del bombardeo de la Embajada china en Belgrado, en mayo de 1999, dentro de la campaña de la OTAN contra Yugoslavia o las mutuas recriminaciones sobre prácticas comerciales desleales y espionaje industrial, durante las duras negociaciones para el acceso de China la Organización Mundial de Comercio (OMC). Con todo, el énfasis que tanto las dos administraciones Clinton como la presidencia de Jiang Zemin terminaron concediendo al componente económico de las relaciones bilaterales contribuyó a que todos estos obstáculos fueran superados. A ello no fue ajeno el que los años iniciales del período Clinton, en los albores del auge de la llamada “nueva economía”, vinieran a coincidir con los primeros signos concluyentes de que China había alcanzado el rango de gran potencia económica, despertando con ello el inmenso interés que continúa en nuestros días por parte de los mayores inversores de todo el mundo¹⁵. Fue así como, al inicio del nuevo milenio, los Estados Unidos y China parecían embarcados en una relación de “compromiso constructivo” y de mutuo beneficio por encima de irritaciones ocasionales.

Sin embargo, esta tendencia positiva pareció truncarse al comienzo del primer mandato de George W. Bush. Poco después de su llegada al poder, el nuevo inquilino de la Casa Blanca tuvo que hacer frente a una crisis particularmente peligrosa cuando un avión de observación estadounidense EP-3 fue forzado a aterrizar en territorio chino en abril de 2001. Aunque la situación fue finalmente superada, todo hacía presagiar que serían necesarios importantes esfuerzos por ambas partes para mejo-

15. Una revisión detallada de las relaciones entre los EEUU y China desde la Administración de Nixon a la de Clinton puede encontrarse en James Mann (Mann, 2000).

rar un clima inicial de desconfianza. Ese clima, por supuesto, había sido previamente preparado por las voces dentro de la primera Administración Bush que habían sugerido un endurecimiento de las relaciones con China respecto a la débil posición, a su entender, mantenida por la previa Administración Clinton. La idea era sustituir una política de “*constructive engagement*”, percibida por el sector republicano más conservador como demasiado favorable a los intereses económicos chinos (y a los de las grandes multinacionales de la “nueva economía” estadounidenses alineadas con Clinton) por una de “*strategic competition*”, acompañada por una reducción de la importancia concedida a China como la “estrella ascendente” a favor de una mayor atención a los aliados tradicionales en Asia, como Japón y Corea del Sur, e incluso a otros estados, como Rusia y la India, potencialmente preocupados por una mayor influencia china en los asuntos regionales y mundiales.

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, la muestra de fuerza que supuso la invasión de Afganistán y el derrocamiento de Saddam Hussein, las relaciones sino-estadounidenses dieron un nuevo giro. Por parte de Washington había un claro interés en evitar cualquier distracción de sus objetivos principales en la “Guerra contra el Terror”. La consiguiente cooperación china, al menos su no obstruccionismo más allá de un retórico y distante alineamiento con el frente franco-germano, fue recompensada con varios encuentros bilaterales de alto nivel, incluyendo una visita de Jiang Zemin al rancho de Crawford en octubre de 2002, y, más importante, con concesiones estadounidenses a la hora de, por ejemplo, facilitar una integración suave de China en la OMC o de incluir a grupos separatistas uigures en la lista de organizaciones terroristas del Departamento de Estado. Por parte china, la actitud estadounidense fue respondida con el mantenimiento de una política exterior de bajo perfil coherente con el objetivo de preservar un entorno inmediato estable en su periferia asiática y así seguir concentrando esfuerzos en el desarrollo interno. A esta política acomodaticia contribuyó en gran manera el que entre 2002 y 2003 el liderazgo chino estuviera sobre todo ocupado y preocu-

pado por asegurar una sucesión tranquila entre la tercera generación de Jiang Zemin y la cuarta del nuevo presidente Hu Jintao¹⁶. También la constatación de que el poder estadounidense desplegado tras los ataques terroristas, aunque objeto de críticas por gran parte de la opinión pública internacional por su unilateralismo, no iba a ser abiertamente opuesto en la práctica por ninguno de los grandes gobiernos mundiales o regionales.

Pero, al mismo tiempo que parecían demostrar una aceptación cuanto menos pasiva de la renovada afirmación de poder estadounidense, los dirigentes de la cuarta generación no tardaron en manifestar cierto temor al comprobar que la concentración de fuerza en Afganistán y en Oriente Medio estaba siendo acompañada por un despliegue sin precedentes por parte de Washington en la misma periferia china, cuya estabilidad y eventual control eran, y son, objeto de prioridad para Pekín. Como el propio Hu Jintao no dudó en reconocer, bajo la excusa de la Campaña contra el Terror se estaban produciendo: un fortalecimiento de la presencia militar de los Estados Unidos desde Asia central hasta el Pacífico; la renovación de la alianza con Japón; el incremento de los vínculos con India y Pakistán y la mejora de las relaciones con Vietnam¹⁷. Todo ello, contrariamente a los iniciales cálculos, podía conducir a una transformación del entorno asiático, y global, en detrimento de las expectativas chinas. Bajo el pretexto de la Guerra contra el Terrorismo, todo parecía apuntar a que los Estados Unidos estaban reeditando la vieja doctrina de la contención, esta vez dirigida contra Pekín.

Es en este contexto de cambiantes relaciones con los Estados Unidos durante las dos últimas décadas y de modificaciones en la percepción de la política estadounidense por parte de Pekín donde hemos de situar

16. Sobre la transición de la tercera a la cuarta generación de dirigentes, es esclarecedora la obra de Andrew Nathan y Bruce Gilley (Nathan y Gilley, 2003).

17. Sutter, *op. cit.* P. 14

nuestro análisis de la estrategia y acciones chinas. Reflejando de forma simétrica la deliberadamente ambigua actitud estadounidense hacia China, ésta sabe también cómo combinar en sus relaciones con Washington las adecuadas dosis de competición y cooperación. La primera se aplica, sobre todo, a las relaciones de poder a poder –lo que venimos denominando como dimensión geopolítica– mientras que la segunda encuentra su terreno natural en la necesidad por parte de China de seguir aprovechando en beneficio propio las fuerzas de la globalización, todavía dominadas por los Estados Unidos.

Los tres círculos

Retornando así a nuestra hipótesis de partida, los signos de que China está ya recorriendo, más allá de la retórica oficial en sentido contrario, la senda de una gradual expansión geopolítica llevan siendo evidentes desde hace tiempo en cada uno de los círculos concéntricos de proximidad mencionados más arriba: Taiwán y los espacios marítimos adyacentes; Eurasia interior y la región de Asia-Pacífico. Es importante destacar que en cada una de estas áreas de interés e influencia, China está combinando los instrumentos a su alcance para conseguir sus objetivos con pragmatismo y con una clara conciencia de que todavía no dispone de los recursos necesarios para alterar los grandes equilibrios mundiales asentados sobre la hegemonía angloamericana.

Taiwán y los espacios marítimos adyacentes

En el caso de Taiwán, el más próximo a los intereses de Pekín, es obvio que desde la recuperación de Hong Kong (1997) y Macao (1999) la isla constituye el último fleco pendiente para la reunificación nacional, objetivo al que el liderazgo chino no se muestra dispuesto a renunciar. Así lo demuestra la promulgación, en marzo de 2005, de la Ley anti-secesión y la continuidad del despliegue de fuerzas militares en la zona del Estrecho, dos

medidas que pueden fácilmente ser consideradas como amenazadoras. Sin embargo, los dirigentes chinos son conscientes de los fuertes lazos de seguridad que unen a los Estados Unidos con Taipei, pese a las recurrentes dudas sobre la correcta interpretación del grado de compromiso de Washington. En las actuales circunstancias, Pekín sólo conocería la verdadera naturaleza de ese compromiso si decidiera lanzar una invasión militar, algo que, de momento, no parece probable. Al contrario, China está utilizando desde la época de Deng Xiaoping una táctica consistente en aumentar el grado de imbricación de la economía taiwanesa en la continental con la esperanza de que la interdependencia se transforme en dependencia y finalmente haga inevitables unas negociaciones formales para una unificación pacífica sobre la premisa de “una sola China”¹⁸. De hecho, Taiwán se cuenta ya, con más de 70.000 millones de dólares acumulados, entre los primeros inversores en China, mientras que China es el principal mercado para las exportaciones taiwanesas. La relación es simbiótica. El dato, por ejemplo, de que China se convirtiera en 2002 en el segundo mayor productor de *hardware* en tecnologías de la información y en el mayor exportador en este segmento hacia los Estados Unidos es, en gran medida, debido a empresas taiwanesas radicadas en el continente. Al mismo tiempo, los lazos humanos entre ambos lados del Estrecho continúan creciendo, entre ellos, más de 200.000 matrimonios mixtos, por no mencionar los más de 300.000 taiwaneses, en su mayoría empresarios y sus familias, que habitan tan sólo en el área de Shang-

18. Por supuesto, el liderazgo taiwanés no es indiferente a las implicaciones políticas de lo que ya constituye una sobreexposición de su economía a la continental. Ello ha provocado que en marzo de 2006 el Gobierno de Taipei optara por introducir restricciones a las inversiones de las empresas de la isla en China, provocando una adversa reacción, como era de esperar, entre la comunidad de negocios taiwanesa. Véase Hille, Kathrin “Straitjacketed: how Taiwan is evoking business ire by curbing deals in China”. *The Financial Times* (2.04.06). P. 11.

hai. Este proceso, aunque atribuible a una política deliberada por parte de las autoridades chinas, ha sido mutuamente facilitado desde principios de los noventa por la apertura de cauces paraoficiales de diálogo entre Taipei y Pekín con objeto de incrementar los intercambios de todo tipo, mejorando el transporte, el comercio y las comunicaciones. La vía pacífica hacia la reunificación, con todo, fue duramente puesta a prueba con la elección en 2000 como presidente de Taiwán del dirigente pro-independencia Chen Shui-bian, del Partido Progresista Democrático, y su posterior reelección en 2004¹⁹. Tras unos comienzos moderados, Chen intentó solventar sus crecientes problemas internos, sobre todo el aumento del desempleo ligado al pinchazo de la “burbuja tecnológica”, utilizando una retórica anti-continental respaldada por parte de la población. Así, el presidente taiwanés amenazó varias veces durante su primer mandato con convocar un referéndum a favor de la independencia de la isla, lo que expresamente ha sido considerado como *casus belli* por Pekín. La tensión llegó a aumentar de tal modo que en diciembre de 2003 el propio presidente Bush tuvo que desautorizar a Chen por poner en peligro el statu quo²⁰. Esta “humillación” pública por parte de quien es su principal aliado supuso para Taiwán una derrota más en su búsqueda de respeto y reconocimiento internacionales. De hecho, desde que su anterior presidente, Lee Teng-hui, consiguiera un gran triunfo simbólico al serle concedido un visado para visitar los Estados Unidos durante la Administración Clinton en 1995, la reacción China para aislar a Taiwán internacionalmente ha ido cosechando importantes éxitos, culminando con la retirada a Taiwán de reconocimiento diplomático por parte de África del Sur en enero de 1998 (aunque Taiwán obtuvo el reconocimiento de la Antigua República Yugoslava de Macedonia en 1999). Aún más

19. Véase *The Economist*, 2005, “Dancing with the Enemy. A Survey of Taiwan” (15.01.05)

20. Véase Kessler, Gleen. “US Cautions Taiwan on Independence”. *Washington Post*, (22.04.04).

importante, el responsable comportamiento financiero de China al no devaluar el yuan en medio de la crisis asiática de 1997 le valió numerosas simpatías en el resto de Asia en detrimento de Taiwán, cuyos dirigentes, supuestamente, estaban deseando apuntar con el dedo a China en el caso de que Pekín hubiera cedido a la tentación, que muchos le atribuían, de aprovechar en su propio beneficio las dificultades de sus vecinos.

En la relativa posición de fuerza china sobre Taiwán sigue contando como principal escollo el apoyo de los Estados Unidos a la isla. Pese a que desde el célebre viaje de Nixon a China en 1972, Washington sigue respetando el principio de “una sola China” y se muestra contrario a la independencia de Taipei, de hecho, es el más firme defensor de un statu quo contrario a la reunificación, hasta ahora el principal objetivo geopolítico chino. La actitud estadounidense en este sentido es plenamente consistente con la primera de sus aproximaciones al reto chino: la contención de su expansión territorial, comenzando por evitarla en su inmediata vecindad. No ha de extrañar, por tanto, que el Estrecho que separa China continental de Taiwán sea una de las zonas más militarizadas del planeta. Desde la máxima escalada de tensión alcanzada con las pruebas de misiles en 1995 y 1996, con las que Pekín intentó sin éxito intimidar a los electores taiwaneses para evitar que eligieran a candidatos pro independencia, la situación ha incluso empeorado. Con vistas, sobre todo, aunque no únicamente, a un posible enfrentamiento con Taiwán y su aliado estadounidense, China ha multiplicado desde aquella crisis sus compras de armamentos a Rusia, sobre todo aviones de combate SU-27 y SU-30, así como submarinos de la clase Kilo y destructores de la clase Sovremenny²¹. Por su parte, los Estados Unidos firmaron un acuerdo de venta de armas a Taiwán en abril de 2001 y declararon a la isla como un “aliado fuera de la OTAN”. La carrera de

21. Véase Fisher, Richard. “China Buys New Russian Destroyers”. *The Jamestown Foundation China Brief*. No. 3 (31.07.02).

armamentos que venimos someramente de describir no es un buen augurio para la paz en Asia y en el mundo. Pero un moderado optimismo puede todavía primar mientras las partes sigan siendo conscientes de que, como sostienen la mayor parte de los analistas de uno y otro lado, una guerra abierta entre China y Taiwán, incluso con la participación de los Estados Unidos al lado de Taipei, sería devastadora para todos los potenciales contendientes, aunque todavía la balanza militar se siga inclinando del lado del eje Washington-Taipei. Aun así, conviene mirar con cautela en el calendario el año 2008, cuando coincidirán los Juegos Olímpicos en China y nuevas elecciones presidenciales en Taiwán, salvo un posible adelanto en el calendario debido a la volatilidad de la situación política en la isla. Cualquier error de cálculo por cualquiera de las dos partes al reaccionar sin medida ante un posible exceso nacionalista de la otra, podría situarnos ante el peor de los escenarios. Por ello conviene mantener la vista muy atenta a las vicisitudes de las relaciones entre ambos márgenes del Estrecho, a menudo obscurecidas por la atracción ejercida ante los volubles medios internacionales de comunicación por otras partes del globo, desde el Oriente Medio hasta Corea del Norte, pasando por Irán y, ocasionalmente, por alguna crisis africana de efímera moda.

Respecto a los espacios marítimos más cercanos, sus recursos y sus corredores de transporte, de nuevo, como en el caso de Taiwán, nos encontramos con amplia evidencia empírica de que China ha entrado de lleno en la lógica geopolítica por el control de las áreas estratégicas adyacentes. En este caso, apoyándose en el concepto de “mar como territorio nacional” (*haiyang guotu guan*)²² y en el progresivo establecimiento de una serie de bases e infraestructuras de uso militar en los corredores marítimos que unen el Golfo Pérsico con los mares de China. Esta última iniciativa comienza a perfilar lo que algunos analistas navales denominan

22. Soto, *op. cit.*, *idem*.

como la estrategia de la “cuenta de perlas”²³. Conviene indicar que entre las vías marítimas próximas a China se encuentran algunas de las más importantes del globo, como el Estrecho de Malaca, por donde circula casi la mitad del comercio mundial y tres cuartas partes de las importaciones chinas de petróleo, por no mencionar la casi totalidad del petróleo que importa Japón desde el Golfo Pérsico. Asimismo, el Mar de China meridional y otras aguas cercanas presentan interesantes, aunque no plenamente cuantificadas, reservas de hidrocarburos que pueden resultar esenciales para unas economías como las asiáticas cada vez más consumidoras de energía dados sus altos índices de crecimiento²⁴.

En relación con estos espacios, la posición china ha estado marcada hasta fecha reciente por la existencia de contenciosos con numerosos vecinos. Entre los más relevantes se cuentan las disputas por las islas Spratley (reclamadas, además de por China, por Vietnam, Filipinas, Brunei, Malasia y Taiwán), las islas Diaoyutai/ Senkaku (donde se enfrenta con Japón y Taiwán) y las islas Xisha (donde China se enfrenta de nuevo a Vietnam y Taiwán). No por casualidad, en todas ellas hay indicios de la existencia de yacimientos de gas y/o petróleo. Ahora bien, si en el pasado Pekín no dudaba en amenazar y, en casos limitados, utilizar la fuerza, su postura ha ido inclinándose, gradual y todavía no conclusivamente, hacia la aceptación de foros regionales de arreglo de controversias²⁵. Así,

23. Gertz, Hill. “China Builds Up Strategic Sea Lanes”. *Washington Times* (18.01.05).

24. Véase Michael T. Klare (Klare, 2002).

25. El caso más flagrante ocurrió durante el enfrentamiento naval entre navíos de guerra chinos y vietnamitas, en marzo de 1988. China también ocupó militarmente el arrecife Mischief, reclamado por Filipinas, en febrero de 1995. En apoyo de sus reclamaciones marítimas, Pekín aprobó en febrero de 1992 la Ley sobre Aguas Territoriales y Areas Contiguas, por la que se autoriza el uso de la fuerza para defender las demandas sobre el Mar de China meridional.

accedió a firmar en la reunión de Phnom Penh de la ASEAN (noviembre de 2002), un código de conducta, de naturaleza política y no jurídicamente vinculante, para resolver multilateralmente las disputas en el mar de China meridional, aplicable en principio a las islas Spratley.

La contención china con sus vecinos sudorientales, pieza básica de una más amplia estrategia de seducción regional, no ha evitado, es cierto, que en el caso de la controversia con Japón por las islas Diaoyutai/ Senkaku la postura de Pekín haya sido más agresiva, en línea con el empeoramiento de las relaciones entre ambos países durante el mandato del anterior primer ministro japonés Junichiro Koizumi. Recordemos que en julio de 2004, navíos japoneses interceptaron varios barcos de guerra y civiles chinos en un espacio que Tokio considera su Zona Económica Exclusiva. En noviembre del mismo año, en un incidente si cabe más grave, un submarino chino clase Han fue detectado y perseguido en aguas territoriales niponas cercanas a la isla de Okinawa. Todo ello provocado porque Tokio ha venido insistiendo en utilizar el criterio de la línea media equidistante para delimitar su Zona Económica Exclusiva entre las islas Ryukyu (Okinawa) y la costa china, mientras Pekín pretende aplicar el criterio basado en la plataforma continental. No es el momento de entrar aquí en disquisiciones legales bajo el Derecho Internacional del Mar, pero lo cierto es que, si antes mencionamos la postura agresiva china, justo es reconocer que Pekín ha ofrecido a Tokio el desarrollo conjunto de algunos yacimientos mientras la controversia se resuelve en derecho. Bajo presión de los elementos más nacionalistas, Koizumi rechazó el compromiso²⁶.

La relativa militarización de la presencia china en los espacios marítimos cercanos tiene además otras expresiones de mayor calado si cabe. En

26. Véase Clark, Gregory. "Japan's Hard Line: Never Give an Inch to China". *Japan Times* (08.04.06).

Myanmar, la Armada china opera una estación de reconocimiento y de interceptación de señales en la Isla del Gran Coco y puede estar construyendo una base naval en la Isla del Pequeño Coco, sobre el Golfo de Bengala. Hay además constancia de la presencia china en la Isla de Marao, en el archipiélago de las Maldivas y de inversiones en el puerto paquistaní de Gwadar con posibles componentes de inteligencia militar. Todos estos hechos e indicios están relacionados, a su vez, con un importante esfuerzo de modernización de la Armada china²⁷. Aunque muy lejos de poseer la capacidad de proyectar su fuerza en la totalidad de los océanos, como la Royal Navy en sus mejores tiempos o la flota estadounidense en la actualidad, la marina de guerra china está transformando su doctrina y capacidades desde finales de los ochenta para asegurar un “control efectivo de los espacios marítimos hasta la primera cadena de islas”, significando por este último concepto geográfico las aguas al este y sur de China lindantes con Japón, Taiwán, Filipinas e Indonesia²⁸.

Eurasia interior

Tras el primer círculo de intereses geopolíticos –Taiwán y los espacios marítimos adyacentes– ante China se presenta un segundo círculo de oportunidad coincidente con parte del espacio postsoviético. China ha sabido aprovechar la desintegración de la URSS y el consiguiente período de incertidumbre en Rusia para afirmarse como un actor de crecien-

27. Según algunas fuentes, China ya posee la mayor flota de Asia, con 368 patrulleras costeras; 69 submarinos; 62 buques de guerra de superficie, 56 buques anfibios, y 3 buques de repostaje. Véase Adam Segal, Harold Brown y Joseph Prueher (Segal, Brown y Prueher, 2003).

28. En palabras del almirante de la Flota china entre 1982 y 1987, Liu Huaqing. Citado en Klare, *op. cit.* P.128.

te importancia, aunque todavía no determinante, en Eurasia interior, una región con la que desde tiempo inmemorial, salvo durante la Guerra Fría, ha mantenido constantes lazos de todo tipo encarnados, en su momento álgido, en la Ruta de la Seda. Al igual que en el pasado, China tiene sin duda interés en el comercio y en el acceso a recursos como el gas y el petróleo del Caspio. Pero también ha sabido ganarse a los dirigentes autoritarios de Asia central para conseguir garantías respecto a un posible contagio del extremismo islámico hacia las regiones occidentales chinas, como Xinjiang, donde una importante porción de la población, entre la que destacan los uigures, un pueblo túrquico, es musulmana. Dado que Rusia también tiene el mismo problema y viene considerando a China como un socio estratégico, con precauciones, para intentar contrarrestar desde su actual debilidad la expansión estadounidense en su “extranjero próximo”, no es extraño que Moscú y Pekín hayan apartado de momento potenciales rivalidades por el control de la zona y hayan optado por una concertación regional no carente de altos y bajos. El Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación de julio de 2001 entre Moscú y Pekín (el primero entre ambos Estados desde 1950), es hasta el momento la expresión más clara de esta variable en la geopolítica macrocontinental euroasiática, con otras derivadas cuya continuidad conviene seguir, como las maniobras militares conjuntas de agosto de 2005 y el posible esfuerzo común en crear una forma de condominio en el espacio de Eurasia interior por medio de estructuras entre las que destaca la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), creada en junio de 2001 y compuesta por Rusia, China, Kazajistán, Tayikistán, Kirguistán y Uzbekistán (con Irán, India, Mongolia y Pakistán como observadores). En este marco, el 5 de julio de 2005, en un gesto más que simbólico, Pekín y Moscú solicitaron a los Estados Unidos fijar una fecha límite para su presencia militar en Asia central. Por otra parte, en lo que también se refiere a la relación bilateral, no está de más recordar que Rusia es el primer proveedor de armamento para China, como hemos visto al mencionar las relaciones con Taiwán, por un valor que alcanzó en 2004

los 57.000 millones de dólares. Ambos países están además tejiendo con dificultades una red de conexiones en el ámbito de la energía cuyo sustento formal hubiera debido ser el acuerdo de mayo de 2003 entre Putin y Hu Jintao por el que ambos establecieron una cooperación energética sino-rusa. Sin embargo, una pieza principal de dicho acuerdo, la construcción de un oleoducto entre Angarsk, en la Siberia rusa, y el complejo de Daqing, en la provincia china de Heilongjiang, se vio comprometido, al menos temporalmente, tanto por los conocidos problemas que terminaron con el socio ruso –la compañía Yukos– desmantelado, como por el repentino giro de Moscú al optar por que el planificado oleoducto terminara en el puerto de Najodka, en la costa rusa del mar de Japón, sirviendo así al mercado japonés, y a otros asiáticos, en lugar de exclusivamente al chino²⁹. Aunque la decisión rusa, todavía no definitiva, fue motivada tanto por razones internas –la lucha por el poder entre el Kremlin y los oligarcas–, como de mercado –los japoneses y otros consumidores asiáticos pagarían el crudo a precio de mercado en lugar de a un precio inferior fijado por la compañía estatal china CNPC– el resentimiento de Pekín hacia la falta de fiabilidad rusa, un sentimiento experimentado por muchos países europeos con motivo de la “crisis ucraniana” a principios de 2006, podría tener importantes repercusiones en el alcance de la supuesta asociación estratégica entre los dos gigantes euroasiáticos, destinados por el momento a mirarse con una mezcla de fascinación y recelo a través de su común y extensísima frontera. Mientras tanto, la falta de confianza en Rusia para el aseguramiento de recursos energéticos ha provocado que China esté llevando a cabo una intensa actividad diplomática entre otros posibles suministradores de hidrocarburos en Asia central. En esta política de sustitución, el socio

29. Brooke, James. “Japan and China battle for Russia's oil and gas”. *The New York Times* (3.01.04).

privilegiado está siendo Kazajstán. Como es sabido, Kazajstán es el primer productor y exportador de petróleo de las repúblicas ex soviéticas de Asia central, con reservas probadas y probables estimadas en 2005 por la Energy Information Agency entre los 9.000 y los 29.000 millones de barriles, de las cuales exportaba en 2005 un millón de barriles al día³⁰. Astana, bajo el inteligente liderazgo del presidente Nazarbayev, está además siguiendo una pragmática política multidireccional a la hora de escoger sus socios y de decidir las vías por dónde exportar su riqueza, pese a las presiones externas para que privilegie una u otra opción. Obviamente, China es uno de los elementos fundamentales de esa política. Ya en 1997, China y Kazajstán llegaron a varios acuerdos para la participación conjunta en la explotación de yacimientos kazajos. Recientemente, el 11 de julio de 2006, la primera fase de un proyecto largamente acariciado por China para hacer llegar a sus provincias costeras el petróleo del Caspio y reducir así la dependencia del Golfo Pérsico se puso en marcha con la apertura de un oleoducto que une Atasu, en Kazajstán, con la provincia china de Xinjiang, donde en 2008 se prevé será abierta la mayor refinería del país.

Además de Kazajstán, otro socio de creciente importancia para China en la región es Turkmenistán, una república con grandes reservas de gas. Pese a la naturaleza de su régimen político bajo el fallecido presidente Niyazov, o quizá gracias al mismo, Pekín consiguió establecer una estrecha relación con Ashgabad, algo ciertamente difícil dada la oficial política de neutralidad turkmena, a veces rayana en un deliberado aislamiento de la comunidad internacional. La explicación de esta relación de conveniencia estriba en que mientras China desea diversificar sus fuentes de

30. El informe de la Energy Information Agency sobre los hidrocarburos en Kazajstán correspondiente a julio de 2005 puede consultarse en www.eia.doe.gov/emeu/cabs/kazak.html

suministro, el Turkmenistán de Niyazov quería romper el cuasi monopolio ruso sobre sus exportaciones. Coincidiendo así en sus intereses, el 2 de abril de 2006, el anterior presidente turkmeno, conocido como Turkmenbashi, realizó una rara visita a Pekín en la que se concluyó un protocolo de intenciones por el que China se comprometía a comprar 30 millones de metros cúbicos de gas turkmeno cada año durante los próximos treinta a partir de 2009. Queda por ver, sin embargo, la viabilidad de la operación a la espera de que se consolide un nuevo liderazgo turkmeno y, sobre todo, cuál será la reacción de Rusia, cuya compañía Gazprom había contado con el gas de la república centroasiática para compensar la previsible caída de la producción gasística en los yacimientos siberianos, en un futuro puede que cercano.

Asia-Pacífico: Japón y la península coreana

Más allá de los espacios adyacentes y de Eurasia interior, el tercer círculo más amplio de interés geopolítico inmediato para China está constituido por la entera región de Asia oriental-Pacífico. Aquí, el mero crecimiento de China durante las últimas décadas, combinado con el estancamiento de Japón y las dificultades experimentadas por otras economías de menor tamaño a consecuencia de la crisis de 1997 explican que, de hecho, Pekín se haya convertido en el jugador con mejores cartas en teoría para desempeñar el papel de hegemon regional, con permiso de los Estados Unidos. Como reconoce un informe del Servicio de Investigación del Congreso estadounidense, publicado a inicios de 2006, la creciente centralidad de China en la región se manifiesta en que desde 2004 se ha convertido en el primer socio comercial para las tres otras mayores economías de la zona –Japón, Corea del Sur y Taiwán–, superando a los Estados Unidos. Si al intercambio comercial se suman los flujos de inversión y la imbricación de los procesos de producción, todo ello apunta a que se está tejiendo una compleja red de interdependencia regional en la que los Estados Unidos están cediendo su lugar privilegia-

do y donde los actores locales comienzan a crear foros de diálogo y cooperación en los que Washington no está presente³¹. Tal es el caso del conocido como Diálogo ASEAN plus 3, que reúne a 10 naciones del sudeste asiático con China, Japón y Corea del Sur y donde ya se discute sobre la creación de una zona de libre comercio sin los Estados Unidos. Asimismo, en la gestión de los flujos financieros, los mismos 13 países establecieron en mayo de 2000 a través de sus respectivos ministerios de finanzas la conocida como Iniciativa de Chiang Mai, por la que las partes han sentado el principio de arreglos *swap* bilaterales durante crisis internacionales, con el fin de evitar situaciones de dependencia similares a la de la crisis de 1997 respecto de las organizaciones financieras internacionales dominadas por Occidente, como el Fondo Monetario Internacional (FMI).

A pesar de los datos anteriores, para que el ascenso económico de China en la región se traduzca en liderazgo político, si ello ocurre algún día, Pekín es consciente de que ha de maniobrar con extrema prudencia y hacer frente a profundas reticencias por parte de sus vecinos. Así, visto el caso de Taiwán en un epígrafe anterior, en el resto de Asia nororiental las relaciones con Japón y Corea del Sur siguen siendo extraordinariamente complicadas. Dos acontecimientos de distinta naturaleza en el último tercio de 2006 vinieron, además, a añadir complejidad a las mismas. Nos referimos, por un lado, a la elección del en principio pragmático nacionalista Shinzo Abe como sucesor de Koizumi en Japón y, por otro, a la realización por Corea del Norte de una prueba nuclear cuyas ondas sísmicas reverberaron en toda la región y más allá. En ambos casos, sin embargo, más que tratarse de elementos novedosos con capacidad de alterar equilibrios existentes, se trató de hechos que se inscriben plenamente, como veremos, en las dinámicas ya en marcha.

31. Véase Dick Nanto y Chanlett- Avery (Nanto y Chanlett- Avery, 2006)

Con Japón, la relación bilateral presenta tal densidad y complejidad que apenas es posible ofrecer aquí un breve bosquejo y algunas pinceladas³². Cualquier visitante ocasional del archipiélago puede, ante las antiguas capitales imperiales de Nara o Kioto, o apenas teniendo un mínimo contacto con la escritura o el arte nipones, comprobar la decisiva influencia china en la cultura japonesa, sin negar la originalidad de ésta. De hecho, como nos recuerda Kent E. Calder (Calder, 2006), hasta la renovación Meiji en 1868, China había sido siempre considerada como la potencia mayor en relación con Japón. Las tornas comenzaron a cambiar cuando Meiji lanzó al archipiélago por la senda de la modernización bajo el lema *fukoku kyōhei* (“un país rico y un ejército poderoso”) mediante la “aplicación del espíritu japonés al conocimiento occidental” (*Wakon yau-sai*). El deseo de emular y equipararse con las grandes potencias europeas de la época estuvo detrás de la agresiva política exterior japonesa hacia Corea, Rusia y la propia China, antes de precipitarse a una confrontación directa con los Estados Unidos. Los resultados catastróficos para sus vecinos y para el propio pueblo japonés son de sobra conocidos.

Sin embargo, el término de la II Guerra Mundial no supuso un retroceso a la situación pre-Meiji de superioridad china sobre Japón. Al contrario. La inserción del archipiélago en las estructuras de seguridad occidentales y su espectacular milagro económico, ambos bajo el paraguas de la protección estadounidense, combinados con la declinante senda seguida por la China comunista bajo Mao, contribuyeron a conseguir pacíficamente lo que el Japón militarista no pudo por la fuerza de las armas. Esta situación duró casi cuatro décadas y sólo se vio interrumpida, a la inversa, cuando desde finales de la década de los ochenta del pasado siglo Japón entró en una era de estancamiento, mientras China

32. Una excelente introducción a las relaciones contemporáneas entre ambos países la ofrece el ensayo de Akira Iriye (Iriye, 1992)

despegaba bajo el impulso de las reformas internas y de la inversión exterior. Pese a la reciente y todavía incierta recuperación nipona, Tokio ya no puede pretender volver al *statu quo ante*. Ha de acostumbrarse a convivir con un vecino cuya gigantesca sombra no puede eludir. El ajuste psicológico a esta nueva realidad no está siendo fácil para ninguna de las dos partes. Oficialmente, las relaciones entre Pekín y Tokio atravesaron durante el gobierno Koizumi por uno de los peores momentos en la historia reciente, al menos desde la normalización de las relaciones diplomáticas en 1972. El ex primer ministro japonés no visitó China desde octubre de 2001 hasta la finalización de su mandato y ningún presidente chino ha pisado Japón desde noviembre de 1998, cuando Jiang Zemin visitó Tokio. A su vez, el empeoramiento de la relación en el nivel oficial fue acompañado por un serio deterioro de las percepciones mutuas entre ambas sociedades. Recuérdense los incidentes tras la final de la Copa Asiática de fútbol en agosto de 2004, los violentos ataques al consulado y otros intereses japoneses en Shanghai en abril de 2005 y la persistente utilización del nacionalismo antijaponés por el liderazgo chino; o, por el otro lado, la drástica caída de la confianza hacia China en la opinión pública japonesa que reflejan todas las encuestas.

Desde el punto de vista oficial chino, se han alegado dos razones para justificar este deterioro de las relaciones en los últimos tiempos: la negativa japonesa a reconocer, de acuerdo con los requerimientos chinos, sus crímenes de guerra y las recurrentes visitas de dirigentes japoneses, incluyendo el propio Koizumi y el actual primer ministro Abe antes de asumir su cargo, al templo sintoísta de Yasukuni, donde yacen los restos de catorce reconocidos criminales de guerra japoneses de la clase A. Precisamente, un posible acuerdo tácito por parte de Abe al poco de asumir el poder en el sentido de que no visitaría bajo su mandato de forma oficial el santuario de Yasukuni, facilitó el que fuera recibido en octubre de 2006 en Pekín, en la que fue su primera visita oficial fuera de Japón. Sin duda, se trató de un gesto con alta carga simbólica al ser interpretado tanto dentro como fuera de China como un deseo japonés de normalizar unas relacio-

nes muy dañadas bajo el anterior primer ministro. Sin embargo, más allá de ese significado, por relevante que sea, es posible predecir que las tensiones entre China y Japón persistirán, a expensas de un deseable acuerdo más profundo y estable entre ambas naciones, al estar basadas en causas de naturaleza estructural. La primera es la competencia por los recursos energéticos de los que ambas naciones son extraordinariamente dependientes, más, si cabe, en el caso japonés. Ahí están para demostrarlo, como hemos referido, la controversia por el oleoducto desde Siberia o el contencioso abierto por las islas Senkaku/ Diaoyu y las tensiones constantes desde que, en mayo de 2004, China comenzara la prospección de los yacimientos de gas de Chunxiao, también en el disputado Mar de China oriental. La segunda, obviamente, tiene que ver con la rivalidad geopolítica y económica a escala regional y global. A medida que la economía china ha ido creciendo y su política exterior se ha hecho más activa, aun dentro de los límites de su proclamado “ascenso pacífico”, la posición relativa de Japón en los asuntos regionales y mundiales se ha ido erosionando. Dejando por el momento al margen la posible futura apuesta por una asociación bilateral estratégica sino-japonesa, la respuesta de Japón a este declive relativo provocado por el ascenso de China puede pasar en teoría por dos alternativas. O bien busca una reafirmación unilateral por la vía de la renacionalización y militarización de su política exterior, o bien opta por reforzar sus vínculos de seguridad con los Estados Unidos como garantes de una posible recuperación del estatus perdido. En la práctica, Tokio está siguiendo una vía intermedia, más cercana a la segunda posición. Así lo demuestran tanto las propuestas del Partido Democrático Liberal en el poder para enmendar la Constitución reinterpretando el art. 9 (por el que Japón renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación), como las modificaciones que gradualmente ha ido experimentando la relación de seguridad con los Estados Unidos. En este sentido, la iniciativa de mayor alcance hasta ahora ha sido la firma, el 1 de mayo de 2006, de un acuerdo por el que ambas partes acordaron crear un centro de mando integrado con sede en Zama, al oeste de Tokio. Este cen-

tro estaría encargado del seguimiento y conducción de crisis en caso de escalada tanto en la península coreana como en el Estrecho de Taiwán³³. A su vez, está previsto que el acuerdo sea acompañado por un redesplicgue de parte de las tropas americanas estacionadas en Okinawa a la isla de Guam, respondiendo así parcialmente a una demanda histórica de la sociedad y medios políticos japoneses. Con ello, los Estados Unidos intentan recuperar la confianza de un aliado que últimamente se sentía dejado de lado y de un país donde un latente sentimiento nacionalista teñido de antiamericanismo nunca está demasiado lejos de la superficie. Por otra parte, lo que es más relevante es que el acuerdo se inscribe en una gradual e inequívoca transformación del Tratado de Seguridad de 1951 en una relación bilateral más equilibrada en la que las fuerzas japonesas de autodefensa adquieren cada vez mayor protagonismo y competencias³⁴. Ello pese a la cláusula “pacifista” de la Constitución, hasta ahora una de los elementos intocables del consenso que ha venido rigiendo la vida política japonesa desde el fin de la Ocupación. De hecho, ya en las Directrices de Seguridad de 1997 se contemplaba que el radio de cooperación de las fuerzas de autodefensa japonesas con las estadounidenses se extendería desde entonces a las zonas limítrofes del archipiélago. Con posterioridad, tras el 11 de Septiembre, tropas japonesas fueron enviadas a Iraq en una iniciativa controvertida del Gobierno del Partido Democrático Liberal en contra del sentir de una mayoría de la población. Siguiendo la misma tendencia, y con mayor influencia en las relaciones sino-niponas, en febrero de 2005, Japón y los Estados Unidos realizaron una declaración conjunta afirmando que la seguridad de Taiwán concierne a ambas naciones, lo

33. Véase Stratfor. “Japan: US Army Command” (01.08.05). Accesible en Internet en www.stratfor.com

34. De hecho, una de las primeras medidas del Gobierno Abe en 2007 ha sido la creación de un Ministerio de Defensa japonés.

que provocó una airada respuesta por parte de Pekín. Para culminar, en diciembre también de 2005, las Directrices del Programa de Defensa Nacional japonés definieron a China como “una fuente de preocupación”. Ya por entonces, el actual primer ministro Abe había declarado, rompiendo anteriores tabúes en la clase política nipona, que “la sabiduría convencional apunta a China como una amenaza militar” para Japón³⁵.

En vista de lo anterior, sería demasiado sencillo colegir que China y Japón están condenados al enfrentamiento. Quizá ya hay poderosas fuerzas en movimiento interesadas en evitar que las dos grandes naciones asiáticas forjen una auténtica relación de cooperación vista por algunos como la mayor amenaza, superando incluso al espectro islámico, contra la supremacía de Occidente. Nada serviría mejor a sus estrechos intereses que un conflicto entre ambos gigantes orientales, aunque tuviera implicaciones devastadoras para el conjunto de la humanidad. Evitar esa ominosa posibilidad es la mayor responsabilidad histórica de los actuales y futuros dirigentes chinos y japoneses. Afortunadamente, como en toda relación compleja y con una carga histórica tan densa, es posible encontrar positivos referentes e iniciativas con las que equilibrar las tendencias negativas, siempre fáciles de sobrevalorar y explotar. En un encuentro celebrado durante el mes de julio de 2006 en Japón bajo el marco del II Foro Pekín-Tokio, prominentes políticos y miembros de la sociedad civil de ambos países discutieron sobre el modo de superar la actual asimetría entre unas relaciones políticas que no atravesaban entonces por su mejor momento, por decirlo suavemente, y la cada vez mayor interrelación entre las dos economías. En esa ocasión, Zhao Qizheng, vicedirector del Comité de Relaciones Exteriores de la Conferencia Consultiva Política Popular china, hizo un llamamiento al uso de la diplomacia pública y a la intensificación de los intercambios educativos como posible medio

35. Citado en Nanto y Chanlett- Avery, *op cit.* P. 21.

para superar la crisis³⁶. Iba bien encaminado. Cuando falla la política y la economía carece de la suficiente *vis atractiva*, queda la cultura. Quizá algún día ambos pueblos puedan revivir y regalar de nuevo al mundo el hermoso fruto producto de la fertilización mutua entre dos extraordinarias civilizaciones, como la que hace siglos se produjo en el ápice de los períodos Tang en China y Nara en Japón.

En lo que toca a las relaciones de China con la península coreana, aparecen dominadas por el problema planteado por el programa nuclear de Corea del Norte y por la perspectiva de una posible reunificación peninsular, con la alteración que podría suponer para el equilibrio de fuerzas en Asia nororiental. La prueba nuclear norcoreana realizada en octubre de 2006, por llamativa que resultara y por mucho que fuera interpretada como un *desaire* de Pyongyang a Pekín, no ha modificado en demasía el escenario. En ambos casos, China mira más allá de las contingencias y considera las dos cuestiones desde la perspectiva de cómo puede explotarlas en sus relaciones con los Estados Unidos y, en menor medida, con Rusia y Japón. En última instancia, Pekín intenta situarse como un factor determinante en relación con las otras tres grandes potencias cuando llegue el momento de sellar la suerte de la península coreana. Para ello está ya utilizando la intensidad de sus relaciones políticas con Corea del Norte, con sus reconocidos altos y bajos, y la creciente interrelación entre las economías china y sudcoreana³⁷.

Respecto al papel de China en la crisis nuclear con Corea del Norte, Pekín ha venido haciendo valer sus lazos históricos con Pyongyang para elevar su perfil internacional. La ocasión propicia surgió con la admisión, en octubre de 2002, por parte del liderazgo norcoreano de que había reiniciado secretamente su programa militar nuclear violando así sus comi-

36. *China Daily*, 4/8/06. P. 2.

37. Esther Pan (Pan, 2006).

promisos bajo el Acuerdo Marco de 1994 y el Tratado de no Proliferación Nuclear. Desde entonces, China ha aprovechado la interesada confesión norcoreana para participar activamente en el diálogo a seis bandas iniciado en agosto de 2003 y del que forman parte, además, Japón, Rusia, Corea del Sur, los Estados Unidos y la propia Corea del Norte. De hecho, Pekín albergó en noviembre de 2005 la quinta ronda de conversaciones a seis bandas, iniciativa que había sido precedida un mes antes por una visita de Hu Jintao a Pyongyang. Este protagonismo chino no es fruto de una política improvisada, sino que está fundado en la solidez de las relaciones mantenidas por Pekín desde la Guerra Fría con el régimen ermitaño de Kim Il Sung y, tras la muerte de éste en 1994, con su heredero dinástico, el apenas menos enigmático Kim Jong Il. Recordemos que China mantiene en vigor un Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua con Corea del Norte desde 1961. Es, además, su principal socio comercial, proveedor de alimentos y fuente de inversión exterior. Entre el 70% y el 90% de la energía consumida por Corea del Norte es recibida de China. Existe, por otra parte, la fundada sospecha de que China ha favorecido el rearme norcoreano y es parte implicada, o al menos tácitamente cómplice, en sus actividades de proliferación. Dicho esto, las relaciones entre ambos países distan de ser idílicas. El comportamiento en apariencia errático del dictador norcoreano —puede que haya método en su supuesta locura, aunque está ciertamente bien oculto— y sus periódicas provocaciones no sientan siempre bien en Pekín³⁸. Ahora bien, como se vio con la ambigua actitud China ante las sucesivas

38. En una medida sin precedentes, el Banco de China congeló las cuentas corrientes norcoreanas en julio de 2006 ante la constancia de que Pyongyang está falsificando masivamente renminbi. La misma sanción ya había sido impuesta por los Estados Unidos. Véase Fifiield, Anna. "China Freezes N. Korean Accounts". *Financial Times* (26.07.06).

propuestas de resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas condenando la prueba nuclear norcoreana, el liderazgo chino no está dispuesto a tensar la cuerda al máximo. Las constantes crisis de subsistencia a que se ve abocada la población, ante la resistencia de Kim Jong Il a modificar sustancialmente la política de autarquía (*Juche*) mediante la aplicación de algunas reformas económicas propuestas por Pekín, hacen temer la posibilidad de un éxodo masivo hacia el norte en el supuesto de que el régimen se colapsara. Por otra parte, si se produjera dicho colapso en términos favorables para que los Estados Unidos mantuvieran vínculos de seguridad privilegiados con el Estado unificado resultante, ello sería negativo para las aspiraciones regionales de Pekín y haría, si cabe, más real su temor a ser objeto de una estrategia de cerco. Por estas razones, China tiene un interés claro en mantener, mientras sea posible y políticamente rentable, la viabilidad del régimen norcoreano y, por ende, el actual statu quo de una península dividida. Otra cosa, que permanece por el momento en el secreto del Zhongnanhai, es una posible apuesta por encontrar, llegada la situación al extremo, un recambio al propio Kim Jong Il.

Al mismo tiempo, lo anterior implica por parte china aceptar la existencia indefinida al otro lado de la línea desmilitarizada de Panmunjon de una Corea del Sur imbricada desde la Guerra Fría en el sistema de seguridad occidental y con bases estadounidenses en su territorio. Recordemos que los Estados Unidos y Corea del Sur se encuentran vinculados por un Tratado de Defensa Mutua desde 1953. Pese a ello, China parece esperar que el desarrollo de los acontecimientos juegue a término en su favor. De hecho, los últimos años han visto el desarrollo de una política exterior sudcoreana más autónoma y diferenciada de Washington, sobre todo en la medida en que Seúl diverge en el modo en que considera se ha de tratar al régimen de Corea del Norte, incluso tras la última y por el momento más grave crisis nuclear. La conocida como “*sunshine policy*”, iniciada por el anterior presidente Kim Dae Jung, de aproximación estratégica a Pyongyang mediante incentivos económicos y de otra índole con

vistas a una reunificación pacífica fue inicialmente proseguida por su sucesor Roh Moo-Hyun. Éste fue elegido sobre una campaña basada en la reavivación del nacionalismo coreano y en el distanciamiento de Washington, a quien sectores del país, sobre todo el poderoso movimiento estudiantil y los sindicatos, acusan de mantener a Corea del Sur en una situación semicolonial. Ello ha provocado que en el contexto de la crisis nuclear norcoreana, Seúl se encuentre a menudo más cercano a las posturas de Pekín que de Washington y Tokio, intentando evitar la imposición de sanciones excesivas al régimen de Pyongyang y procurando mantener con éste cauces abiertos de diálogo. Como otro ejemplo, con motivo de la crisis surgida por las pruebas de misiles norcoreanos en julio de 2006, mientras los Estados Unidos y Japón presionaban para que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas impusiera duras sanciones a Corea del Norte, Corea del Sur se alineó con China defendiendo una postura más suave, llegando incluso a reclamar que tanto Washington como, sobre todo, Tokio, no añadieran tensión a la ya de por sí difícil situación.³⁹ En suma, desde la llegada a la presidencia sudcoreana de Roh Moo-Hyun Corea del Sur está surgiendo como un actor cada vez más autónomo en la región y en ocasiones próximo a Pekín, más que como un aliado incondicional de los Estados Unidos. Además de tener intereses comunes con China en sus respectivas aproximaciones a Corea del Norte, esta tendencia se ve favorecida por dos factores. El primero es que Seúl comparte con Pekín su prevención ante lo que ambas capitales consideran como reemergencia del nacionalismo militarista japonés, a entender de ambas animado desde Washington. Además, Corea del Sur mantiene su propio contencioso territorial con Tokio por las islas Takeshima/ Dokdo y sus dirigentes y población se muestran igualmente irri-

39. Landay, Jonathan y Johnson, Tim. "US Pushing for Sanctions Against North Korea". *McClatchy Newspapers*. (05.07.06).

tados cada vez que políticos japoneses realizan visitas al santuario de Yasukuni. El segundo factor aludido es de naturaleza económica. Desde 2004 China es el primer destinatario de las exportaciones sudcoreanas, mientras que se ha convertido en el segundo proveedor de Corea del Sur detrás de Japón.

Lo anterior no significa que las relaciones entre China y Corea del Sur estén exentas de problemas. Como ocurre en tantas ocasiones, y no sólo en Asia, la historia o, mejor dicho, su manipulación con fines políticos, surge como uno de los principales obstáculos a una mejor cooperación. En este caso debido a la insistencia china en que el reino de Kogoryu (37 a.C.- 688), uno de los tres reinos formativos coreanos, formaba parte territorial y políticamente de China, algo que el nacionalismo coreano no está dispuesto a admitir. Por otra parte, aunque hemos hecho mención a un progresivo distanciamiento respecto a la política de Washington en la región, Seúl no ha podido evitar el terminar aceptando a inicios de 2006 la imposición estadounidense de introducir una mayor “flexibilidad estratégica” en las relaciones bilaterales de seguridad, entendiendo por ello que Corea del Sur acepte la posible utilización de las fuerzas americanas estacionadas en su suelo en escenarios extra-peninsulares, incluyendo un posible conflicto con China por Taiwán, algo a lo que el liderazgo sudcoreano se había resistido en el pasado.

Plus ultra

La nueva política exterior china está lanzando sus redes más allá de las áreas geográficamente más próximas del continente euroasiático y Asia-Pacífico que acabamos de examinar. Ello es consistente con las ambiciones de una potencia en expansión. Los últimos años han contemplado una actividad diplomática por parte de Pekín, destinada a maridar los imperativos de la geopolítica con la necesidad de acceder a recursos y mercados esenciales para hacer de China también un actor de primer rango en la esencial componente económica del proceso de globaliza-

ción. En esta empresa, uno de los objetivos principales es la búsqueda de fuentes de energía en el exterior, sobre todo de petróleo. Recordemos que China se convirtió en 2003, según datos de la Agencia Internacional de la Energía, en el segundo mayor importador mundial de petróleo⁴⁰. China es, al tiempo, el segundo mayor consumidor mundial de energía, con el 13,6% del consumo global, tras los Estados Unidos. En la composición del consumo chino de fuentes primarias de energía, aunque el mayor peso lo sigue teniendo el carbón (69%) frente al petróleo (22,3%), la proporción de este último combustible irá creciendo progresivamente debido al aumento del parque automovilístico, el incremento de reservas estratégicas y la necesidad de reducir los elementos contaminantes asociados con el uso de carbón. No ha de extrañar, por tanto, que con una capacidad de producción nacional limitada (el 1,4% aproximadamente de las reservas mundiales), China tenga como interés estratégico diversificar y asegurar sus suministros de petróleo desde el exterior, a menudo adquiriendo la propiedad de las mismas fuentes en lugar de comprarlo en el mercado abierto⁴¹. Es la conocida, desde el acceso de Hu Jintao al poder, como la política de “salir afuera” (“*zou chu qu*”). Para ello, China está utilizando como instrumentos de su política energética exterior a sus tres principales compañías estatales: CNOOC, CNPC y SINOPEC (sus siglas, en inglés)⁴². Simultáneamente, con el auge del proteccionismo en ciertos mercados maduros, la “fábrica del mundo” en que se ha convertido China necesita encontrar consumidores alternativos para su excedente de producción.

40. Mallet, Victor. “China, Unable to Quench Thirst for Oil”. *Financial Times* (21.01.04).

41. Pablo Bustelo (Bustelo, 2005).

42. Sobre la política energética China en su proyección exterior, véase International Energy Agency. *China's Worldwide Quest for Energy Security*. París: International Energy Agency, 2000.

Iberoamérica

Es en estas tendencias donde hemos de encuadrar las cada vez más frecuentes giras de dirigentes chinos a países y regiones que una vez terminada la Guerra Fría habían dejado de tener interés para Pekín en el marco de la confrontación ideológica con el mundo capitalista⁴³. Tal es el caso de Iberoamérica, Oriente Medio o de África Subsahariana. La prensa internacional se hizo amplio eco, por ejemplo, de la visita del presidente Hu Jintao a varios países iberoamericanos en noviembre de 2004. No fue la primera, ni la última, de un dirigente chino a la zona en los últimos tiempos. Ya en 2001 Jiang Zemin realizó una gira de 13 días por la región y en marzo de 2005 el vicepresidente Zeng Qinghong siguió la estela de Hu Jintao. A consecuencia de estos contactos y del interés de las empresas chinas, el comercio bilateral con América Latina creció en un 50% desde 2000 hasta casi alcanzar los 50.000 millones de dólares en 2005. Como nos recuerda Sánchez Ancochea (Sánchez Ancochea, 2006), China ya “es el segundo socio comercial más importante de Perú, el tercero de Chile y Brasil y el cuarto de Argentina y Uruguay”. Las cifras de inversión son también significativas. En 2005, América Latina absorbió 659 millones de dólares, un 16% de la inversión total china en el exterior durante ese año. Gran parte de esa inversión está dirigida a las industrias extractivas, pero también al sector textil y a las telecomunicaciones⁴⁴. Por otro lado, como muestra de la creciente importancia de América Latina como suministradora de materias primas a China baste mencionar que Brasil es el tercer proveedor de hierro al gigante asiático; Chile y Perú le venden el 50%

43. Recordemos que en 1971 China apenas mantenía relaciones diplomáticas con sesenta países, mientras que hoy las mantiene con ciento sesenta.

44. Véase Kerry Dumbaugh y Mark Sullivan (Dumbaugh y Sullivan, 2005).

del cobre que importa, mientras que Brasil y Argentina venden la mitad de la soja que China adquiere en el exterior.

Retomando el caso de la visita de Hu Jintao en 2004, China se comprometió durante la misma a incrementar sus inversiones en la región hasta los 100.000 millones de dólares durante los próximos diez años. También ofreció acuerdos de cooperación a empresas, como Petrobras con la china CNOOC, y el otorgamiento de certificaciones a varios países latinoamericanos como destinos turísticos. A cambio, entre otras concesiones, solicitó que países como Argentina, Brasil, Chile, Perú y Venezuela reconocieran a China el estatus de economía de mercado, lo que hicieron ese mismo año. Como seguimiento a la gira de Hu, varios mandatarios iberoamericanos no tardaron en responder a la visita. El venezolano Hugo Chávez viajó a China en enero de 2005 para firmar 19 acuerdos de cooperación, que incluyen acuerdos de cooperación en el sector estratégico de los hidrocarburos con la empresa estatal china CNPC. Por su parte, el colombiano Uribe hizo lo propio en abril de ese mismo año para atraer inversiones hacia su país. Dando un paso más allá, Chile firmó un acuerdo de libre comercio con China en noviembre de 2005.

Por supuesto, además del interés económico, China no olvida en su más reciente proyección hacia América Latina su política de aislamiento diplomático de Taiwán. Hemos de recordar que todavía doce de los países de la región reconocen diplomáticamente a la isla. Recientemente, Pekín ha obtenido algunos éxitos, como la retirada de reconocimiento a Taiwán por parte de Dominica y Granada o su incorporación como observador a la Organización de Estados Americanos en mayo de 2004, mientras que la solicitud de Taiwán ha sido rechazada. A su vez, como muestra, de momento más simbólica que real, de que los intereses de China en la región exceden de lo puramente económico, hemos de destacar el acuerdo para la creación, durante la misma gira de Hu Jintao, de un Foro de Cooperación China-América Latina. Aunque en esta iniciativa, conviene prevenir, hay mucho de retórico, un país como España ha de permanecer extraordinariamente atento al desembarco chino en Ibe-

roamérica, razón por la cual volveremos sobre este asunto en un epígrafe posterior de este ensayo⁴⁵.

Oriente Medio

En cuanto a Oriente Medio, China tiene una historia reciente de lazos con la región que se inicia cuando en 1956 estableció relaciones diplomáticas con Egipto y culmina en 1990, cuando lo hizo con Arabia Saudita⁴⁶. Obviamente, si en los años cincuenta para Pekín se trataba de buscar aliados entre los países descolonizados, desde los noventa su interés primordial, además de evitar el patrocinio árabe o persa de movimientos extremistas entre los más de 50 millones de musulmanes chinos, es garantizarse el acceso en origen al petróleo de una región que representa el 60% de sus importaciones de este hidrocarburo, sobre todo en procedencia de Arabia Saudita y de Irán⁴⁷. Respecto a Riad, el hito en las relaciones energéticas con China fue la visita del entonces presidente Jiang Zemin en 1999, en la que ambas partes establecieron una “asociación estratégica petrolífera” que ha convertido al reino saudita en el primer proveedor de China desde 2002 –con permiso, como veremos, de Angola– además de facilitar inversiones mutuas en los sectores de la producción y el refino. La oportunidad abierta por Jiang Zemin continúa siendo aprovechada por su sucesor, como lo demuestra la reciente visita de Estado realizada a Riad en abril de 2006 por Hu Jintao, en el marco de una gira más amplia por la zona. Entre ambas fechas, las relaciones sino- árabes se han multiplicado

45. Véase Javier Santiso (Santiso, 2005. P. 97-111).

46. En enero de 2006 el rey Abdullah bin Abdul Aziz realizó la primera visita de un monarca saudí a China. Arabia Saudí, además de ser el primer proveedor de petróleo de China, está invirtiendo en la capacidad de refino de provincias como Fujian.

47. Véase Flynt Leverett y Jeffrey Bader. (Leverett y Bader, 2005-2006. P. 187-201).

exponencialmente: el 17% del petróleo importado por China procede de Arabia Saudita y el comercio bilateral alcanzó los 15.000 millones de dólares en 2005 (un incremento anual del 41% desde 1999)⁴⁸. Por lo que toca a Teherán, los lazos son crecientemente estrechos, alcanzando una dimensión política que va más allá de la compra de energía. Pese a la escalada de tensión entre el gobierno de Ahmadinejad y los Estados Unidos –o, quizás, precisamente a causa de ella– Pekín ha venido incrementando sus relaciones económicas y sus inversiones en Irán, desde la construcción de infraestructuras básicas hasta el tendido de redes de fibra óptica, por no hablar de la posible venta de tecnología militar. A cambio, obtiene contratos “*buy back*”, con los que las compañías petroleras chinas se garantizan un porcentaje de la producción final de un yacimiento en cuya puesta en explotación han previamente invertido. Estos lazos con Irán explican el que China haya mantenido, junto con Rusia, una política de relativa oposición a llevar al Consejo de Seguridad el tema de las ambiciones nucleares iraníes. Cuando finalmente no pudieron evitar el traslado del expediente iraní desde Viena, sede de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), a Nueva York, tanto Pekín como Moscú están haciendo lo posible por evitar la imposición de sanciones. Con este calculado juego, Pekín está lanzando claras señales de que es necesario contar con ella cuando se trata de asuntos esenciales de la seguridad mundial.

África

En cuanto a África, la tercera de las áreas emergentes para la política exterior china, la tendencia es muy similar. De hecho, China se ha situado como el tercer socio comercial del continente tras los Estados Unidos

48. Véase Fattah, Hassan M. “Hu’s Saudi visit signals a change in Gulf”. *International Herald Tribune*. (24.04.06).

y Francia⁴⁹. Por su parte, Angola fue para China su primer suministrador de petróleo en 2004, por delante de Arabia Saudita, lo que sitúa a la antigua colonia portuguesa como el primer socio comercial de China en África, seguido por África del Sur, Sudán, Guinea Ecuatorial y la República del Congo. En conjunto, un cuarto del petróleo que consume China procede ya de África subsahariana, con Angola, Sudán y Zimbabwe como principales proveedores. Sudán, por ejemplo, exporta el 60% de su petróleo a China. Además del petróleo, China está buscando en África otros recursos naturales, entre los que destacan el cobre (Zambia y República Democrática del Congo); el titanio (Kenia); el carbón (África del Sur) y las maderas preciosas (Guinea Ecuatorial, Gabón, Liberia...). A cambio del acceso a estos recursos, China está concediendo a estos países créditos blandos condicionados e invirtiendo en sus infraestructuras. Sobre todo, y a diferencia del Norte occidental, Pekín deja de lado en su agenda política africana las cuestiones sensibles relacionadas con los derechos humanos o la democratización.

Al mismo tiempo, al igual que viene ocurriendo con América Latina y Oriente Medio, la pujanza de las relaciones económicas viene acompañada por una proliferación de visitas de alto nivel por parte de dirigentes chinos a África. Es cierto que África subsahariana ya había desempeñado una función destacada en la política exterior china durante su época más ideologizada, tendencia que encontró su máxima expresión en los años 1950 con el apoyo de Pekín al movimiento de los no alineados simbolizado por la Conferencia de Bandung (1955) y con su soporte a algunos movimientos de liberación y al desarrollo de los nuevos estados independientes surgidos de los procesos de descolonización en el continente. Como contrapartida, China pudo contar con el apoyo de muchos de estos países para ocupar su actual puesto en el Consejo de Seguridad de

49. Maria L. Lanzeni (Lanzeni, 2006).

las Naciones Unidas. Los lazos políticos así establecidos fueron reactivados y orientados hacia una mayor componente económica ya durante la presidencia de Jiang Zemin, quien en mayo de 1996 realizó una gira por la región en la que estableció los principios que han de regir las relaciones sino-africanas, basadas en la igualdad, no intervención y en el desarrollo y beneficio mutuos. Estas relaciones han experimentado un ulterior impulso con la creación de un Foro de Cooperación China-África y gracias a la continuidad de la diplomacia de alta visibilidad⁵⁰.

El espacio ultraterrestre

Aunque todavía no seamos plenamente conscientes, la siguiente fase en la competición entre las grandes potencias consolidadas y emergentes comienza a dirimirse fuera del alcance de nuestra vista, más allá de la imprecisa línea donde el espacio aéreo se convierte en espacio ultraterrestre. Por ello, este último, donde la geopolítica no tardará en transformarse en astropolítica, puede decirse con propiedad que constituye la última frontera para la política exterior china. Y Pekín no desea quedarse atrás. El 15 de octubre de 2003, China entró en el selecto grupo de naciones con capacidad de situar un hombre en el espacio, el “taikonauta” Yang Liwei. Un segundo cohete tripulado por dos “taikonautas”, el Shenzhou 6, fue lanzado desde una base en Gansu el 12 de octubre de 2005. Un tercer lanzamiento está previsto para 2007, con la posibilidad de que incluya un paseo espacial. China ha manifestado, asimismo, estar dispuesta a situar a un astronauta en la luna en el año 2020, compitiendo con la “Visión para la Exploración Espacial” anunciada por el presidente George W. Bush ante la NASA en enero de 2004, donde se fija el mismo objetivo para el programa espacial estadounidense. Todo ello

50. Véase François Lafargue (Lafargue, 2005)

viene a demostrar que China tiene la voluntad y está poniendo los medios para convertirse en una potencia espacial, contribuyendo a reavivar una carrera que parecía haber quedado relegada a las viejas páginas de la Guerra Fría⁵¹. A tales efectos, el documento programático oficial sobre “Actividades Espaciales Chinas”, publicado en 2000, afirma que “las actividades espaciales (...) son parte integral de la estrategia total de desarrollo del Estado”⁵². En este empeño, Pekín está tejiendo varias alianzas. Desde 1994, China tiene un acuerdo de cooperación espacial con Rusia y este país ayudó en el desarrollo de la nave espacial Shenzhou 5 que puso a Yang en órbita. Asimismo, con Brasil mantiene desde 1988 un programa para realizar un control remoto de la tierra mediante sensores y a tal fin ya han sido lanzados dos satélites conjuntos, los denominados Satélites Sino-Brasileños de Recursos Terrestres. Por último, en 2003 China firmó un acuerdo de cooperación con la Unión Europea para participar en el sistema de navegación por satélites Galileo. Todas estas iniciativas son seguidas, por supuesto, con extraordinaria atención por los estrategas estadounidenses, entre quienes hace tiempo ha comenzado a analizarse en detalle el mejor modo de contrarrestar en el espacio el reto chino ya planteado sobre la superficie terrestre⁵³.

El doble ascenso de China: la globalización

Además de la acumulación y del creciente, aunque desigual, uso de instrumentos de poder geopolíticos (y, como hemos visto, astropolíticos), el segundo rasgo al que hacíamos más arriba referencia en relación

51. El 11 de enero de 2007 China destruyó un satélite orbital con un misil balístico, demostrando su capacidad para denegar el uso del espacio a una potencia rival.

52. Citado en Marcia S. Smith (Smith, 2005).

53. Véase, por ejemplo, Joan Johnson-Freese (Johnson-Freese, 1998).

con el auge de China es el relativo a sus avances en la dimensión globalizadora del poder, es decir, a su creciente inserción y peso en los procesos y estructuras que caracterizan la fase avanzada del capitalismo denominada “globalización”. El precursor indudable de la aserción de China en esta dimensión fue la política de reformas iniciada por Deng Xiaoping. Como es sabido, abandonando los experimentos de ingeniería social de la era Mao, el “Pequeño Timonel” se atrevió, a partir del final de la década de los setenta, a introducir medidas encaminadas a romper en la práctica los rígidos esquemas ideológicos que habían constreñido la enorme capacidad de crecimiento china. No es el momento de describir en detalle los sucesivos pasos que contribuyeron al éxito, con condicionantes, de la denominada “era de la reforma” desde su proclamación oficial en el histórico Pleno del Comité Central del Partido Comunista Chino en 1978. Baste recordar que sus principales consecuencias fueron la gradual apertura de la economía china al exterior; la reducción del peso del Estado en la economía; la acumulación interna de ahorros y su movilización en inversión productiva; la creación de un mercado de trabajo y de capitales y la fijación de precios por medio de los mecanismos de mercado, empezando por el sector agrícola. Los resultados de estos cambios durante las últimas dos décadas han sido espectaculares y explican directamente el dramático crecimiento alcanzado por China en el contexto de la economía internacional. Por supuesto, ello no excluye que existan numerosos puntos débiles en el modelo de desarrollo chino, cada vez más evidentes y que no escapan a la atención de las autoridades, como lo demuestran muchas de las previsiones del Undécimo Plan Quinquenal aprobado en octubre de 2005. Los expertos suelen mencionar la fuerte disparidad entre la inversión excesiva y el consumo insuficiente como fuentes desiguales del crecimiento; la debilidad del sistema financiero; la ineficacia de las empresas estatales y la práctica carencia de una política macroeconómica moderadora de los desequilibrios que inevitablemente conlleva un ritmo de crecimiento tan alto durante tanto tiempo, como los principales riesgos. A ellos hay que

sumar las desigualdades entre las zonas rurales y urbanas; las deficiencias en la provisión de servicios públicos como sanidad, educación o pensiones; los efectos de las masivas migraciones internas (con una “población flotante” estimada en los 140 millones de personas); la degradación medioambiental o los desequilibrios entre las regiones costeras y las interiores. De nuevo, aquí nos encontramos con unos dirigentes conscientes de la mayoría de estos problemas y dispuestos a ofrecer soluciones. Es importante a este respecto destacar la diferencia que comienza a advertirse entre los líderes de las denominadas tercera y cuarta generaciones. Aquella, encabezada por Jiang Zemin, tenía como prioridad absoluta mantener unas altas tasas de crecimiento como medio casi exclusivo de legitimar la permanencia del Partido Comunista en el poder una vez perdido, salvo retóricamente, el referente ideológico marxista. Por el contrario, la generación de Hu Jintao, el actual presidente de la República desde 2003, parece prestar más atención a la necesidad de distribuir de forma más equitativa (o “armoniosa”, según la terminología oficial), social y geográficamente, los frutos del crecimiento en lugar de perseguir este crecimiento a toda costa. Este giro “comunitarista”, anunciado por el nuevo liderazgo a lo largo de 2005, tiene por finalidad dar respuesta a la existencia de amenazas al modelo de equilibrio social preconizado en teoría por el régimen. El liderazgo chino sabe perfectamente que el desahogado crecimiento de los años noventa del pasado siglo ha provocado una acentuación de las disparidades geográficas y sociales. Mientras la renta disponible per cápita en las zonas urbanas era de 1.310\$ en 2005, su equivalente en las áreas rurales era de tan sólo 405 \$. Ello explica en gran medida el éxodo masivo de fuerza laboral desde las zonas rurales y más deprimidas del interior hacia las zonas urbanas e industriales de la costa, donde se ha concentrado la mayor parte del boom y de la inversión extranjera durante las últimas décadas. La pujanza costera tuvo su traslación política en el control ejercido durante la mayor parte de la presidencia de Jiang Zemin por el denominado “clan de Shanghai”, al que pertenecían tanto el propio presidente como su primer ministro, el

reformista, Zhu Rongji⁵⁴. Por el contrario, tanto el actual presidente Hu Jintao como su primer ministro, Wen Jiabao, proceden de zonas rurales, donde desarrollaron parte de sus respectivos *cursus honorum*, y son en apariencia más sensibles a sus problemas y reivindicaciones. De ahí el énfasis en la política popularmente conocida como “*Go West*”, mediante la cual los actuales dirigentes intentan desviar el núcleo del esfuerzo inversor desde la costa hacia el interior y hacia las provincias más occidentales. Aunque puede provocar reacciones negativas entre las elites y las clases medias costeras, las grandes beneficiadas del milagro económico chino, este “redescubrimiento” de las masas empobrecidas del interior no deja de tener sentido. Después de todo, “tan sólo” 300 millones de los 1.300 millones de chinos viven en las grandes aglomeraciones del litoral. Además, los últimos años han visto un aumento de los disturbios sociales en las zonas rurales, desde los 58.000 registrados por el Ministerio de Seguridad Pública en 2003 a los más de 80.000 en 2005⁵⁵. Más peligroso aún, la concentración de riqueza y poder en determinadas regiones podría tener como efecto una aceleración de tendencias centrífugas en detrimento de Pekín, un fenómeno que comenzó a cobrar preocupante consistencia durante los últimos años en el poder de la tercera generación. Una combinación de descontento social creciente en el interior y de afirmación política en la periferia es el escenario que más puede temer el Partido Comunista. Después de todo, la historia del país demuestra que a todo ciclo de fuerte unidad dinástica –o ideológica– le ha seguido otro ciclo de

54. Como parte de la campaña anticorrupción lanzada por Hu Jintao, el secretario general del Partido Comunista en Shanghai, Chen Liangyu, fue defenestrado en septiembre de 2006. Fue difícil no ver en esa medida un claro mensaje a las elites costeras demasiado acostumbradas a no seguir los dictados de Pekín.

55. Citado en Friedman, George. “China: Crisis and Implications”. *Stratfor*. (20.06.06).

desunión y anarquía, acompañado por la proliferación de revueltas campesinas, a veces envueltas en banderas mesiánicas como la de los “turbantes amarillos”, y la aparición de señores de la guerra con una fuerte base regional. Paradójicamente, si en el pasado este patrón histórico fue motivado casi siempre por crisis de subsistencia o por la quiebra de los lazos comerciales con el exterior, esta vez las tendencias más preocupantes están siendo alimentadas por los desequilibrios provocados por un crecimiento económico desbocado.

Lo anterior no significa que China esté condenada a repetir su historia. La mezcla de fortalezas y debilidades que constituye la economía china desde el punto de vista interno se ha mantenido hasta ahora inclinada a favor de las primeras⁵⁶. No hay garantía plena de que ello siga siendo así en el futuro en ausencia de profundas reformas estructurales, algunas de las cuales están siendo iniciadas en el sentido de ir sustituyendo progresivamente un patrón de crecimiento basado en la inversión por otro basado en el consumo⁵⁷. Por el contrario, sí hay certeza de que lo ya alcanzado ha situado a China, como mencionamos al principio del ensayo, entre las cinco grandes economías mundiales, con una proyección ascendente. Sin duda, el momento que marcó en términos tanto reales como simbólicos la madurez de China en la economía mundial fue su entrada en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001. La aceptación por los dirigentes chinos de las condiciones negociadas durante un largo proceso con los Estados Unidos antes del ingreso en la OMC, expresó mejor que cualquier otra posible declaración su confian-

56. Sobre la mezcla de amenazas y oportunidades que constituye la fábrica de la actual economía china, véase. David Hale y Hughes Hale (Hale y Hale, 2003. P. 36-53).

57. El cambio en el patrón de crecimiento fue oficialmente anunciado en la Conferencia de Trabajo Económica Central de diciembre de 2004. Véase Nicholas R Lardy (Lardy, 2006).

za en que su país está preparado para jugar y ganar en el tablero altamente competitivo de la economía mundial, e incluso, llegado el caso, para modificar en beneficio propio sus reglas de juego.

De hecho, en tres ámbitos interconectados de la globalización se está ya sintiendo decisivamente el peso de la economía china y su capacidad para alterar algunos de sus elementos esenciales. El primero es el relativo a la ocupación de crecientes cuotas de mercado gracias al desarrollo de su base productiva y a la multiplicación de sus exportaciones en áreas que van más allá de las tradicionales industrias caracterizadas por el uso extensivo de mano de obra barata, donde se pensaba hasta hace poco que China tenía su única ventaja comparativa. Por ejemplo, en el textil era predecible que el final del Acuerdo Multifibras de la OMC en 2005 tuviera una repercusión inmediata, como así ha sido, en la pérdida de mercados por parte de los productores no sólo europeos y estadounidenses, sino sobre todo de países del Sur, desde Centroamérica al Sudeste asiático. Pero, como se ha dicho, no sólo en industrias como el textil, el juguete o los zapatos China está barriendo a la competencia. Su entrada en mercados de mayor valor añadido, tanto en calidad de país exportador como importador, está siendo igualmente espectacular. Ello explica que China se situara en 2004 como la tercera mayor nación comercial a escala mundial, con un volumen de comercio que alcanzó ese año el trillón de dólares, tan sólo por detrás de los Estados Unidos y Alemania y por delante de Japón. En dos sectores altamente simbólicos los efectos ya se están dejando sentir de forma muy clara. En el caso de la industria del automóvil, China se convirtió a finales de 2005 en exportadora neta de vehículos. En la industria aeroespacial China está sabiamente aprovechando la competencia entre Airbus y Boeing para adquirir una flota renovada a precios competitivos e incluso imponiendo sus propios términos a los proveedores, como la deslocalización de enteras plantas de ensamblaje, con vistas, sin duda, a crear una industria nacional propia y no dependiente.

En cuanto a las industrias de más alto componente tecnológico, su desarrollo es una prioridad absoluta para los dirigentes chinos, tanto en los sectores civil como militar. En el primero, el “Plan a Medio y Largo Plazos para la Ciencia y la Tecnología”, adoptado en enero de 2006, hace un llamamiento a hacer de China “una nación innovadora” mediante la adquisición “de capacidades de innovación independientes”, sin las cuales, según el propio primer ministro Wen Jiabao, “China no podrá reclamar su lugar en el mundo”⁵⁸. En cierto modo, China ya está en el buen camino. En 2005 se convirtió en el mayor exportador de teléfonos móviles, ordenadores portátiles y cámaras digitales⁵⁹. En cuanto a los semiconductores, es ya el tercer mercado mundial y está en vías de convertirse en uno de los mayores productores, aunque gran parte de la industria electrónica, sobre todo la más orientada hacia la exportación, está en manos foráneas. Pese a esta debilidad en términos de capacidad propiamente nacional, empresas autóctonas están accediendo a mercados internacionales mediante una variedad de estrategias, incluyendo la compra de empresas extranjeras; tal fue el caso de la adquisición por Lenovo de la división de ordenadores personales de IBM en mayo de 2005 por 1.700 millones de dólares. Al mismo tiempo, hay una política definida para crear industrias nacionales de alta tecnología mediante el establecimiento de polos de excelencia al modo de Silicon Valley, o la Ruta 128 en las afueras de Boston, en Shanghai, Pekín, Shenzhen y Guangzhou. A ello puede ayudar el que China esté graduando cada año desde sus universidades técnicas a 600.000 ingenieros. Asimismo, y este es uno de los aspectos más controvertidos de sus relaciones con la OMC, China puede estar beneficiándose de un cumplimiento más bien laxo de las reglas aplica-

58. Citado en Adam Segal (Segal, 2006).

59. Segal, *idem*.

bles a los derechos de propiedad intelectual. Todavía más preocupante es la constancia de que China está desarrollando el equivalente del complejo “militar-industrial” sobre cuyas consecuencias en el caso de los Estados Unidos ya advirtieran Eisenhower y Galbraith en los años cincuenta⁶⁰.

El segundo ámbito de la globalización donde se está dejando sentir la influencia de China, además de en los mercados productivos, es el de las finanzas internacionales. Como hemos mencionado, ya durante la crisis asiática de 1997, las autoridades chinas, con su prudente política monetaria, contribuyeron a moderar sus efectos, con consecuencias beneficiosas para los equilibrios mundiales y para el propio prestigio chino como socio fiable. En sentido contrario y en fecha más reciente, la reevaluación del yuan en un 2,1% en julio de 2005 –aunque juzgada insuficiente por quienes consideran que un yuan devaluado constituye una subvención encubierta a las exportaciones chinas y contribuye al déficit comercial de numerosos países, comenzando por los Estados Unidos– fue en realidad una indicación de que por vez primera un cambio más substancial en la política monetaria china podría provocar turbulencias de gran calado en los mercados de divisas internacionales. Si China decidiera, por ejemplo, modificar la composición de la cesta de monedas que constituye ahora su referencia a favor del euro o del yen y en detrimento del dólar estadounidense, ello podría enviar ondas de choque significativas al mismo corazón de la Reserva Federal en Washington. Después de todo, gracias al antiguo tipo de cambio fijo con el dólar, un sistema de Bretton Woods redivivo, China ha estado financiando los excesos de los consumidores (la verdadera fuente del déficit estadounidense) y los bajos rendimientos de los bonos del Tesoro estadounidenses que han evitado el temido efec-

60. Evan S. Medeiros; Roger Crane y James Mulvenon (Medeiros, Crane y Mulvenon, 2005).

to “crowding out” en los mercados privados de crédito y, al tiempo, han alimentado, gracias a tipos de interés históricamente bajos, la espiral de precios en sectores como el inmobiliario⁶¹.

Más allá de la gestión de los tipos de cambio, China tiene la capacidad para intervenir en los mercados financieros de forma decisiva gracias a su gran acumulación de divisas. Según datos del Banco Central Europeo, a principios de 2006 China mantenía el 19% de las reservas mundiales de divisas, con 769.000 millones de dólares, consolidando así una segunda posición, tras Japón, que viene detentando desde 1996.⁶²

Por último, el tercer ámbito de la globalización con un creciente componente chino es el relativo a la sociedad de la información. China contaba en 2005 con aproximadamente 100 millones de internautas y el chino se ha convertido en la segunda lengua de la Red. Los avances de China en tecnologías de la información están siendo además acompañados por una deliberada política destinada a establecer estándares tecnológicos adaptados a sus necesidades y en competencia con los aplicables en los mercados internacionales, hasta ahora de origen mayoritariamente estadounidense. Asimismo, es sabido que las autoridades chinas están interesadas en desarrollar un buscador nacional de Internet, denominado Baidu, que pueda hacer frente a gigantes estadounidenses como Google. Un aspecto menos brillante, pero igualmente significativo de la aproximación china a la sociedad del conocimiento lo constituye el intento de establecer barreras a los flujos de información mediante métodos de censura y transmisión de propaganda oficial. Pese a las críticas que ello suscita por parte de gobiernos, como el estadounidense, partidarios de la libertad de expresión, una muestra más de la capacidad china para imponer sus condiciones es la escandalosa aquiescencia de

61. *The Economist*. “How China Runs the World Economy”. (30.07.05).

62. Lafont, Isabel. “China acapara ya el 19% de las reservas internacionales de divisas”. *El País*. (27.03.06).

dos compañías estadounidenses, Google y Yahoo, a ceder ante la presión de las autoridades chinas para limitar los contenidos ofrecidos a los internautas chinos e incluso para comunicar a esas mismas autoridades los nombres, en el caso de Yahoo, de prominentes opositores.

El doble desafío

En suma, en su trayectoria hacia el estatus de gran potencia, China está utilizando al mismo tiempo los instrumentos de la globalización y de la geopolítica. Mostrando con el ejemplo hasta qué extremo ambas dimensiones no son contradictorias, sino complementarias, China emplea la globalización para alcanzar metas geopolíticas y, a la inversa, hace uso de los instrumentos clásicos de la geopolítica para mejorar su capacidad de influencia en el proceso de globalización. Su táctica a este respecto está consistiendo en hacer valer su peso geopolítico y económico para abrir mercados y acumular recursos energéticos, de bienes y servicios, tecnológicos y de capital. Con ello podría alcanzar una posición de privilegio en los eslabones estratégicos que componen la economía mundial y de esta forma condicionar, aunque todavía no alterar decisivamente, los términos en que se desenvuelve, ahora determinados por los Estados Unidos. Esta táctica ya está rindiendo sus frutos en algunos ámbitos. Así, cuando se trata de fijar los precios de numerosas materias primas y productos primarios, el mercado ya no puede ignorar que China constituye el 40% de la nueva demanda mundial de petróleo, o que ya es el primer consumidor de aluminio, cobre, acero, carbón, madera, algodón, soja, materiales plásticos y fibras textiles. En productos de mayor valor añadido la tendencia es similar. Basta recordar que China sobrepasó en 2002 a Japón como el segundo mayor mercado de ordenadores personales o que con 145 millones de usuarios constituye el primer mercado mundial de telefonía móvil. Un excelente conocedor de los hilos que manejan la economía global como es *The Economist*, adalid por antonomasia de una globalización liderada por el mundo angloamericano, tuvo que reconocer en el verano de 2005 que “China está detrás de casi todo lo que ocu-

re en la economía mundial. China está comenzando a dirigir tendencias económicas que muchos países asumen que están determinadas domésticamente”⁶³. Entre esas tendencias, siempre según el mismo semanario, se cuentan la fijación relativa a escala mundial de los salarios, la inflación, los intereses o el mismo rendimiento de los bonos del Tesoro estadounidense, por no mencionar la escalada de los precios de las materias primas o incluso la burbuja del mercado inmobiliario. Todo ello debido al tremendo impacto de China en la oferta y la demanda global de factores como el trabajo y el capital, al transformar, junto con otras economías emergentes, el primero en relativamente abundante y el segundo en relativamente escaso en magnitudes hasta ahora desconocidas. En suma, como concluye *The Economist*: “la entrada de China en la economía mundial puede constituir el mayor cambio en los próximos cincuenta, puede que cien años”. ¿Estamos, pues, en el umbral de una globalización “made in China”? En todo caso, como más modestamente apunta en un reciente artículo David Gosset, director de la Academia Sínica-Europaea con sede en Shanghai, la globalización habrá de contar ineludiblemente con un “factor chino” dentro, en el mejor de los casos, de una más amplia identidad cosmopolita en formación⁶⁴. Por desgracia, no faltan quienes, como veremos a continuación, han convertido en una ocupación y en un negocio convertir ese factor en una amenaza para sus intereses creados, poniendo así en riesgo nuestra común prosperidad y seguridad.

La descrita acumulación de poder chino en la geopolítica y en la globalización explica la abundancia en nuestros días de prognosis sobre la capacidad de China para sobrepasar a los Estados Unidos como primera potencia en un plazo variable, pero no superior a los años 2030 o 2050. Al mismo tiempo, se nos recuerda que raramente, quizá nunca antes, un

63. *The Economist*, “China and the World Economy”. (30.07.05).

64. David Gosset (Gosset, 2006).

sistema internacional ha sido capaz de acomodar la emergencia de un nuevo poder de semejante talla sin padecer graves convulsiones, casi siempre desbordando en devastadores conflictos. Es una posibilidad que no debemos desdeñar, pero tampoco la contraria. La alternativa, no ajena a lo que sabemos sobre biología evolutiva, de que una novedad emergente pueda ser integrada pacíficamente en un nivel superior de organización dentro de un sistema determinado es más frecuente de lo que pretenden algunos agoreros apocalípticos. Pero no hemos de olvidar que en algunos ámbitos de la evolución humana y, más en concreto, en el desarrollo de los sistemas políticos internacionales, el factor condicionante a la hora de que se produzca uno u otro resultado –la convergencia pacífica o la disrupción catastrófica– suele depender de la actitud que adopten los principales actores identificados con el statu quo ante el “arribista” con pretensiones, así como de la propia línea de acción seguida por éste, ya sea aceptando con mejor o peor semblante el sitio que se le deje, puede que con vistas a ampliar gradualmente su espacio de maniobra, o, por el contrario, exigiendo con malos modos un lugar privilegiado al sol, caso de las potencias revisionistas agresivas, de las que no han faltado ejemplos durante el pasado siglo y entre las cuales China de momento no parece contarse.

La respuesta estadounidense. Halcones y pandas

En el caso de los Estados Unidos, la potencia hegemónica en principio más identificada con el actual orden internacional y, al tiempo, la principal causante de sus dramáticas transformaciones, ya hemos adelantado su ambigua actitud ante la reciente emergencia de China y sus posibles causas. También hemos avanzado la hipótesis de que en algún momento de este siglo habrá de verse forzada a responder de una forma clara, ya sea a favor del acomodo o de la confrontación. Por supuesto, los principales centros de poder en los Estados Unidos son plenamente conscientes del doble reto arribista delineado que les plantea el ascenso de China. Aunque todavía no ha lle-

gado el momento trascendental, es ya posible encontrar en el contenido y tono de algunos actores en sus pronunciamientos al respecto algunos signos premonitorios de hacia dónde podría inclinarse la balanza de la decisión.

Los halcones

Entre esos actores, por su mayor actitud de beligerancia en comparación con la relativa moderación de la Casa Blanca han destacado tradicionalmente el Pentágono y el Congreso, y no sólo cuando éste ha contado con mayoría republicana. De hecho, la nueva mayoría demócrata en ambas cámaras a raíz de las elecciones de noviembre de 2006, lejos de aliviar la retórica anti-china puede provocar un efecto contrario al inclinarse alguno de sus miembros hacia un exceso de demagogia proteccionista. Nancy Pelosi, cabeza visible de los demócratas en el Congreso, ya avisó al poco de transcurrir la victoria de su partido que estaba dispuesta a revisar la política comercial republicana con China, que calificó como “*desastrosa*”⁶⁵. Así las cosas, sobre todo conforme se acerquen las elecciones presidenciales de 2008, no parece que desde el legislativo estadounidense vaya pronto a cambiar en lo fundamental la actitud, cuanto menos recelosa, ante el ascenso del país asiático que caracteriza el conocido Informe de la Comisión EEUU-China publicado en 2005⁶⁶. La conclusión más llamativa de ese Informe, recuérdese, es que “las tendencias en las relaciones entre los Estados Unidos y China tienen implicaciones negativas a largo plazo para los intereses de seguridad y económicos de los Estados Unidos”. El curso de acción propuesto por sus autores para corregir esas tendencias consiste en “la utiliza-

65. Véase *The Economist*. “Paulson’s Party” (07.12.06).

66. El Informe “2005 Report to Congress of the US-China Economic and Security Commission”, publicado en noviembre de 2005, puede ser consultado en la siguiente dirección de Internet: www.uscc.gov/anual_report/2005

ción de una variedad de instrumentos y acciones de forma tan agresiva como sea necesario para proteger importantes intereses estadounidenses”. Hasta aquí lo que podríamos denominar como típica reacción de una mentalidad geopolítica exclusivista que concibe las relaciones internacionales en términos de juegos de suma cero. Ahora bien, los mismos autores son conscientes de que una postura puramente agresiva, dada la actual dinámica de las relaciones entre los dos estados y su creciente interdependencia económica, es poco realista. Por ello, mantienen la conveniencia de explorar “una estrategia coherente con China que proteja los intereses vitales de los Estados Unidos al tiempo que reconoce aspiraciones legítimas chinas, reduciendo la posibilidad de un conflicto”, eso sí, utilizando el lugar privilegiado de los Estados Unidos como “única superpotencia” para persuadir a China de la conveniencia de mantener una relación “productiva”. La mezcla de agresividad y cautela mostrada por la Comisión es explicable si nos atenemos a los datos de la relación bilateral recogidos en el propio Informe. El comercio bilateral alcanzó en 2004 los 231.000 millones de dólares. China es el tercer socio comercial de los Estados Unidos tras Canadá y México y el quinto mercado de las exportaciones estadounidenses. Al mismo tiempo, el Informe del Congreso se preocupa de señalar como factor más relevante de esa relación el enorme déficit comercial en bienes favorable a China, que alcanzó en 2005 los 162.000 millones de dólares (un cuarto del déficit total de los EEUU), de los cuales 36.000 millones se correspondieron a productos con alta componente tecnológica.

En cuanto al Informe del Pentágono publicado en 2005⁶⁷ y su nueva edición de 2006, ambos presentan conclusiones muy similares al del Congreso, aunque más duras si cabe, a partir del análisis de datos conve-

67. El Informe del Pentágono “The Military Power of the People’s Republic of China” correspondiente a 2005 puede ser consultado en:
www.defenselink.mil/news/Jul2005/d200050719china.pdf

nientemente seleccionados del poder militar chino. Entre los mismos, en 2005 el Pentágono destacaba la triple amenaza que supone el incremento del presupuesto militar, la adquisición por parte de China de tecnologías de doble uso para la modernización de su ejército y la acumulación de fuerzas en el Estrecho de Taiwán y en el Mar de China Oriental. El Informe enfatizaba el rearme chino en misiles balísticos y de crucero, así como el creciente equipamiento de las fuerzas navales y aéreas, a menudo conseguido mediante la mejora de plataformas de combate adquiridas a Rusia. A todas estas amenazas habría que añadir las actividades chinas en materia de proliferación dirigidas hacia estados considerados “parias” por Washington. En suma, el Pentágono concluía en 2005 que “el metódico y acelerado fortalecimiento militar de China presenta una creciente amenaza a la seguridad de Taiwán y un reto emergente a la seguridad de los Estados Unidos, sus amigos y aliados y otras naciones en la región”. Para hacer frente a esa amenaza, el Pentágono recomendaba el reforzamiento de las alianzas con los aliados tradicionales de los Estados Unidos en Asia: Japón, Corea del Sur y Australia, es decir, una vuelta a lo que hubiera podido ser la estrategia de la primera Administración Bush si no hubieran mediado los ataques del 11 de septiembre.

Respecto a la edición de 2006, su novedad más llamativa en relación con la anterior es la seria llamada de atención del Pentágono acerca de la “alteración del balance regional militar” provocada por la continua modernización y expansión del ejército chino. De proseguir la tendencia, continúa el Informe de 2006, China dispondrá de capacidades aplicables más allá del escenario “taiwanés” “a otras contingencias regionales, incluyendo conflictos sobre el territorio y los recursos”. De hecho, aunque el Informe se centra en los aspectos militares del poder chino, una de sus afirmaciones más controvertidas, en la medida en que viene a contradecir ciertas ideas recibidas sobre la limitación geográfica de los intereses chinos, es que “la política exterior china es ahora global (...) China está emergiendo como un poder regional de alcance crecientemente global”. Por emplear los términos de este ensayo, el Pentágono advierte que China está dando el salto

espacial y cualitativo desde los “tres círculos” de inmediata influencia geopolítica, al “plus ultra” de una proyección auténticamente mundial⁶⁸.

Los informes glosados del Congreso y del Pentágono sobre el reto que plantea el ascenso de China a la hegemonía de los Estados Unidos ofrecen, como hemos visto, un recetario de respuestas, no necesariamente contradictorias, que van desde la cooptación a la contención, sin excluir el recurso a la confrontación si fuera necesario. Pero el fiel de la balanza, en las recomendaciones al Ejecutivo, se inclina claramente hacia estas dos últimas estrategias. Subyacente a los análisis de las dos fuentes hay una coincidencia en advertir el doble desafío planteado por el creciente poder chino en la geopolítica y en la globalización y en llamar la atención sobre la dificultad de que ante su empuje los Estados Unidos puedan mantener simultáneamente la actual preeminencia en ambas dimensiones. Es más, puede advertirse un cierto tono admonitorio en el sentido de que los Estados Unidos, como venimos señalando en este ensayo, pueden verse forzados a elegir entre la geopolítica o la globalización, es decir, entre su condición de Estado moderno o postmoderno. En ambos casos, tanto el Congreso como el Pentágono parecen tener claras sus preferencias. Así, el Informe del Congreso no duda en afirmar que “el mercado puede producir resultados contrarios a los intereses nacionales de los Estados Unidos”. Aún más, pese a lo que se pudiera esperar del legislador de un país en teoría identificado con la ortodoxia neoliberal, el Informe hace una llamada al proteccionismo digna de un “campeón nacional” de los que supuestamente sólo proliferan en la “vieja Europa” al concluir: “no debemos permitir que nuestras necesidades de capital pongan en peligro nuestros

68. Con anterioridad al segundo Informe del Pentágono mencionado, la *Revisión Cuadrantal de Defensa* de febrero de 2006 ya definía a China como un “potencial competidor estratégico”. El documento puede consultarse en: www.defenselink.mil/qdr/report/Report20060203.pdf

intereses de seguridad”. En otras palabras, no hemos de dejar que los imperativos de la globalización minen los fundamentos geopolíticos de nuestra hegemonía. Por ello, el Congreso termina instando “a la Administración a trabajar con alianzas regionales, instituciones y organizaciones para preservar las fuentes de poder e influencia que permitan mantener el equilibrio de poder en las diversas regiones del mundo que puedan ser afectadas negativamente por el ascenso de China”.

Así pues, las opciones que los halcones comienzan a privilegiar en la relación con China pasan por la puesta en marcha de una doble estrategia usando, como no podía ser de otra forma, los instrumentos de la geopolítica y de la globalización. Por una parte, se trataría, por así decirlo, de mostrar músculo, es decir, de desplegar en Asia-Pacífico, sobre todo en el Estrecho de Taiwán una fuerza mayor con la que confrontar el crecimiento de la maquinaria militar china y negarle el acceso a los espacios ambicionados por Pekín. Ello habría de ir acompañado, como se ha señalado, por un estrechamiento de las relaciones, tanto bilaterales como multilaterales, con los aliados tradicionales en la región. En estas sugerencias, el Congreso y el Pentágono no están solos. En parecida línea, el conocido analista cercano a los neoconservadores Robert Kagan (Kagan, 2005), se mostraba contrario, en un artículo publicado en el *Washington Post* en marzo de 2005 a la táctica de la cooptación y favorecía, por el contrario, una política de contención comenzando por la misma periferia de China mediante un reforzamiento de los lazos de seguridad bilaterales con Japón y Australia y la creación de nuevas estructuras de seguridad en Asia oriental contando tan solo “con los aliados democráticos de los EEUU”⁶⁹. Más próximo a la escuela realista, el ensayista Robert Kaplan (Kaplan, 2005) afirmaba poco después en el *Atlantic Monthly* que “China constituye la principal amenaza convencional al Imperio

69. Kagan, Robert. “Those subtle Chinese”. *The Washington Post* (10.03.05).

liberal americano”⁷⁰, concluyendo que nos encaminamos a una segunda Guerra Fría que durará varias generaciones y en la que los Estados Unidos habrán de concentrar su atención en el Pacífico y no en el Oriente Medio. Para prevalecer en la nueva confrontación, más que en la asistencia de aliados y alianzas tradicionales (la OTAN en su configuración actual y los europeos en general estarían amortizados), Washington habrá de contar con coaliciones flexibles de estados asiáticos estructuradas en torno al Mando del Pacífico (PACOM, en inglés) y sin ningún “prejuicio ideológico” a la hora de elegir a sus miembros. Anticipándose a ambos autores, ya en 2000, Richard Armitage, quien luego sería vicesecretario de Estado durante la primera Administración de George W. Bush, y Joseph Nye, profesor de Harvard, preconizaban un reforzamiento de la alianza bilateral con Japón a expensas de lo que los autores consideraban que había derivado hacia una excesiva obsesión por apaciguar a China durante el período de Clinton. Para Armitage y Nye (Armitage y Nye, 2000), los Estados Unidos deberían establecer con Tokio una relación especial inspirada en la existente con el Reino Unido. Como hemos examinado, la evolución del acuerdo de seguridad entre ambas potencias durante la última década, con un aumento del perfil de Tokio en temas de seguridad regional y global, va por ese camino⁷¹.

Un paso más allá en la estrategia de prevenir el ascenso chino, el hiperrrealista John Mearsheimer (Mearsheimer, 2001) sugiere que los Estados Unidos opten directamente por la confrontación: “Los EEUU tienen un profundo interés en asegurarse de que el crecimiento económico de

70. Kaplan, 2005.

71. Véase el informe colectivo del Institute for National Strategic Studies. *The United States and Japan: Advancing Toward a Mature Partnership*. Washington D.C.: National Defense University Press, 2000. Accesible en: www.ndu.edu/inss/strforum/SR_01/SFJAPAN.pdf.

China se reduzca considerablemente en los próximos años (...) Una China rica no sería una potencia satisfecha, sino un Estado agresivo, determinado a alcanzar una hegemonía regional”⁷². En un diálogo patrocinado en enero de 2005 por la revista Foreign Policy entre el mismo Mearsheimer y Z. Brzezinski, el primero llegó a afirmar que “China no puede ascender pacíficamente”, previendo que “de continuar su dramático crecimiento económico, los EEUU y China presumiblemente se enzarzarán en una intensa competición en el ámbito de la seguridad, con considerable potencial para entrar en guerra”.⁷³

La forma en que los Estados Unidos pueden provocar la reducción demandada por los más extremistas halcones en el crecimiento chino, salvo mediante una confrontación militar directa o la provocación más o menos abierta de disturbios sociales y políticos que pongan fin a su actual ciclo de desarrollo, puede pasar por la puesta en marcha de varios instrumentos de diversa naturaleza. El principal, aunque pueda parecer una contradicción en los términos, es poniendo límites al modelo liberal de globalización del que los Estados Unidos han sido hasta ahora adalides. Un proponente de esta solución es el economista Clyde Prestowitz (Prestowitz, 2005), consejero comercial encargado de las relaciones con Japón durante la Administración Reagan. En su último libro, Prestowitz hace un llamamiento para que los Estados Unidos abandonen su teórico *laissez faire* universal en las prácticas de comercio exterior a favor de un mercantilismo selectivo en el que se contrapondría una esfera liberal —compuesta por el NAFTA (EEUU, México y Canadá) más Japón— al resto del mundo, con el que los Estados Unidos tendrían que utilizar medidas proteccionistas. De hecho, ejemplos de esta última tendencia ya se han visto en la práctica con el rechazo en 2005, por la oposición del Congreso, a la compra de la petro-

72. Mearsheimer, 2001. P. 402.

73. Brzezinski y Mearsheimer, 2005.

lera Unocal por la empresa parcialmente estatal china CNOOC (propiedad en un 70% del Estado chino). En un sentido similar, la regulación Sarbanes-Oxley de 2002 sobre certificación de los informes anuales de las compañías cotizadas en la Bolsa de Nueva York, está siendo utilizada para frenar operaciones corporativas chinas, y de otros países considerados hostiles, en aquel mercado financiero.

La utilización de una mezcla de proteccionismo selectivo y regionalización de la globalización como medidas contra el ascendiente económico chino son opciones que permanecen abiertas y están ya siendo ensayadas, aunque aún no a plena escala por cuanto, como venimos insistiendo, los Estados Unidos todavía no están en la tesitura de tener que adoptar lo que hemos denominado como decisión existencial entre la geopolítica y la globalización. Una tercera vía disponible para los halcones, subyacente a las recomendaciones de los informes del Pentágono glosados más arriba, es la de entrar en una carrera de armamentos con China en la esperanza de que, al igual que ocurrió con la URSS antes de la *perestroika*, un gasto excesivo en el sector militar termine por erosionar los fundamentos del sector civil de la economía y provoque el colapso del sistema. Se trata de una estrategia arriesgada y, sobre todo, asentada sobre una presunción poco firme, por cuanto la China de hoy dista de ser la Unión Soviética unidimensional de los años setenta u ochenta. Sin embargo, no debe ser descartada en la medida en que la creación, como hemos visto que está ocurriendo, de un complejo militar-industrial chino podría fácilmente ser utilizada al otro lado de Pacífico para reavivar, si acaso fuere necesario, su contraparte estadounidense.

Los pandas

Frente a los proponentes mencionados de una política dura basada en consideraciones geopolíticas clásicas, aunque sea a expensas de la globalización tal y como la entendemos hasta ahora, encontramos en los medios de influencia estadounidenses otros autores que privilegian claramente la con-

tinuidad y expansión de esta última, asumiendo el riesgo de que ello implique una limitación al ejercicio de su soberanía por parte de los Estados Unidos. A diferencia de los “halcones”, esta segunda escuela, a veces denominada como “los pandas”, preconiza la cooperación con vistas a la cooptación de China en las estructuras de poder mundial, por ejemplo mediante su inclusión en foros como un G7/8 ampliado. Entre los más elocuentes abogados de esta otra línea de pensamiento se cuenta Richard Haas (Haas, 2005), presidente del influyente Council of Foreign Relations y antiguo asesor de Colin Powell. En su ensayo *The Opportunity*, Haas reconoce que “el problema para la política exterior estadounidense no debería ser si China llegará a fortalecerse, sino de qué forma China usará esa fortaleza”.⁷⁴ A su entender, una vez aceptado, e incluso animado, el ascenso chino, los Estados Unidos harían bien en integrarlo, junto con el de otros estados como India o Brasil, en un esfuerzo común “dirigido o apoyado por los EEUU para hacer frente a los retos de la globalización”. Se trataría con ello de convertir a China en una potencia “satisfecha”, alejada de tentaciones revisionistas, y así poder orientar mejor sus energías a combatir, junto con los Estados Unidos y otros estados afines, el lado oscuro de una globalización de cuya munificencia China sería la primera beneficiada. De este modo, en lugar de pensar en engullirse Taiwán o absorber los cada vez más escasos recursos del planeta, los dirigentes de Pekín estarían ocupados en prevenir la proliferación de armas de destrucción masiva; el terrorismo transnacional; la anarquía de los estados fallidos o problemas como el cambio climático o el riesgo de pandemias.

La visión de los “pandas” encontró autorizado eco en el seno de la propia Administración Bush en la persona de Robert Zoellick, ex vicesecretario de Estado y experto en negociaciones comerciales internacionales. En un muy comentado discurso pronunciado en Nueva York en sep-

74. Haas, 2005. P. 21.

tiembre de 2005, Zoellick no ponía reparos en reconocer que “China es grande, está creciendo y está llamada a influir en el mundo durante los años venideros... la cuestión esencial es cómo usará China esa influencia”⁷⁵. Adelantando la respuesta, Zoellick invitaba China a “asumir su responsabilidad en el fortalecimiento del sistema que ha permitido su éxito”, convirtiéndose en un “accionista socialmente responsable” (responsible stakeholder) del actual orden internacional. A cambio de aceptar el sistema como es y no pretender modificarlo al modo de las pasadas potencias revisionistas, Zoellick, es de presumir que con el visto bueno de sus entonces superiores en la Casa Blanca y en el Departamento de Estado, ofrecía a Pekín en su discurso un mayor peso en las decisiones de las instituciones sobre las que se asienta el modelo de globalización liberal y una mayor cooperación directa con los Estados Unidos. Después de todo, como él mismo reconocía, “los EEUU no serán capaces de mantener un sistema económico internacional abierto sin una mayor cooperación por parte de China”. En último término, el discurso de Zoellick, aunque contiene algunas advertencias sobre la disconformidad estadounidense con alguno de los comportamientos recientes de Pekín en temas de seguridad (proliferación) y economía (propiedad intelectual y política energética mercantilista), se asienta sobre las premisas de un internacionalismo liberal ensayado por Franklin Roosevelt en las postrimerías de la II Guerra Mundial, cuando el entonces presidente ofreció a China un asiento entre las cinco grandes potencias destinadas a convertirse en gendarmes del orden de la postguerra. Se trató, en perspectiva histórica, de una oferta que en principio benefició al régimen nacionalista de Taiwán y que sobrevivió a la ocupación por la China comunista de su asiento en el

75. Véase Zoellick, Robert Z. “Wither China: From Membership to Responsibility”. Discurso pronunciado ante el Comité de Relaciones EEUU- China el 21 de septiembre de 2005 en Nueva York. El texto está disponible en www.state.gov/s/d/rem/53682.htm.

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Tras las vicisitudes de la guerra y postguerra frías, ahora se trataría de dar un paso más e integrar a China como un socio constructivo no sólo en los foros diplomáticos donde se toman las decisiones que afectan a la dimensión geopolítica del poder, sino en la mirada de transacciones que constituyen la fábrica de la globalización y en las instituciones que la gestionan⁷⁶.

La estrategia de la Administración de George W. Bush hacia China

La pregunta ahora, examinadas las posiciones alternativas de los halcones y los pandas en relación con China, es intentar determinar cuál es la política seguida por la segunda Administración Bush. En otras palabras, se trata de conocer si esta última se inclina por las estrategias de contención y/o confrontación preconizadas por el Congreso, el Pentágono y determinados intelectuales próximos al neoconservadurismo o al realismo más agresivo, o si, por el contrario, concede prioridad a la cooptación con la esperanza de que China se convierta plenamente en miembro responsable de un sistema internacional, en su doble vertiente geopolítica y globalizadora, cuya actual conformación, de esa forma, no tendría interés en cuestionar e intentar modificar.

La respuesta no es fácil. Y ello por una simple razón: los actuales planificadores y ejecutores de la política exterior estadounidense todavía no

76. El modelo internacionalista de Zoellick y su llamada a una China corresponsable de la salud de la economía global e integrada en sus instituciones fueron retomados en septiembre de 2006 en otro célebre discurso por el Secretario del Tesoro estadounidense, Henry M. Paulson, quien reiteradamente se refirió al gigante asiático como un "líder de la economía global". De las palabras a los hechos, Paulson inauguró en diciembre de 2006 el primer "Diálogo Económico Estratégico EEUU-China". Véase *The Economist*. "Paulson's Party" (07.12.07).

están seguros —¿quién puede estarlo?— acerca del rumbo que seguirá China. Es más, tampoco lo están acerca del camino que mejor conviene tomar a los Estados Unidos para preservar su hegemonía ante el ascenso de una gran potencia que, a diferencia de la antigua URSS, presenta un reto mucho más complejo y multidimensional. En estas circunstancias, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 se inclina por mantener todas las opciones abiertas mediante un equilibrio entre la “doctrina Zoellick” y una “doctrina Armitage” no exclusivamente limitada a Japón, asumiendo que ambas, por el momento, son complementarias⁷⁷. ¿Pero, lo son realmente? ¿Es posible perpetuar la superioridad estadounidense económica y militar en Asia Pacífico mediante el reforzamiento en la región de alianzas formales e informales claramente dirigidas contra China (versión Armitage modificada)⁷⁸ al tiempo que se pretende de este

77. Véase *Nacional Security Strategy of the United States of America*, marzo de 2006. Accesible en www.whitehouse.gov/nsc/nss/s/d/rem/53682.htm

78. Además del gradual giro en las relaciones de seguridad con Japón y el mantenimiento del compromiso de defensa con Taiwán, en los últimos tiempos Washington ha incrementado el nivel de su asistencia a países como Tailandia y Filipinas (ambos recibieron el estatus de “aliados mayores fuera de la OTAN” en 2003); Singapur (donde se están expandiendo las infraestructuras portuarias para acomodar buques de la VII Flota); India (país con el que ha firmado un controvertido acuerdo de cooperación en energía nuclear y tecnología espacial); Vietnam (con el inicio de programas de intercambio de personal militar con fines educativos) y Mongolia (país al que los Estados Unidos van a destinar 20 millones de dólares anuales para la modernización de sus fuerzas armadas). Todas estas iniciativas, sin embargo, no cumplen con la totalidad de las expectativas de los neoconservadores y realistas más agresivos próximos a la Administración Bush, quienes desearían la formación de una OTAN asiática acompañada por las consabidas “coaliciones de voluntarios”. Véase Boot, Max. “Project for a New Chinese Century”. *The Weekly Standard*. (10.10.05).

último país su plena integración y comportamiento “responsable” (versión Zoellick) en un sistema internacional concebido precisamente para prevenir su ascenso? Ciertamente, parece la cuadratura del círculo. O puede que no. Es posible que, quizá acertadamente, los estrategas estadounidenses estén atribuyendo la misma indefinición que les caracteriza al liderazgo chino. Después de todo, como demuestra el debate en torno a la expresión “ascenso pacífico” (*heping jueqi*) como lema oficial de la política exterior china, Pekín parece dudar acerca de si será posible que el evidente aumento de sus capacidades y ambiciones se produzca sin alterar dramáticamente los mismos equilibrios externos que se supone han coadyuvado a su crecimiento interno⁷⁹. También es consciente del dilema que plantea el incremento de su peso objetivo en Asia para los mismos vecinos que intenta alejar de Washington y atraer a sus concéntricas esferas de influencia. ¿Acaso no les está empujando, en sentido contrario, a que se sientan tentados a reforzar sus lazos de seguridad con los Estados Unidos? Tal está siendo el caso evidente de Japón y podría serlo a término para otros. Por otra parte, el liderazgo chino de la cuarta generación conoce la limitación de sus recursos materiales y, sobre todo, la todavía escasa eficiencia económica con que son utilizados para aventurar a estas alturas una política de gran potencia tanto a escala regional como mundial. Por último, cerrando el círculo, Pekín tampoco tiene claro cuál es la actitud que finalmente prevalecerá en Washington y por ello está desarrollando en el ámbito regional asiático sus propios equivalentes de las doctrinas Zoellick y Armitage. Por un lado, promoviendo esquemas multilaterales abiertos a los países asiáticos interesados (como el ASEAN plus 3, que algunos consideran podría evolucionar hacia una

79. Véase Sutter, *op. cit.*, P. 265. El lema del “ascenso pacífico” fue anunciado por el primer ministro Wen Jiabao en un discurso pronunciado en Nueva York en diciembre de 2003. Véase también Pablo Bustelo, (Bustelo 2005).

Cumbre o Comunidad de Asia oriental sin los EEUU). Por otro, forjando alianzas de seguridad bilaterales y multilaterales con los regímenes más afines que puedan ser orientadas, llegado el caso, contra los intereses de seguridad estadounidenses (relaciones bilaterales con Rusia o Corea del Norte y esquemas como la Organización de Cooperación de Shanghai).

En resumidas cuentas, ante la incertidumbre sobre el comportamiento del otro, e incluso sobre la del propio, Washington y Pekín apuestan por la continuidad de sus actuales estrategias simétricas expresadas en la doble dicotomía de contención/ confrontación (en lo geopolítico) y de compromiso/competición (en lo económico) mientras y siempre y cuando la otra parte no haga un movimiento decisivo que altere fundamentalmente las reglas y condiciones del juego. Un peligro de este impasse es que ambas partes caigan inadvertidamente en la trampa del juez y el asesino propuesta por Chesterton en su relato *El espejo del magistrado*. El asesino, también juez, entra en la casa de su víctima y ve, al fondo de un corredor en la penumbra, su propia imagen reflejada en un espejo. Al devolverle éste una figura semejante a la de su adversario –altos y delgados, ambos solían portar toga y peluca– el asesino dispara, haciendo añicos el espejo y traicionándose así ante la inquisitiva inteligencia del Padre Brown. Pues bien, Washington y Pekín corren el riesgo de ver en el otro la imagen reflejada de sí mismos, de sus propias ansiedades y temores...y reaccionar con idéntica irracionalidad.

La otra carencia de las actuales posturas es que ambas capitales hacen abstracción del elemento diacrónico en sus relaciones. Si los Estados Unidos, que ya han alcanzado su apogeo, comienzan más pronto o más tarde a decaer y, al contrario, las fuerzas que empujan el dinamismo chino se mantienen o incrementan en el tiempo, el precario equilibrio sobre el que descansa el inestable orden internacional comenzará a desmoronarse. Cuando ello ocurra, las dos partes tendrán que tomar decisiones transcendentales. Por el lado estadounidense, ya hemos avanzado que se tratará bien de intentar aceptar grácil y resignadamente el fin de

su casi absoluta preeminencia dejando que otros compartan o dirijan la gestión de su legado, o bien de resistirse a abandonar el pedestal aun a costa de provocar una gran conflagración de resultado incierto. Por parte de China, puede que ni siquiera exista alternativa. Si el actual y futuros liderazgos no modifican la naturaleza del régimen, o se ven forzados a hacerlo desde el interior o el exterior, su única opción para conservar y renovar su fuente de legitimidad o, si se quiere, su “mandato del cielo”, será no poner puertas al campo, es decir, dejar que las fuerzas que durante las últimas décadas han alimentado su extraordinaria transformación sigan su curso, eso sí, puede que con una energía más moderada y de otra forma encauzada. Pues, si el crecimiento se detuviera drásticamente, natural o artificialmente, la reacción ante una recesión masiva por parte de una población ya acostumbrada a la continua mejora de sus condiciones materiales de vida podría empequeñecer lo ocurrido en Tiananmen en 1989 y poner en peligro la misma supervivencia del régimen.

Conocer qué curso seguirán las relaciones entre los Estados Unidos y China es, por tanto, una cuestión de tiempo, el gran escultor de todo lo humano. No por ello hemos de resignarnos al proverbial esperar y ver. Si nuestra esencia está compuesta de tiempo, es decir, de historia, puede que tornando nuestra vista hacia el pasado encontremos la clave de lo por venir. Y esa clave apunta hacia la conformación de un universo plural con China, y Asia, retornando al centro.

China y el retorno de un universo plural

La visión del poeta

“La gran mutación del siglo XX no fue la revolución del proletariado de los países industriales de Occidente, sino la resurrección de civilizaciones que parecían petrificadas: Japón, China, India, Irán, el mundo árabe”. La frase, escrita en los años ochenta del pasado siglo, no es de un historiador o de un politólogo, sino de un poeta. Cuando la publicó en la colección de ensayos *Tiempo nublado*, Octavio Paz (Paz, 1987) nadaba contracorriente. El destino del siglo XX parecía más que nunca jugarse en la partida final que terminaría decidiendo la suerte de los dos hermanos enemigos, de las dos versiones dominantes de la triunfante civilización materialista occidental: la capitalista y la comunista. Mientras Europa y los Estados Unidos recobraban un nuevo impulso tras la crisis de los setenta, la URSS se encaminaba hacia el que sería un último intento desesperado por cambiar su rostro sin modificar su esencia: el experimento fallido de la *perestroika*. Pero, mientras todas las miradas estaban fijas en Washington o en Berlín, en Londres o en Moscú, el visionario mexicano, desde su privilegiada periferia, supo interpretar el sentido de los tiempos: el amanecer de un universo plural, un pluriverso, en el que Occidente ya no será el centro en torno al cual giren inertes satélites, sino una constelación más, y no la mayor, entre otras.

El advenimiento del pluriverso entrevisto por Paz hace dos décadas llevaba ya tiempo incubándose bajo nuestros mismos ojos, aunque hasta recientemente muchos no hemos sabido, o querido, darnos cuenta. En nuestra descarga podemos excusarnos en que se trata de un proceso perteneciente, como recordaba el propio poeta mexicano, a la cuenta larga de la historia. Bajo la superficie de un mundo cada vez más tendente a lo homogéneo en las manifestaciones externas del hacer, del pensar o del comportarse, siempre ha latido la diversidad

como esencia y motor del cambio histórico. Las categorías simplificadoras con que muchos intelectuales han pretendido encapsular la complejidad desde, al menos, la Ilustración –civilizados y bárbaros; Oeste y Este; Norte y Sur; “globalizados” y excluidos– nos han cegado ante los distintos modos con que, desde hace siglos, los así relegados al polo negativo de tan extrema dualidad han ido ora adaptando, ora asimilando o rechazando la versión del progreso que en cada momento les ha intentado ser impuesta por los elegidos.

La resurrección de las supuestamente fosilizadas civilizaciones anunciada por Paz forma parte, a su vez y en realidad, de un fenómeno de más alcance que está llevando a algunas de las mentes más inquietas de nuestro tiempo nada menos que a reinterpretar la historia de la humanidad. Simplificando, las nuevas lecturas de la historia global van más allá de considerar terminada la era de la hegemonía europea, u occidental, y de profetizar el advenimiento de nuevos protagonistas, ya sean las masas islámicas o los estados mercantiles asiáticos. Después de todo, las pesimistas filosofías de la historia de Spengler (Spengler, 1991), Toynbee (Toynbee, 1974) o, entre nosotros, Díez del Corral (Díez del Corral, 1974) ya anunciaban para Occidente inminentes y más o menos inevitables decadencias, fines de ciclo o raptos a manos de samuráis encorbatados. Por el contrario, en una lectura retrospectiva, ahora se trata de reconocer que incluso la larga era de superioridad europea en torno a la cual se estructuraba y explicaba el resto de la historia no fue tal, sino una mera nota a pie de página, todo lo más un párrafo o un reducido capítulo, en una narrativa mucho más rica y diversa de la que nos habían transmitido. Por decirlo en palabras del popular historiador Fernández-Armesto (Fernández-Armesto, 1995): “el dominio mundial occidental (...) fue más tardío, más débil y más breve de lo que se supone comúnmente”⁸⁰.

80. Fernández- Armesto, 1995. P. 13.

La relegación de la era eurocéntrica a un episodio más, incluso menor, de la historia universal ha encontrado, dentro de las más recientes corrientes historiográficas, particular eco en las diversas variantes de la denominada “*World System Theory*” o “teoría sistémica mundial”. Dentro de la renovada tendencia hacia la macrohistoria, iniciada en los países anglosajones con el magisterio de William McNeill⁸¹, autores como Gunder Frank (Frank, 1998), otrora conocido como el fundador de la teoría de la dependencia, nos hablan de la necesidad de adoptar una perspectiva “globocéntrica” en la que Asia, y no Europa, aparece como la región durante mayor tiempo protagonista de la historia. Desde esta interpretación, Europa no creó *ex ovo* el mundo moderno en una secuencia que iría desde la Era de los Descubrimientos hasta las consecuencias de la Revolución Industrial, sino que se incorporó relativamente tarde a una existente red global de interconexiones, una globalización antes de la globalización, cuyos principales núcleos se encontraban en el Este y no en el Atlántico. Yendo más allá, en su obra *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, John M. Hobson (Hobson, 2006) sostiene que “Oriente facilitó la ascensión de Occidente” a través de dos grandes procesos: en primer lugar, afirma, mediante la creación por los pueblos árabe-islámicos y orientales a partir del año 500 de una economía y red de comunicaciones globales progresivamente difundidas hacia y asimiladas por Occidente y, en segundo lugar, aportando desde los inicios de la Edad Moderna sus recursos a la apropiación que llevó a cabo el

81. El retorno a la macro historia, o “Gran Historia” como la denominan en los países anglosajones, ha encontrado su máximo exponente en nuestros días en la obra de Christian, 2004. El origen moderno de esta corriente está en las enseñanzas de William H. MacNeill, el conocido biógrafo de Toynbee quien revolucionó la historiografía estadounidense en los años sesenta con su obra *Rise of the West* (1963).

imperialismo occidental. La combinación de estos dos factores –la temprana difusión de la globalización iniciada en Oriente hacia un Occidente hasta entonces mucho más atrasado e introvertido y la apropiación por Occidente, a menudo por la fuerza, de los recursos acumulados por los pueblos extraeuropeos– permite a Hobson llegar a la atrevida pero certera conclusión de que “sin la ayuda de Oriente (...) lo más probable es que Occidente no hubiera cruzado nunca el umbral de la modernidad”. Pero, el caso es que Occidente cruzó ese umbral y terminó imponiéndose a sus precursores. Hobson y otros autores, como el propio Gunder Frank, sitúan el gozne entre el declinante predominio de Oriente y el ascenso de Occidente no en el inicio de la Era de los Descubrimientos, como sostiene la historiografía eurocéntrica, sino más tarde, en torno a 1800, con la expansión de la Revolución Industrial. Y aún así, gran parte de ese “milagro europeo”, como demostrara magistralmente, entre otros, Joseph Needham (Needham, 1959), se debió al empleo y adaptación de técnicas ya desarrolladas en Oriente, sobre todo en China, siglos antes. Para darle la vuelta al célebre argumento de Díez del Corral, Asia fue raptada por Europa y no a la inversa. Pero, desde hace algunas décadas, las tornas se están volviendo y Asia comienza a recobrar el protagonismo que le había sido tan sólo recientemente, en términos históricos, denegado.

Así pues, según la variante historiográfica examinada, tras un breve intervalo, entre cinco y dos siglos, en el que Europa alcanzó la preeminencia debido a una combinación de factores endógenos y, sobre todo, exógenos, cuya correcta ponderación sigue intrigando a los investigadores, estaríamos retornando de nuevo, en palabras de Armesto: “a un equilibrio mundial similar al de hace un millar de años, cuando la iniciativa en los asuntos humanos pertenecía a las costas del Pacífico”⁸².

82. Fernández-Armesto, *op.cit.* P. 14.

El pasado del futuro

China, en el centro

Podemos incluso remontarnos más allá, a los albores del segundo milenio a.C., para encontrar precedentes de un más temprano ascendiente asiático expresado en la creación de un sistema internacional regional en torno a China. Ese sistema se configura a partir del entramado de relaciones que los estados formativos, durante el período “Sandai” o de las Tres Dinastías (Xia, Shang y Zhou), tejieron entre c. 1700 y 221 a.C. con los pueblos indoeuropeos y altaicos de Eurasia interior y las culturas del sudeste asiático marítimo. Fue, de hecho, al final de la dinastía Zhou oriental (770-221 a.C.) cuando la teoría y la práctica hasta entonces oscilantes entre un equilibrio de poder a partir de una miríada de estados feudales y la tendencia hacia el universalismo legitimado por un “mandato celestial” finalmente dieron paso a la primera gran unificación de los estados chinos bajo el Primer Emperador, Shihuangdi (221 a.C.). Es poco más tarde cuando, ya bajo la dinastía Han (206 a.C.- 220), China emerge decisivamente como uno de los grandes núcleos de civilización del mundo antiguo en interacción con otros centros hegemónicos a escala regional, como el Imperio romano o la India, y, sobre todo, con sus más cercanos vecinos nómadas. En relación con éstos, los Han tuvieron dificultades para imponerse a algunos de los más aguerridos. Tal fue el caso de la confederación formada por los Xiongnu (o Hsiung-nu), un pueblo altaico con componentes indoeuropeos que supo en algunos períodos maniobrar hasta reducir de facto a los Han a la condición de Estado tributario. Esta situación fue superada por el gran Emperador Han Wudi (141-87 a.C.), quien comprendió que China necesitaba aliados en Eurasia interior para hacer frente a sus enemigos más directos (la táctica consistente en emplear “bárbaros contra bárbaros” data de esa época). Fue así como envió al general Zhang Qian a la Transoxiana (actual Uzbekistán) en busca de alianzas y medios de guerra que terminaron por ase-

gurar la división y temporal derrota de los Xiongnu. La visión estratégica del Emperador Wudi orientó un vector importante de la política exterior de China hacia su Occidente próximo durante los siglos posteriores y, se puede decir, hasta nuestros días. Ese vector fue acompañado por otros complementarios, como las costosas y no siempre tan exitosas empresas de dominación hacia los reinos coreanos de Choson y Koguryo y hacia los territorios de Yunnan, Guangdong y del actual Vietnam. Ante este empuje, incluso el relativamente aislado Japón se vio obligado a enviar embajadas a la Corte de los Han. Se creó así durante el período álgido de esta dinastía un modelo de relación con el mundo exterior perdurable en la historia china, basado en la ficción de un dominio universal encubridor de una mucho más compleja y sutil red de relaciones de geometría variable fundada en las fluctuaciones del equilibrio de poder entre China y su periferia y en la que el intercambio de tributos y comercio desempeñaba un papel fundamental.

La caída de los Han y la vuelta a la disgregación que supuso la conocida como Edad Media china (desde 220 a 589) en modo alguno supusieron un cese completo de las relaciones con el mundo exterior. Al contrario, las dinastías del Norte y del Sur (Nanbeichao) continuaron la expansión militar y diplomática heredada de los Han hacia Asia central, Mongolia y Corea. Sin embargo, en ninguno de los casos consiguieron imponer su hegemonía, aunque sí manipular la situación en cada uno de los escenarios más próximos, especialmente en la península coreana, donde competían los Tres Reinos de Silla, Koguryo y Paekche. En el caso de Japón, por entonces inmerso en su propio proceso de unificación bajo la dinastía Yamato, la influencia china se dejó sentir precisamente a través de Corea en áreas como el cultivo de arroz, la cerámica, la escritura o la entrada de la religión budista.

Al mismo tiempo, al absorber y sinizar crecientes poblaciones alógenas los propios reinos chinos continuaron recibiendo la influencia foránea en múltiples ámbitos de la vida material y espiritual, desde las técnicas de guerra hasta la irrupción de religiones, como el budismo, el nestorianis-

mo o el maniqueísmo, importadas por misioneros y mercaderes. Este proceso de apertura alcanzó su mayor apogeo en la transición a la Edad Moderna china con las dinastías aristocráticas de los Sui (581-617) y, sobre todo, de los Tang (618-907). No por casualidad, en los linajes originarios de ambas dinastías se encontraba sangre altaica, algo que los cronistas oficiales hicieron lo posible por ocultar. La pulsión hacia Eurasia interior estaba, por tanto y por así decirlo, inscrita en el código genético de los Sui y de los Tang. Fue así cómo durante los cuatro siglos que se cuentan entre los más gloriosos de la historia china y universal el país del centro se transformó en el imperio más cosmopolita de la época. Ello fue posible gracias a la reactivación de la más tarde conocida como Ruta de la Seda que ya había sido desde la época Han uno de los principales conductos a través de los cuales China se relacionaba con el mundo. Por sus múltiples ramificaciones no sólo transitaban la seda, minerales preciosos o frutas exóticas, sino también ideas y creencias a través de las autopistas del conocimiento que enlazaban los confines occidental y oriental de Eurasia. Combinadas con las rutas marítimas que, también desde la época Han, unían el Mar del Sur de China con la India y con Oriente Medio y desde allí con el Mediterráneo oriental, las rutas transcontinentales que componían la Ruta de la Seda contribuyeron decisivamente a convertir China en actor de primer orden en la economía mundial. Pero la importancia de China no se limitó a su lugar privilegiado en las redes comerciales que unían los distintos subsistemas regionales internacionales antes del advenimiento de la “breve” era europea. Tras el colapso de la dinastía Tang y tras un característico interregno de divisiones y querellas intestinas, bajo la siguiente dinastía Song (960-1276) se produce lo que algunos autores denominan como el “milagro industrial” chino, la culminación de siglos de desarrollo de las técnicas agrícolas, mineras, artesanales, siderúrgicas, textiles, así como de la navegación, la política tributaria o la expansión de la economía monetaria, todo ello, al menos, doscientos años antes de los inicios del capitalismo mercantil europeo y seiscientos años antes de los comienzos del capitalismo industrial. En

suma, como nos recuerda el eminente sinólogo Jacques Gernet (Gernet, 2005), comparada con la fase de la Edad Media europea que asociamos con el renacimiento carolingio, la China de los Song estaba mucho más desarrollada en términos de organización política, división del trabajo, avances científicos y técnicos y apertura al exterior. En sus palabras: “ el desfase entre Asia oriental y el Occidente cristiano llama la atención y basta para confrontar en cada campo –volumen de los intercambios, nivel de las técnicas, organización política, conocimientos científicos, artes y letras– al mundo chino con el mundo cristiano de la época para convencernos del retraso considerable de nuestra Europa”.

Tras la caída de los Song, con la instauración de la dinastía mongola de los Yuan (1276-1368) y la “restauración” nacional de los Ming (1368-1644), la sociedad china multiplicó su grado de interacción con el mundo exterior tanto por tierra como por mar, llegando a convertirse durante el período del emperador Yongle (1402-1424) en una gran potencia marítima sin parangón en la época, posición que culminó con los periplos, hace poco conmemorados, de las flotas comandadas por el almirante Zheng He (1371-1433) durante los cuales los navíos Ming alcanzaron, décadas antes que los portugueses, las costas orientales de África. La expansión marítima, se vio además acompañada por una aserción del poder chino en las fronteras noroccidentales y en el sudeste asiático, incluyendo Vietnam e Indochina, así como por una continuidad en los contactos comerciales y espirituales con Asia central.

En suma, parecía que, hacia mediados del siglo XV, la China de los Ming había conseguido reanudar el programa de expansión de la pionera dinastía Han y casi alcanzado el pináculo que representó la dinastía Tang en, al menos, dos de los tres círculos de interés geopolítico a los que hacíamos referencia en un epígrafe anterior al examinar las posibles líneas maestras de la actual política exterior china: Eurasia interior –al mantener abierta las Rutas de la Seda y estabilizar los Ming su presencia en Mongolia y Manchuria, previniendo temporalmente nuevas incursiones nómadas– y los Mares del Sur (*Nanyang*, concepto equiparable al sudes-

te asiático), incluyendo una temporal hegemonía en Vietnam y partes de Indochina e incursiones de prestigio en el Índico hasta el Golfo Pérsico. Más aún, gracias a su superioridad tecnológica e industrial, a la eclosión y prestigio de su cultura y a la elaborada red de interconexiones comerciales transcontinentales y transoceánicas que unían a China con el resto de Asia y a este continente con la mayor parte de los centros de civilización de la época, podemos decir que entre los siglos XIII y XV alcanzó su cenit la pionera globalización oriental, con China en el centro.

China en la Era eurocéntrica

Sin embargo, lejos de llevar a sus últimas consecuencias la lógica expansiva, la China de los Ming terminaría entrando en lo que muchos historiadores consideran un ineluctable declive provocado tanto por la acumulación de factores negativos internos —exceso de centralismo; corrupción en la Corte; abandono de los proyectos navales; imposición de restricciones al comercio; tendencias centrífugas en determinadas provincias costeras en detrimento de Pekín, etc.— como por la presión externa que comienzan a representar la reanudación de las incursiones de los nómadas centroasiáticos; la amenaza de la piratería desde bases costeras y desde las islas del Mar de China oriental (los temidos *wokou* japoneses) y, sobre todo, la aparición en el horizonte de las primeras expediciones ibéricas.

La irrupción de los europeos en Asia a principios del siglo XVI —con la arribada de los primeros portugueses y españoles, y la posterior de ingleses y holandeses— combinada con la crisis de la China Ming ha dado origen a la interpretación historiográfica todavía prevaleciente según la cual la Era de los Descubrimientos y el inicio de la Edad Moderna europea habrían marcado el hito temporal que simboliza el advenimiento de Occidente como sujeto activo principal de la historia y la condena de los pueblos asiáticos a la categoría de meros sujetos pasivos a los que se “orientaliza” en el orden de las mentalidades, a la par que se procede a la explotación de sus recursos materiales y humanos en nombre de un pro-

greso al que, supuestamente, se resisten o para el que estarían constitutivamente negados. En el caso de China, se ha tendido a dar por supuesto que a partir del siglo XVI concluye su papel estelar en la historia para convertirse en actor de reparto al que progresivamente se relega a la función de mero espectador y, finalmente, al de víctima propiciatoria en el ascenso no ya sólo de los sucesivos imperialismos europeos, sino de la marcha rusa hacia el Este o del nacionalismo militarista japonés en su empeño por crear una esfera de co-prosperidad asiática. Al mismo tiempo, esta visión pesimista de la evolución china asume que la causa principal de su decadencia se debió a su cerrazón, a su “tibetanización”, por emplear el término que se suele asestar con similar desdén e ignorancia a la España de Felipe II y sucesores. Se estima que, cegados por su arrogancia y despotismo, los últimos emperadores Ming y los de la subsiguiente dinastía manchú de los Qing, rechazaron poner en marcha los necesarios cambios para adaptar el país a la superioridad occidental en la ciencia, la técnica y el comercio. Al negarse a aceptar esa superioridad, que se da por evidente, sumieron a China en una falsa complacencia que a la postre le depararía funestas consecuencias. Un episodio particular en la historia de las relaciones de China con Europa ha sido convertido en símbolo de la alegada incapacidad de la última dinastía manchú para adaptarse al sentido eurocéntrico de la historia. Se trata de la célebre y frustrada Embajada de Lord Macartney al emperador Qianlong en 1792-93. En su bien documentada obra *El imperio inmóvil*, el Embajador francés Alain Peyrefitte (Peyrefitte, 1989) relata, a partir de documentos de la época, el fracaso de la soberbia delegación inglesa para abrir a su comercio el vasto mercado chino ante la negativa del emperador Qianlong a tratarles, pues tal era su pretensión, como representantes de la más poderosa monarquía sobre la tierra. La humillación de Macartney, quien ya tenía entre sus premonitorias instrucciones la de obtener la cesión de una porción del territorio o de una isla china, no fue olvidada ni perdonada por Londres. Formidables a la hora de desprestigiar previamente a quienes pretenden subyugar, los propagandistas ingleses no

tardaron en fabricar el equivalente chino de nuestra Leyenda Negra. Comienza así una labor de demolición del “mito chino” elaborado sobre las relaciones e interpretaciones de los primeros cronistas ibéricos, después por los jesuitas y por algunos filósofos sinófilos de la Ilustración, cual Voltaire o Leibnitz. Por el contrario, los tabloides ingleses, que ya entonces daban muestra de su inacabable capacidad para saciar los más bajos instintos de sus lectores, se complacen en dibujar una China bárbara, sometida al más cruel despotismo y sumida en la ignorancia. Hasta en el continente, la altiva pluma de Hegel sucumbe a la sinofobia ambiente y deja para la posteridad la que será muestra lapidaria de mentalidad “orientalista” en el sentido conferido a esta expresión por Edward Said: “la historia de China carece de historia; no es más que la repetición de una misma ruina majestuosa (...) ningún progreso puede en ella producirse”⁸³. Casi tres milenios de civilización china son así sumariamente desdeñados por el filósofo germano cuyo único y confesado conocimiento del gran país oriental se debía... a la lectura de la narración de la Embajada de Macartney escrita por Thomas Staunton, quien había formado parte del séquito del Embajador inglés y sería más tarde uno de los principales proponentes del comercio del opio, el arma con el que los británicos consiguieron lo que no habían podido alcanzar mediante la diplomacia: la desintegración material y espiritual de China.

Siguiendo con la narración eurocéntrica, el ciclo que se inicia en el siglo XVI con la llegada de los pioneros ibéricos a las islas y costas orientales del Pacífico culminó en el siglo XIX con la sumisión de la casi totalidad de Asia al triunfante Occidente. China será la principal, aunque no única, víctima del cambio de viento histórico. Deseosos de vengar la afrenta sufrida por Macartney, los británicos utilizaron el infame comercio del opio para forzar tras sucesivos conflictos los conocidos como tra-

83. Citado en Peyreffite, *op. cit.*

tados desiguales: Nankín en 1842, Tientsin en 1858 y, tras acusar a Pekín de incumplir este último, el de Pekín en 1860. Quien todavía hoy se acerque al complejo palacio de Chengde (antigua Jehol), donde se firmó el último de los tratados, podrá comprobar la persistencia del daño causado en la psicología colectiva china. Allí, en el pabellón occidental, una placa insta a los visitantes a “no olvidar la humillación nacional”, un lema que se encuentra todavía en el origen de muchas de las actitudes del liderazgo y pueblo chinos hacia el exterior.

El águila destrona al dragón

Además de dar la señal de partida para el reparto de China entre los intereses británicos y de otros países que se unieron al festín, los tratados desiguales simbolizaron el inicio de su doble dependencia en la geopolítica (reparto territorial) y la globalización (apertura comercial) justo en el momento en que ambas dimensiones pasaron a ser dominadas por la variante anglo-americana de la civilización occidental. El punto de inflexión en el temporal declive de China coincide así, de hecho, con el ascenso de las potencias anglosajonas. Conviene recordar al respecto que tan sólo cuatro años después del Tratado de Nankín y tras más de sesenta años de infructuosos contactos, los Estados Unidos consiguieron la firma de su primer Tratado de Paz, Amistad y Comercio con el Imperio del Centro, el 3 de julio de 1844⁸⁴. Pese al éxito formal, todavía débiles política y militarmente, los Estados Unidos se limitaron durante los años siguientes a ocupar los nichos que las otras potencias coloniales les dejaban, utilizando para ello la conocida como “política de puertas abiertas” y el uso y abuso de las cláusulas de “nación más favorecida” sucesiva-

84. En la exposición de las relaciones sino-estadounidenses seguimos la obra de Warren I. Cohen (Cohen, 1990).

mente concedidas a los bárbaros extranjeros por el debilitado Imperio. Aprovechando su creciente pericia en la construcción naval —los célebres *clipper*— los estadounidenses encontraron su oportunidad para explotar el mercado chino a través del comercio marítimo, del que llegaron a copar hasta un tercio a mediados del siglo. Fue forjándose así una política hacia China que perduraría hasta la caída de la dinastía imperial y el inicio del caos interno que siguió a la proclamación de la República en 1911. Utilizando los términos empleados al inicio de este ensayo, cuando examinamos la doble vía seguida por el imperialismo estadounidense, la inestable China del siglo XIX fue el laboratorio ideal para poner en práctica la política de “sustitución de territorios por mercados”. De hecho, temerosos de que las potencias europeas terminaran repartiéndose China en esferas de influencia cerradas sin que pudieran asegurarse una propia, los Estados Unidos pronto se hicieron adeptos a utilizar un doble juego. Por un lado, no dudaron en respaldar el uso de la fuerza por parte de los británicos y franceses cuando ambos impusieron a cañonazos la renegociación de los tratados en 1858 y en 1860⁸⁵. Por otro, al tiempo que se aprovechaban de las ventajas extraídas por la “vieja Europa”, sus negociadores hicieron lo posible por presentarse ante la Corte como representantes de un país neutral sin pretensiones territoriales, tan sólo comerciales y misionales. Interesados también en emplear la barata mano de obra china en el desarrollo de sus ferrocarriles e industrias, los americanos intentaron ganarse la buena voluntad manchú al abrir su mercado laboral a la afluencia de *coolies* con el Tratado Burlingame (1866), hasta que, en una premonición de lo que más tarde se convertiría en un hábito, el Congreso, ante la presión xenófoba de parte de la

85. Una flota estadounidense al mando del Comodoro Armstrong ya se había sumado a la diplomacia de las cañoneras al bombardear cinco puertos en Cantón en noviembre de 1856.

población local que temía la competencia y la presión a la baja de los salarios, comenzó desde 1879 a adoptar leyes restrictivas, de corte claramente racista, a la inmigración china.

La atención en los Estados Unidos hacia Asia, y China en particular, no hizo sino crecer en las últimas décadas del siglo XIX por una evidente razón. A medida que el país se recuperaba de las heridas de la Guerra Civil e iniciaba su desenfrenada carrera hacia la acumulación de poder militar y económico, la presión para competir por nuevos mercados por parte de los círculos de negocios se hacía cada vez más intensa. Una situación no muy distinta a la de la Alemania postbismarckiana, a punto de embarcarse en una *Weltpolitik* de infaustas consecuencias. En el caso de los Estados Unidos, además de América Latina, Asia era la otra opción para dar salida a su exceso de producción y capital. Por desgracia, España, abotargada en una suicida política de recogimiento, se encontraba en ambos continentes en el camino de la ambiciosa República. El resultado fue 1898: para nuestro país, el fin de una era y el inicio de un doloroso despertar; para los Estados Unidos, el anticipo de un nuevo estilo en el ejercicio del poder mundial, no completamente ajeno a la ocupación física de territorios —las Filipinas pasaron a ser una colonia contra el deseo de sus habitantes— pero más interesado en garantizarse un acceso sin trabas a los mercados existentes o, en su caso, en crear artificialmente otros allí donde antes no existían. China ofrecía ambas posibilidades. Pero la explotación de las mismas, justo en el momento en que los Estados Unidos se acababan de convertir en una potencia asiática, estaba en peligro ante el inicio de una nueva ronda de depredaciones sobre el cuerpo casi inerte del Imperio manchú. Desde que en 1895 Japón sorprendiera al mundo con su victoria sobre los ejércitos chinos en Corea, la señal de alarma sonó en todas las capitales con intereses en el gigante asiático: se aproximaba el fin de la era de las “puertas abiertas” y comenzaba la del reparto en concesiones. Japón, Rusia, Francia, Alemania, Gran Bretaña... las potencias imperialistas iniciaron una desvergonzada competencia para quedarse con un pedazo

del pastel, que no pensaban repartir con nadie. Inversiones en minas y ferrocarriles, impuestos y comercio quedarían así reservados en cada zona para el ocupante, previa expulsión de cualquier concurrencia. El Emperador en Pekín sería finalmente despojado de la ya mínima semblanza de control real que todavía pretendía mantener sobre sus propios territorios y súbditos. Para Washington, que había llegado tarde al reparto y carecía de su propia zona exclusiva de interés, era el peor de los horizontes. Al contrario, su política debía estribar, como pronto supo defender en sus célebres notas despachadas a las otras potencias el secretario de Estado John Hay en 1899, en sostener una China débil pero unida, capaz, con la ayuda de un aliado “desinteresado”, de mantener el equilibrio entre las distintas potencias foráneas y garantizar el libre flujo de capital y mercancías en todo el Imperio mediante la aplicación de una tarifa uniforme (administrada por agentes extranjeros como mal menor, por supuesto)⁸⁶. En otras palabras, la globalización, como fuerza superior a los hábitos de la vieja diplomacia mercantilista y depredadora, debía prevalecer sobre las estrechas miras de la geopolítica. Al menos sobre el papel, puesto que tan pronto como la tinta se secó sobre las notas y éstas fueron recibidas en las respectivas capitales, no tardó en estallar la conocida como Rebelión de los Boxer (1900). Ante el doble peligro de que China cayera en la anarquía, provocando una nueva y definitiva intervención extranjera y el reparto sin remisión de sus despojos, o en manos de un poder autóctono fuerte capaz de expulsar de una vez a todos los bárbaros que la habían humillado, Washington optó por una fórmula que no tardaría en perfeccionar durante el resto de “su” siglo en otras partes del mundo: el envío de una fuerza expedicionaria a Pekín lo suficientemente robusta como para intentar condicionar al tér-

86. Sobre el significado de las “notas” de John Hay en la historia de la diplomacia estadounidense, véase George Kennan (Kennan, 1984).

mino de la crisis los términos del tratado impuesto al perdedor. Tras la derrota de los Boxer, esos términos, aunque onerosos (más puertos francos y cuantiosas reparaciones de guerra), incluían, de acuerdo con los deseos americanos, la preservación nominal de la política de “puertas abiertas” y de la integridad territorial del Imperio o, al menos, de sus fronteras exteriores, puesto que en el interior la competencia por concesiones exclusivas no sólo no se detuvo, sino que se incrementó con los inicios del nuevo siglo. Rusia, en particular, se mostró particularmente agresiva en Manchuria, donde pretendió restringir los derechos comerciales de terceras partes, lo que iba en detrimento sobre todo de los productos japoneses y estadounidenses. Washington, aunque inquieto, decidió no utilizar la fuerza para proteger sus intereses asiáticos, considerados por entonces como no vitales, excepto en el caso de las Filipinas. Tokio, que acababa de firmar un acuerdo de alianza con Gran Bretaña (1902), llegó a otra conclusión. Era el momento de demostrar con un brutal golpe de efecto que Japón estaba en condiciones de reclamar su lugar entre las grandes potencias, objetivo último de las reformas Meiji⁸⁷. Entre 1904 y 1905, su flota de guerra destruyó a la rusa en Port Arthur y en la decisiva batalla de Tsushima (mayo de 1905). Rusia siguió los pasos de España como víctima propiciatoria en la afirmación de las nuevas potencias extra europeas. Una nueva estrella había aparecido en el firmamento asiático desde el Oriente. Por vez primera en siglos, quizá en milenios, el mandato celeste en Asia había abandonado al Imperio del centro... hasta nuestros días.

Vistos desde el otro lado del Pacífico, la postración china, la derrota rusa y la aparición de Japón como agresiva potencia revisionista, fueron fenómenos observados con sentimientos encontrados. El entonces presidente, Theodore Roosevelt, mientras privadamente se mostraba satisfecho de que

87. Sobre la política exterior japonesa de la época, véase Sydney Giffard (Giffard, 1994).

los japoneses hubieran hecho el trabajo sucio de frenar las ambiciones rusas, expresaba en público su esperanza de que se estableciera en Asia oriental un equilibrio de poder entre Rusia y Japón que a su vez permitiera la supervivencia del régimen chino y la continuidad en el mismo de la presencia occidental ya consolidada, entre la que empezaban a despuntar los intereses comerciales y financieros estadounidenses, por ejemplo, los de la banca J.P Morgan en los ferrocarriles⁸⁸. Tal orden de cosas no se produciría por generación espontánea, sino que requeriría, como se ocupó de señalar ya en 1900 Alfred T. Mahan (Mahan, 1900), uno de los inspiradores del imperialismo estadounidense, una activa participación del coloso americano en el Lejano Oriente. Vemos, por tanto, cómo ya a principios del siglo XX, los círculos de influencia estadounidenses planeaban convertirse en los herederos en Asia, primero en la teoría y más tarde en la práctica, de la secular estrategia británica de la balanza de poder. Es más, el curso de los acontecimientos terminaría situando a los Estados Unidos en la posición de fiel de esa misma balanza en los asuntos asiáticos y, más tarde, mundiales. Al mismo tiempo, la búsqueda del equilibrio territorial en las distintas regiones y también a escala global empezaba a ser considerada en Washington, como también era el caso entre los planificadores británicos, no como un fin en sí misma, sino como un medio para evitar que la temida formación de alianzas entre las potencias continentales en Eurasia, más Japón, se tradujera en una reordenación del planeta en espacios cerrados impermeables al comercio y al capital anglosajones. Para estadounidenses y británicos, la geopolítica comenzaba a estar al servicio de la globalización. Para sus adversarios euroasiáticos, todavía aferrados a una concepción estrechamente espacial de la distribución del poder, era a la inversa. El choque entre las dos concepciones del mundo a lo largo del siglo veinte estaba así predeterminado.

88. Cohen, *op. cit.* P. 56.

En el escenario del Extremo Oriente que nos ocupa, frente al incipiente designio angloamericano no tardaron en presentarse dos formidables obstáculos, uno de naturaleza en su momento predecible; el otro, más novedoso. El primero, fue la negativa japonesa a contener sus ambiciones tras las ventajas obtenidas con las victorias sobre China (1895) y Rusia (1905). No es necesario detenernos aquí en la secuencia de acontecimientos que, a consecuencia del militarismo nipón, desembocarían décadas más tarde en el enfrentamiento directo entre Japón y los Estados Unidos en el escenario bélico del Pacífico. Baste indicar que durante las primeras décadas del siglo pasado, Tokio, y no Pekín, pasó a convertirse en el eje de las preocupaciones estadounidenses en el Lejano Este. Entonces se trataba, como ahora con la China emergente, de decidir qué curso de acción adoptar ante el expansionismo japonés, éste sí de corte claramente militarista. Aunque los Estados Unidos tenían mucha menos experiencia que ahora en la gestión del vasto mundo exterior, las opciones disponibles por entonces no distaban demasiado de las que, como hemos visto, se debaten en nuestros días acerca de China en la Casa Blanca, el Congreso, el Pentágono o el mundo académico. En esencia, hasta el ataque a Pearl Harbour, Washington intentó con Japón, sin éxito, las estrategias de la contención y de la cooperación. En todo caso, China estaba destinada en esos cálculos a ser utilizada como un mero peón sacrificable en una partida con más amplias repercusiones.

Durante la presidencia del sucesor de Roosevelt desde 1909, W.H Taft, los Estados Unidos aún mantuvieron nominalmente su política de defender la integridad y soberanía chinas al tiempo que continuaron recordando a las otras potencias con intereses en aquel país –por entonces agrupadas en un “consorcio” pentagonal– su adhesión a la ya para entonces casi difunta doctrina de “puertas abiertas”. No había en ello altruismo alguno. De forma coherente con la denominada “diplomacia del dólar”, avanzada con éxito por Taft en otros lugares como América Latina, el nuevo presidente pretendía abrir una mayor avenida al comercio y las inversiones estadounidenses, aunque ello implicara el riesgo de perturbar

algunas posiciones consolidadas o en aumento, como las de Rusia y Japón en Manchuria. A la postre, en lugar de internacionalizar el régimen de concesiones, lo que Taft consiguió fue un lugar en el “consorcio” para los banqueros de Wall Street, añadiendo ya sin ningún tipo de falsos escrúpulos el capital americano a la lista de explotadores del moribundo Imperio. Pero para entonces ya se habían puesto en marcha fuerzas revolucionarias en el interior de China destinadas a cambiar radicalmente su futuro. En 1911, precisamente como culminación de un movimiento de protesta contra la imposición de un nuevo crédito por el consorcio internacional, los seguidores del Dr. Sun Yatsen consiguieron derribar la dinastía manchú y proclamar la República. Poco después, en los Estados Unidos, Taft era sustituido por el presidente Wilson, quien, llevado por su idealismo y contra el aviso de no pocos de sus consejeros y del resto de las potencias, optó por reconocer la recién nacida república china, pese a que ya entonces se encontraba al borde de la guerra civil debido a las disensiones internas entre sus líderes y las tensiones secesionistas en numerosas provincias. De mayor calado, y probablemente inesperadas consecuencias, fue su decisión de retirar el apoyo de la Administración a los banqueros estadounidenses que participaban en el consorcio crediticio internacional. Por el contrario, los representantes del capital europeo, ruso y japonés continuaron, bajo la protección oficial de sus gobiernos, con sus operaciones de sostén financiero a los señores de la guerra que en mejor disposición estuvieran de avanzar sus respectivas agendas. Los más aventajados en esta táctica fueron los japoneses, en particular desde el momento en que, ocupadas en los prolegómenos de la I Guerra Mundial, las otras potencias se vieron envueltas en frentes lejanos del oriental.

Fue por entonces cuando Tokio pretendió asestar un golpe casi definitivo a la independencia de China, forzando, de paso, a los Estados Unidos a definir su estrategia hacia Oriente. En enero de 1915, tras haber ocupado las posesiones alemanas de Shantung, Japón presentó a Pekín las conocidas como “Veintiuna demandas”, entre las cuales se contaban las exigencias de ampliar sus concesiones en Manchuria y provincias inte-

riores; nombrar “consejeros” ante el Gobierno chino; imponer un derecho de veto sobre cualquier inversión extranjera en la provincia de Fukien y garantizarse al menos la mitad de las compras chinas de armamento. Desesperado, lo que quedaba del poder central chino se volvió a Washington para pedir protección. Allí tuvo lugar un debate esencial sobre la respuesta que cabría dar a la solicitud de auxilio, cuyas reverberaciones en las relaciones sino-estadounidenses llegan hasta nuestros días. Por un lado, Robert Lansing, por entonces consejero del Departamento de Estado y más tarde secretario de Estado, defendía la conveniencia de aceptar las exigencias japonesas en aras de un acuerdo con el naciente Imperio, puesto que un Japón poderoso en buenas relaciones con los Estados Unidos garantizaría el acceso a los mercados orientales y actuaría como estabilizador de la entera región del Asia-Pacífico. Por el contrario, E.T. Williams, de la Dirección asiática del mismo Departamento de Estado, veía el destino de los Estados Unidos en Asia ligado no a Japón, sino a una China modernizada y dinámica gracias al capital estadounidense. Como es el caso en nuestros días, la Administración de Wilson intentó jugar las dos cartas a la vez. Consciente del peso de Japón durante la guerra y en el orden que esperaba establecer en la posguerra, el presidente estadounidense dio orden de aceptar, por el Acuerdo Lansing-Ishii (2 de noviembre de 1917) los intereses “especiales” japoneses en China, incluyendo, ya en las negociaciones de la Conferencia de Paz de París, la ocupación de la antigua concesión germana de Shantung. Por otro lado, para evitar un monopolio japonés en los asuntos económicos chinos, devolvió la garantía oficial a las inversiones de Wall Street a través de un consorcio renovado y albergó la esperanza de que la Liga de Naciones forzara a Japón a abandonar su política imperialista. En vano, como es sabido. De hecho, las concesiones estadounidenses a Japón en París contribuyeron a acelerar la aparición del factor inesperado al que aludíamos más arriba en el desarrollo de las relaciones de China con el resto del mundo, y con los Estados Unidos en particular. Nos referimos a la erupción, cual volcán súbitamente despertado, del nacionalismo

chino. El conocido como “movimiento del 4 de mayo” (1919), en el que participó un joven Mao Zedong, concitó los sentimientos de revancha antijaponeses de los sectores más activos de la población mientras ofrecía en sus inicios la esperanza de revitalización de una China orientada hacia Occidente, siempre y cuando éste renunciara a los tratados desiguales. Pero, al mismo tiempo, en el seno del movimiento nacionalista se estaba gestando una fuerza novedosa que terminaría dirigiendo los destinos del antiguo Imperio hacia otro puerto de llamada. En julio de 1921, en el corazón de la concesión francesa de Shanghai, era creado el Partido Comunista Chino. Por una de las frecuentes ironías de la historia, la misma ciudad que se había convertido en símbolo del capitalismo en el Extremo Oriente y donde tenían su sede operativa gran parte de las corporaciones financieras occidentales con presencia en Asia, fue la cuna de la reacción que terminaría poniendo fin, al menos temporalmente, al primer intento por insertar a China en una nueva fase de la globalización occidentalizadora.

Por las mismas fechas en que Mao Zedong y sus correlegionarios iniciaban su andadura en una larga marcha hacia el poder, las iniciativas foráneas volvieron a inmiscuirse en los destinos de China. Como medida de prevención ante el ascenso de un Japón todavía insatisfecho con lo obtenido al término de la I Guerra Mundial, fue convocada la Conferencia de Washington sobre desarme naval (1921-1922). En la misma, las grandes potencias con intereses en el Pacífico, excepto la Unión Soviética, negociaron limitar la carrera de armamentos con el fin de poner coto al rearme japonés. En lo que concierne al futuro de China, el Tratado de las Nueve Potencias con el que concluyó la Conferencia sancionó el respeto a su soberanía e integridad territorial, pero en modo alguno contemplaba poner fin a los tratados desiguales. Esta fue la gota que colmó el vaso de los reformistas, quienes en vano habían esperado un cambio de actitud en las potencias ocupantes aprovechando sus prevenciones ante el expansionismo militarista de Tokio. Ante el desencanto, parte del movimiento nacionalista representado por el antes pro occi-

dental Sun Yatsen tornó su vista hacia Moscú. Los agentes del Comintern no tardaron en aprovechar la ocasión y pronto consiguieron mediar un acuerdo entre nacionalistas y comunistas, un éxito para la expansión de la revolución bolchevique al que no fueron ajenos la promesa soviética de renunciar a los privilegios en China heredados de la época zarista y la afluencia de consejeros y medios militares con los que tanto el Guomintang como los comunistas esperaban reunificar el país tras años de guerra civil.

Como ocurriera ante los primeros indicios del imperialismo japonés, las fuerzas internas desencadenadas en China por la eclosión del nacionalismo y del comunismo fueron objeto de distintas interpretaciones y reacciones en Washington. Era claro que ambos movimientos apuntaban a distintas vías, en principio incompatibles, en la necesaria modernización del país. Al mismo tiempo, ambos reclamaban el fin de los tratados desiguales en sus respectivos programas de reforma. Ante estas demandas, frente a una primera actitud consistente en mantener un alineamiento firme con las potencias partidarias de mantener sus privilegios extraterritoriales y comerciales, finalmente se impuso en la Administración Harding, sucesor del malogrado Wilson, una línea de acción más acorde con el proclamado idealismo americano propio del efímero espíritu de los años veinte en las relaciones internacionales. El secretario de Estado Kellogg, el mismo que participó en el célebre Pacto Briand-Kellogg (1925) por el que se abolía el recurso a la guerra en las relaciones entre los estados, se mostró partidario de abrogar los tratados desiguales y favorecer a las fuerzas nacionalistas de Chiang Kaishek, sucesor de Sun Yatsen al frente del Guomintang y partidario de romper tanto con Japón, como con la influencia soviética, cuya ayuda terminó rechazando. Cuando Chiang consiguió derrotar a sus opositores y proclamar un Gobierno nacional en octubre de 1928, con capital en Nanking, los Estados Unidos intentaron aprovechar la oportunidad para erigirse en los principales proveedores de ayuda a China mediante la reconstrucción de sus infraestructuras y el saneamiento de sus desastrosas finanzas. La posibilidad de integrar a la

China nacionalista en el sistema capitalista internacional, alejándola tanto de la perniciosa influencia soviética como del militarismo japonés se aproximaba a la realidad. A principios de los años 1930 parecía como si por fin el viejo Imperio, ahora en su avatar republicano, hubiera encontrado por sus propios y tortuosos medios el camino hacia el modelo de modernización occidental que un siglo y medio atrás había rechazado Qianlong en su primer encuentro con el Embajador Macartney.

Sin embargo, junto a la propia incapacidad de Chiang, la confluencia de los dos factores externo e interno examinados –el expansionismo japonés y la convergencia de nacionalismo y comunismo en un movimiento autóctono bajo la dirección de Mao– terminaría por interrumpir hasta finales del siglo XX la integración de China en el modelo de globalización, asentado sobre el dominio angloamericano. Como adelantáramos en un anterior epígrafe, ese modelo fue puesto a prueba dos veces durante el pasado siglo: por el fascismo y por el comunismo. En ambos casos, una coalición de potencias euroasiáticas –dominadas por Alemania/Japón y por la URSS, respectivamente– inspiradas en una concepción esencialmente geopolítica, cerrada o territorial, del poder se enfrentaron a otra coalición dirigida por los Estados Unidos y Gran Bretaña, los dos ejes del mundo atlántico que ya estaban optando, salvo excepciones, por superar los límites de una concepción puramente física del espacio a favor del libre movimiento de capital, bienes, tecnología e información por encima de las barreras representadas por las fronteras y las esferas de influencia estancas.

En los dos episodios –las guerras mundiales y la Guerra Fría– que marcaron el épico enfrentamiento entre las fuerzas de la geopolítica y de la globalización durante la mayor parte del siglo XX, China cayó sucesivamente del lado del primer campo. Primero, cuando el Gobierno nacionalista de Chiang Kaishek comenzó inclinándose claramente hacia el modelo fascista de organización social y económica y, más tarde, aceptando la alianza de circunstancias con los comunistas como alternativa a la falta de voluntad anglosajona para oponerse a la escalada de agresiones japonesas que culminaron con el bombardeo de Shanghai a principios de

1932 y la posterior proclamación del Estado títere de Manchukuo (marzo de 1932). Posteriormente, cuando la resistencia interna a la ocupación japonesa fue progresivamente monopolizada por el Partido Comunista Chino hasta su toma del poder y la proclamación de la República Popular en 1949, inicialmente alineada con el bloque soviético y bajo tutela de Moscú.

Tanto la “pérdida” de la China de Chiang –recuperada parcialmente con el traslado del Guomintang a Taiwán– como más tarde la “pérdida” de la China de Mao fueron el resultado de los propios errores de Londres y Washington al no considerar esenciales sus intereses en aquel país ante el aumento de la presión primero japonesa y poco más tarde de la influencia soviética. Para los aliados anglosajones, esencialmente preocupados por la evolución de Europa y, sobre todo, de Alemania, China había dejado desde hacía tiempo de contar como un actor autónomo digno de mayor atención. En el caso de los Estados Unidos, bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt desde 1932, durante gran parte de los años treinta el objetivo primordial de política exterior en el Lejano Oriente era el apaciguamiento de Japón en la vana esperanza de alcanzar alguna especie de entente con Tokio en los asuntos asiáticos, aunque ello implicara aceptar el creciente dominio japonés de grandes porciones del territorio chino. Sólo a principios de la siguiente década, los Estados Unidos finalmente comenzaron a reaccionar cuando la firma del Pacto Tripartito Berlín- Roma-Tokio (septiembre de 1940) mostró claramente, como si hubiera hecho falta, los vínculos entre la política de agresión alemana en Europa con la japonesa en Asia en un esfuerzo a escala mundial para desalojar a los anglosajones y sus aliados de su posición en lo más alto de la jerarquía internacional. Cuando en el verano de 1941 Tokio dio el fatal paso de amenazar las posesiones británicas en el sudeste asiático, la línea roja fue franqueada. La búsqueda del apaciguamiento a cualquier precio con Japón para así concentrar los mayores esfuerzos en Europa fue abandonada. Desde ese momento, China, antes dejada a su suerte, fue considerada como un frente secundario de distracción con

el que mantener a la maquinaria de guerra japonesa dividida y a parte de la misma alejada de las bases y colonias occidentales en Asia. Como compensación ciertamente tardía, el Senado estadounidense votó la renuncia a los privilegios extraterritoriales derivados de los tratados desiguales y el Congreso abrogó las leyes anti-inmigración dirigidas contra los trabajadores chinos. Por supuesto, tanto el Guomintang como los comunistas de Mao no se hacían ilusiones sobre el lugar que los estrategas anglo-americanos les reservaban, como carne de cañón, en el esfuerzo general de la guerra contra el Eje. Pero, mientras los nacionalistas siguieron una línea de contemporizar con el invasor japonés reservando sus mejores fuerzas para reprimir a los campesinos y obreros, los comunistas, desde su cuartel general en Yunan, terminaron demostrando ser el principal baluarte contra el invasor, ganándose incluso el respeto de los aliados, quienes en algún momento jugaron con la posibilidad de alcanzar un acuerdo con ellos, previa su transformación en un partido reformista pro occidental, como principal fuerza de la nueva China⁸⁹. Demasiado tarde. Cuando Japón fue finalmente derrotado en agosto de 1945, Mao y sus seguidores dejaron claro que sus simpatías y la orientación de su política tanto interior como exterior se dirigirían hacia Moscú y no hacia Washington. A ello contribuyó la posición adoptada por Truman, sucesor de Franklin Roosevelt, en los prolegómenos de la Guerra Fría. Juzgando la situación interna china con las lentes de la por entonces incipiente doctrina de la contención contra la URSS, los estrategas de la nueva Administración prestaron su apoyo político y financiero al Gobierno nacionalista de Chiang cuando éste reabrió la guerra civil con los comunistas. La posibilidad de un Gobierno de unidad nacional en el que hubiera podido participar Mao fue excluida. La idea de llegar a un compromiso con éste ni siquiera se recuperó cuando sobre el campo de

89. Cohen, *op. cit.* P. 138-140.

batalla resultó evidente la derrota de los nacionalistas ante la incompetencia de su mando y la mayor motivación del ejército comunista. Para entonces, Washington había llegado a la conclusión, bajo la influencia de la escuela realista de estirpe geopolítica representada por Kennan, el autor intelectual de la doctrina de la contención, de que China podría quedar incluida en la esfera de influencia soviética⁹⁰. A cambio, los Estados Unidos concentraron sus esfuerzos en reforzar las posiciones occidentales en la periferia euroasiática, convirtiendo al antaño enemigo japonés —como en su momento pretendieron Theodore Roosevelt y el secretario de Estado Lansing— una vez purgado del nacionalismo belicista, en bastión del capitalismo y la democracia liberal en el Extremo Oriente, junto con Corea del Sur y Taiwán como los otros dos pilares asiáticos del sistema de defensa occidental durante la Guerra Fría.

Así, tras poco más de un siglo —desde 1841 hasta 1947— parecía que habían fracasado los intentos anglosajones por convertir al Imperio del centro en una reserva de recursos humanos y materiales con los que alimentar el crecimiento de la fase occidental de la globalización. Como reconoció en sus memorias Dean Acheson, secretario de Estado con Truman, los Estados Unidos, ante la amenaza representada por la URSS en términos ideológicos y geopolíticos, decidieron que el modelo de organización social y económica del que se habían convertido en adalides sólo podía ser salvado y prevalecer si concentraban primero sus esfuerzos en “reconstruir la mitad del mundo desde el caos” provocado por la Segunda Gran Guerra⁹¹. Otra parte, donde se incluía la República Popular China, fue temporalmente cedida a Moscú y condenada a servir de laboratorio para un atroz y a la postre fracasado experimento de ingeniería social de una magnitud jamás antes conocida por la humanidad.

90. David Mayers (Mayers, 1988).

91. Dean Acheson (Acheson, 1987).

En el reparto fáustico de la tierra que fue la Guerra Fría, China cayó del lado del bloque soviético por la sencilla razón de que los centros de decisión angloamericanos que tomaron el liderazgo del mundo occidental consideraron que no valía la pena dedicar más atención y recursos a la transformación del antiguo Imperio del Centro. Tras más de un siglo de sometimiento bajo los tratados desiguales y el posterior colapso del poder central, China había demostrado ser, en toda su magnitud y caos interno, demasiado indigerible y ajena como para poder ser de utilidad en esa reorganización de la mitad del planeta a la que se debía prestar prioridad desde Washington o Londres. En otras palabras, los Estados Unidos consideraron que era prioritario reconstruir la base industrial y los mercados europeo-occidentales y de la periferia “útil” asiática antes de malgastar sus limitadas energías tras la victoria sobre el Eje en un país donde la única alternativa a los comunistas era la ineptitud y corrupción de los nacionalistas de Chiang, herederos del peor legado de la fenecida dinastía manchú⁹².

Así, durante las tres décadas que siguieron al triunfo de Mao, China quedó al margen del sistema capitalista liberal. Sobre las imponentes sedes de la banca occidental en el Bund de Shanghai, símbolo de la primera y frustrada incursión de la globalización occidental en China, comenzaron a ondear hasta nuestros días las banderas rojas. Pero ese no era, como hemos visto, el final de la historia.

El retorno del dragón rojo

La ruptura de la China de Mao con las corrientes de la globalización debido a su encaje en el bloque comunista estuvo acompañada por una drástica reducción de su peso geopolítico para Occidente durante los pri-

92. Mayers, *op.cit.*

meros años de la Guerra Fría. Tampoco Moscú, más allá de vanagloriarse por contar dentro de su esfera de influencia con la nación más poblada del mundo, parecía esperar demasiado de una China empobrecida por décadas de guerra civil y necesitada de todo tipo de ayuda. Pero la disminución del valor del antaño orgulloso Imperio ante los ojos de las dos superpotencias estaba destinada a ser de corta duración. En apenas tres décadas y pese a todas sus turbulencias internas, China pasó a ser un actor geopolítico relevante, aunque no principal, en el tránsito de la primera a la segunda Guerra Fría, durante el período conocido como *Détente*. Poco más tarde, soltado en la práctica el lastre ideológico maoísta con el inicio de las reformas económicas de Deng a finales de los setenta, iniciaba su despegue y espectacular vuelo hacia las alturas de la globalización.

En la mejora de su suerte estratégica y económica a lo largo del último tercio de un siglo XX que hasta entonces le había resultado trágico, además de contar con sus propias reservas internas de energía, fue determinante para la (re) emergencia de China la evolución de sus relaciones con los Estados Unidos. En resumen, desde el fin de la II Guerra Mundial, la relación bilateral pasó, desde el punto de vista de Washington, por dos fases claramente delimitadas, separadas por el hito que supuso el viaje de Nixon a Pekín en 1972. Ya la inicial “renuncia a China” propuesta a partir de 1947 por los planificadores de la escuela de la contención —con la aducida justificación de que era un escenario secundario en la lucha contra la amenaza soviética— había contemplado un análisis de la evolución de la futura República Popular en el que se consideraba al comunismo maoísta como el disfraz de un movimiento nacionalista que, en su debido momento, terminaría por revolverse contra la subordinación a Moscú. Eso fue lo que ocurrió finalmente, pero antes tuvieron que pasar casi dos décadas, hasta la ruptura entre los dos hermanos enemigos comunistas a principios de los sesenta, durante las cuales las relaciones entre Washington y Pekín alcanzaron su nadir. Las guerras de Corea y Vietnam acentuaron la tendencia estadounidense a juzgar la situación interna china y su política exterior desde el prisma exclusivo de la con-

frontación ideológica y del temor ante el avance del comunismo en Asia, con China considerada como mero peón o avanzadilla de la Unión Soviética en la región⁹³.

Hubo que esperar hasta conocer las plenas implicaciones de la crisis sino-soviética durante la década de los sesenta para que el presidente Nixon y el arquitecto de su política exterior, el maquiavélico Kissinger, dieran un giro de ciento ochenta grados a la política de los Estados Unidos hacia Pekín. De nuevo, de acuerdo con los conocidos precedentes, China tenía destinado en principio un papel secundario en el escenario sobre el que comenzaban a desarrollarse las nuevas relaciones entre las dos superpotencias. Ante la constatación de que en la segunda mitad de los años sesenta la Unión Soviética había alcanzado la paridad estratégica con los Estados Unidos en términos de equilibrio nuclear, Kissinger, estudioso y adepto a la diplomacia europea del siglo XIX, consideró como mejor forma para frenar el auge soviético el atraer a Moscú a un sistema internacional en donde la bipolaridad real sobre la que se basaba el orden mundial quedara encuadrada en un marco más amplio: una pentarquía de poderes, que permitiera a cada uno de los principales actores –sobre todo a los Estados Unidos– equilibrar las iniciativas del resto mediante la formación de alianzas cambiantes y mutuamente anulables. En el esquema de Kissinger, para frenar primero y más tarde cooptar a la URSS en un orden internacional estable, la bipolaridad militar debía ser diluida en una pluralidad geopolítica asentada sobre la hegemonía estadounidense. Ahora bien, para que este diseño resultara factible, era necesario encontrar otros tres lados para añadir al pentágono. La solución obvia para Kissinger era contar con Europa occidental y Japón como poderes industriales, aunque dependientes de Washington para su seguridad. Pero faltaba otro actor, y fue entonces cuando, en un ejercicio de

93. Vid. John L. Gaddis (Gaddis, 1982).

imaginación diplomática propia de un *Meistersinger* de la *Realpolitik*, Kissinger, con el apoyo de Nixon, decidió jugar la “carta china”⁹⁴. Se trataba, evidentemente, de una carta marcada cuya entrada en el juego fue objeto de calculadísimas y sigilosas maniobras, entre las que destacó el ya celeberrimo encuentro secreto del propio Kissinger con Chou Enlai en la capital china en julio de 1971.

A la aproximación sino-estadounidense que culminaría con el viaje de Nixon a Pekín en febrero de 1972 y el reconocimiento de la República Popular China en 1979, ya bajo el mandato de Carter, coadyuvaron varios elementos. El esencial fue el alejamiento entre Moscú y Pekín, tal y como habían previsto prematuramente los arquitectos de la contención, empezando por George Kennan, al inicio de la Guerra Fría. Como explica una reciente biografía de Mao, la causa principal de la ruptura fue la propia ambición del Gran Timonel por erigirse en el referente del movimiento comunista internacional y convertir China en una superpotencia capaz de rivalizar con la Unión Soviética, algo que Moscú no podía evidentemente consentir⁹⁵.

Otro factor clave del acercamiento, más allá de la imagen de fortaleza que ambos Estados intentaban proyectar, fue la constancia de la mutua debilidad y de los límites que restringían la capacidad de maniobra de cada parte: los Estados Unidos, con su cercana derrota en Vietnam y China sumida en el calamitoso estado interno provocado por la sucesión de desastrosas iniciativas revolucionarias en lo político, lo económico y lo cultural que habían dejado al país exhausto. De hecho, ya entre 1966 y 1968 americanos y chinos habían buscado, y encontrado, un entendimiento tácito

94. Sobre el lugar de China en la estrategia global de Kissinger, véase Robert S. Litwak (Litwak, 1974).

95. Véase la más reciente biografía de Mao por Jung Chang y John Halliday (Chang y Halliday, 2005).

sobre la situación en Vietnam destinado a evitar un enfrentamiento directo que a ninguna de las dos hubiera beneficiado dada la realista evaluación que de sus respectivas posiciones se hacían. Para los Estados Unidos de Nixon, con ello se pretendía, además, contar con la aquiescencia de Pekín mientras se preparaba el terreno para una retirada “honrosa” del avispero indochino sin conceder un excesivo grado de ventaja a la URSS. Por otra parte, una China que ya venía enfrentada a Moscú y ahora comenzaba a mostrarse más amistosa con los Estados Unidos podía convertirse en un instrumento de doble uso. Si Moscú aceptaba entrar en el orden previsto por Kissinger, Pekín proporcionaría una de las pesas de la balanza con las que contrarrestar las iniciativas soviéticas. Si, por el contrario, la estrategia de la *Détente* fracasaba, China podía convertirse en un aliado de circunstancias con el que compartir inteligencia y tecnología militar acerca de las capacidades del común enemigo. Esta última variante, a través de discretos canales, es la que terminaría prevaleciendo durante los años setenta. De esta forma, China comenzó a tener acceso a una privilegiada fuente de conocimientos sobre cómo operaba el mundo exterior que sería más tarde de gran ayuda en la política de reforma y apertura. Gracias a su aceptación para entrar en la estrategia de Kissinger, Pekín también obtuvo primero secretas y más tarde públicas garantías de la que habría de ser hasta nuestros días la política oficial estadounidense respecto a la cuestión de Taiwán: el principio de “una sola China”.

La ignominiosa caída de Nixon tras el escándalo del Watergate (1973) y, más tarde, el apartamiento de Kissinger de sus puestos oficiales (1976), aunque no de los corredores de poder, donde continuó siendo un formidable operador, no supusieron un cambio radical en la política estadounidense hacia Pekín. Durante las administraciones de Carter, Reagan y el primer Bush, la misma siguió estando basada en el uso de la “carta china” contra la URSS desde el momento en que Moscú durante la era de Brezhnev había optado decididamente por la confrontación global, entrando así las relaciones entre las superpotencias en la era conocida como segunda Guerra Fría. El símbolo más elocuente de la

nueva dinámica en las relaciones sino-estadounidenses fue el viaje de Deng Xiaoping a los Estados Unidos en febrero de 1979. Aunque fue un detalle conocido más tarde, el principal resultado de la gira de Deng fue un acuerdo para compartir instalaciones de inteligencia de señales en las provincias occidentales chinas dirigidas contra la URSS. Para entonces, los Estados Unidos habían, además dado luz verde a la transferencia de tecnología de uso militar a China, ya fuera directamente o a través de los aliados occidentales⁹⁶. Además, Pekín obtuvo la tácita aprobación de Washington para lanzar una expedición punitiva contra Vietnam, iniciada apenas dos semanas después del viaje (con resultados desastrosos para el ejército chino, todo hay que recordar). Ahora bien, al mismo tiempo que la visita de Deng venía a demostrar la importancia crucial del componente geoestratégico en el lugar reservado a China dentro del sistema internacional bipolar por parte de los planificadores estadounidenses, durante la misma pudieron vislumbrarse los primeros atisbos de la otra variable que habría de cobrar una inusitada relevancia tanto en el desarrollo interno de China como de su proyección exterior. En efecto, además de en el intercambio de información y armamento, Deng se mostró particularmente interesado en obtener para China el estatus de nación más favorecida en términos comerciales y en conocer dos de los fundamentos industriales del poder estadounidenses: la fábrica de coches de Ford en Atlanta y el centro espacial de Houston. Toda una premonición del camino que China, bajo las reformas del Pequeño Timonel, se aprestaba a seguir en las siguientes décadas cruciales para su desarrollo. China comenzaba así su ascenso en la geopolítica y en la globalización en una trayectoria que dura hasta nuestros días y para la que todavía parece existir un largo recorrido...a expensas tanto del propio curso que siga el desarrollo interno chino como de la dirección que tomen las relaciones entre los dos grandes colosos del planeta.

96. Mann, *op.cit.*

El presente del futuro

Tras nuestra breve incursión por el pasado del futuro chino, con un reconocido énfasis durante el repaso de los últimos dos siglos en su interacción con las potencias anglosajonas como más recientes beneficiarias del “ascenso de Occidente”, hemos cerrado el círculo con el que abríamos este ensayo y llegado así al presente. En el mismo confluyen las poderosas corrientes de la historia china, la más densa y fascinante de la humanidad. Esas corrientes han sido alimentadas tanto por fuentes internas como externas, en constante interrelación. A su vez, el sentido de su decurso ha sido una y otra vez objeto de divergentes interpretaciones. En las páginas anteriores hemos seguido deliberadamente la pista de una variable modificada de la versión esencialmente convencional, es decir, eurocéntrica de la historia. Según esta narrativa, China, junto con el resto de Asia, habría entrado en un declive relativo, pero en modo alguno predeterminado, a medida que se iniciaba el ascenso de Occidente desde principios de la Edad Moderna. Ahora bien, como vimos a inicios del presente capítulo, la interpretación que ahora comienza a imponerse afirma que sólo a finales del siglo XVIII Europa comenzó a alcanzar a China en la eficiencia de actividades consideradas clave en el triunfo del capitalismo industrial, como la siderurgia, el textil o el empleo de modernas técnicas agrícolas. Y aún así China siguió compitiendo gallardamente con Europa durante parte del siglo XIX. Fue entonces cuando el extremo occidental de nuestro continente pudo asegurar su ahora contestada supremacía. Como afirma Hobson: “el liderazgo del poder global residió a todas luces en distintos lugares de Oriente hasta aproximadamente el año 1800 (...). A partir del año 1500 más o menos el péndulo comenzó a desplazarse muy gradualmente otra vez hacia Occidente (...). Pero no sería hasta bien entrada la fase de industrialización cuando el liderazgo del poder intensivo y extensivo global pasara a Gran Bretaña”⁹⁷.

97. Hobson, *op. cit.* P. 415.

Tras tomar el relevo de Europa, la actual preponderancia estadounidense habría venido a culminar el proceso descrito. En el caso de las relaciones de Occidente con China, ese relevo, como hemos visto, se produjo durante el tránsito entre los dos pasados siglos, aprovechando el gozne entre las dos fuerzas transcendentales en la evolución del sistema internacional y, al tiempo, entre las dos principales dimensiones del poder: la geopolítica y la globalización. La progresiva confirmación del dominio de ambas fuerzas por el eje angloamericano coincidió en el tiempo con el ciclo más bajo en la evolución del Imperio del centro y, a la postre, con su desintegración, causada en buena medida por los envites a que fue sometido tanto debido a la presión externa por el control de su espacio y de sus recursos como por los insistentes y a menudo brutales intentos para abrir dicho espacio a los flujos del comercio y del capital. Tras el fracaso chino en los previos intentos, bajo las dinastías Ming y Qing, de resistencia y/o adaptación ante las agresiones occidentales, la reacción final consistió en la aparición, primero en competencia y después en confluencia, del nacionalismo y del comunismo en su versión maoísta. Tras el triunfo de la respuesta representada por Mao, la conexión de China con el mundo se realizó sólo con uno de los dos bloques en que quedó éste dividido durante la primera Guerra Fría. Esta situación sólo comenzó a ser superada cuando se pusieron de manifiesto tanto las carencias del modelo de desarrollo interno elegido, como la imposibilidad, ante la oposición de la URSS, de ocupar, como pretendía Mao, un lugar central en el bloque socialista y en la vanguardia de la revolución mundial. La oportunidad ofrecida por la evolución de la bipolaridad y la interesada mano tendida ofrecida a finales de los años sesenta por los estrategas estadounidenses de la *Détente*, en realidad una variante más sofisticada de la contención dirigida contra la URSS, fueron aprovechadas justo a tiempo. En caso contrario, una repetición de la actitud de rechazo, al estilo de Qianlong, por los mandarines comunistas hubiera dejado inerte de nuevo al país ante las consecuencias de la Revolución Cultural –una revuelta de los Boxer multiplicada hasta el paroxismo y

dirigida hacia el propio interior de la sociedad china— y las complicaciones de la sucesión de Mao una vez fallecido el Gran Timonel.

La aceptación china de la iniciativa estadounidense y el acceso limitado a su tecnología y conocimientos explican una parte moderada del éxito posterior de la política de apertura y reforma a partir de 1978. Evidentemente, la principal causa fue el propio acierto de los dirigentes chinos de la generación de Deng en la elección de políticas adecuadas para revitalizar la economía y en la movilización de los recursos de la sociedad china en una dirección contraria a la seguida durante la era Mao. Finalmente, un tercer elemento en modo alguno desdeñable fue que las reformas coincidieron en el tiempo y permitieron enlazar el dinamismo chino con la gran transformación que estaba experimentando el conjunto de Asia oriental a medida que la entera región, salvo excepciones, entraba en la conocida como “era del Pacífico”. De hecho, antes incluso de la actual fascinación por la nueva China, la toma de conciencia contemporánea acerca de la importancia de Asia en la historia está ciertamente relacionada con el auge económico de aquella región durante las últimas décadas del pasado siglo. Tras los pasos de Japón, que ya se había convertido en la segunda mayor economía mundial en 1968, otros “pequeños dragones” de la zona, como Corea del Sur, Singapur, Hong Kong o Taiwán, utilizaron la estrategia del “Estado desarrollista” y la protección estadounidense durante la Guerra Fría para convertirse en potencias exportadoras de primer rango. Aunque la crisis de 1997 detuvo momentáneamente la tendencia, vino a demostrar al mismo tiempo el grado de interdependencia de la economía global y la importancia que en la misma habían alcanzado las naciones antes desdeñadas de Oriente. Siguiendo a Manuel Castells, incluso tras los efectos de la crisis, el auge del Pacífico y la misma expresión “era del Pacífico”, se han convertido en un código que expresa “el declive del predominio económico y tecnológico de Occidente, tras el choque psicológico y político sufrido por Norteamérica y Europa con las experiencias desarrollistas de Japón primero, de los denominados tigres asiáticos después, de la “periferia de reciente industrialización” más

tarde (por ejemplo, Tailandia) y, por último, de China, con India surgiendo en el horizonte”⁹⁸.

Ampliando ese horizonte, incluso la resurrección de las civilizaciones en apariencia petrificadas, por emplear el término de Octavio Paz, de China y del conjunto de Asia, forma parte de una más amplia traslación del locus del poder global. No sólo hablamos del Extremo Oriente. La tendencia de la economía mundial se encamina hacia una situación de equilibrios entre Occidente y el resto del mundo similar a la que precedió a la Revolución Industrial. Un informe de la consultora Goldman Sachs de 2003 ya concluía que durante los próximos cincuenta años, Brasil, Rusia, la India y China –los denominados BRICs– habrán sobrepasado a la mayoría de las economías del actual G6, (aquéllas cuyo PIB supera el trillón de dólares, por ahora todas “occidentales”, incluyendo Japón)⁹⁹. En enero de 2006, la Biblia de la globalización, *The Economist*, anunciaba que en 2005 las 32 economías calificadas como “emergentes” (término aproximado al del antiguo Tercer Mundo) habían superado al mundo desarrollado en el tamaño combinado de su PIB medido mediante la paridad de poder adquisitivo¹⁰⁰. Teniendo en cuenta que esas 32 economías representan más del 80% de la humanidad, el 42% de las exportaciones mundiales y consumen el 47% del petróleo no resulta en extremo descabellado predecir que algún día, más pronto que tarde, reclamarán un mayor poder de decisión en los asuntos que conciernen al futuro de la humanidad. El tema de nuestro tiempo no se limita tan solo, por tanto, a interrogar el sentido de las relaciones entre China y los Estados Unidos, o entre Occidente y China. Esta cuestión, aun importante,

98. Castells, *op.cit.* P. 245.

99. Dominic Wilson y Roopa Purushothaman. “Dreaming with BRICs: the Path to 2050”. *Global Economic Paper*. No. 99.

100. *The Economist*. “Climbing Back” (21.01.06).

forma parte de otra mucho más amplia y decisiva: ¿sabrá o incluso deberá Occidente evitar la tentación de resistirse a su inevitable pérdida de protagonismo? Ensayar una respuesta a esa otra pregunta existencial de nuestros días escapa al propósito de la presente obra. Pero ello no empece para que debamos empezar la reflexión, antes de que sea demasiado tarde, si no lo es ya.

Epílogo

En un ya célebre artículo publicado en 1999, el analista estadounidense Gerald Segal se preguntaba “*Does China matter*”?, ¿importa China?¹⁰¹. Al contrario de lo que comenzaba a ser un lugar común ya a finales de los noventa, Segal concluía su ensayo definiendo al supuesto gigante chino como “una potencia media de segundo orden que ha dominado el arte de la teatralidad diplomática”. Tras repasar la “insignificancia” china en los dominios económico (“China es un pequeño mercado que importa relativamente poco al resto del mundo”); militar (“China es una potencia militar de segunda clase”) y político (“China no está en posición de importar demasiado en términos de política de poder internacional (...) no es siquiera una potencia cultural”), el fallecido investigador reconocía que la única razón para tomar en serio a China se debía a su naturaleza de “Estado revisionista”, razón por la cual era necesario dejar de pensar en términos de Pekín como “aliado estratégico” (como era la tendencia durante la Administración Clinton) y comenzar a admitir que era un “enemigo estratégico”, hacia el cual lo mejor era dirigir una doble política de “contención” y “cooperación” (*constraintment*, según el neologismo acuñado por el propio Segal).

Menos de una década después del controvertido artículo de Segal, hoy pocos especialistas se atreverían a plantear la misma pregunta. Se da por supuesto, vistos los datos manejados en este ensayo, que China importa...y mucho. Ahora bien, no está de más relativizar el significado de la (re)emergencia de China como un actor regional y global significativo a inicios del nuevo milenio. Tal ha sido el propósito de este ensayo, aunque en un sentido y con unas conclusiones muy distintas a las alcanzadas por Segal.

101. Gerald Segal (Segal, 1999).

A la luz de las páginas anteriores, podemos colegir que asistimos en nuestros días no tanto, aunque también, a un cambio en el papel de China, y de Asia oriental en general, en la evolución de los asuntos mundiales, como a una profunda transformación en la percepción de dicho papel por parte de un Occidente cegado por su reciente, y a la postre puede que efímero, encumbramiento. Es necesario, por tanto, poner el actual ascenso de China en su correcta perspectiva histórica. Sólo así evitaremos caer en el riesgo, ya presente, de reaccionar sin medida ante lo que en realidad constituye una tendencia histórica de largo aliento: estamos asistiendo al principio del fin del (breve) episodio de hegemonía occidental en la historia de la humanidad. El auge de China tan sólo es el heraldo de la nueva era.

En ningún otro lugar de la compleja dinámica internacional resulta más necesaria esa prudencia que en las relaciones entre China y los Estados Unidos. Como hemos adelantado, la actual preeminencia estadounidense se asienta sobre el dominio de dos fuerzas históricas que a su vez constituyen las dos dimensiones esenciales del poder en nuestro tiempo: la geopolítica y la globalización. La naturaleza y sentido histórico de ambas pueden verse modificados a causa del ascenso de China. Contrariamente a lo sostenido por los ideólogos y propagandistas neoliberales, como el popular Thomas L. Friedman, o por más serios historiadores, como Brian Blouet, la globalización no supone el fin de la contienda entre grandes potencias por el espacio y sus recursos materiales y humanos y su sustitución por un mundo benéficamente integrado en el paraíso de la democracia y el mercado. Por el contrario, como hemos pretendido avanzar a la espera de un merecido análisis del tema con mayor profundidad, la globalización no es más que la continuación de la geopolítica por otros medios, pero siempre al servicio de designios de poder cuyo origen y evolución no es demasiado complicado trazar. Así ha sido el caso hasta ahora de los Estados Unidos y así puede suceder con China. Como afirma John Gray (Gray,2005), precisamente en una reciente crítica a Thomas L Friedman, “la globalización está creando

nuevos grandes poderes y esta es la razón por la que está siendo bienvenida por China y la India...A medida que China y la India se transforman en grandes potencias demandarán un mayor reconocimiento de sus culturas y valores distintivos y las instituciones internacionales tendrán que ser modificadas para reflejar la legitimidad de la diversidad de modelos políticos y económicos. En ese punto, la pretensión universal de los Estados Unidos y otras naciones occidentales será contestada en sus mismos fundamentos y la balanza de poder global será modificada”.

Hasta qué punto esa alteración de la balanza de poder entra en el cálculo último de los dirigentes chinos es algo que todavía no estamos en condiciones de asegurar. Puede que ni siquiera ellos mismos tengan una clara idea al respecto. Sí podemos, por el contrario, comprobar cómo algunas de sus iniciativas de política exterior van trazando figuras que poco a poco comienzan a ser reconocibles, respondan o no a un designio predeterminado. Hasta estar en disposición de ofrecer una solución a esta incógnita, en la que tanto nos jugamos, podemos contentarnos con el acertado juicio de Fernando Delage (Delage, 2003) a modo de prudente referente para una mejor orientación: “el cada vez mayor poder económico chino está transformando el perfil internacional de la República Popular y su propia percepción del mundo. Aunque es un cambio gradual, que no ha dado paso aún a una consistente doctrina estratégica, hay indicios tanto de una nueva manera china de interpretar las relaciones internacionales como de un mayor activismo diplomático en su política asiática”.

Esos indicios son suficientes para haber despertado, justificadamente, la inquietud en quien más tiene que perder de confirmarse la apuesta china por un cambio en la jerarquía del orden internacional. Es un tributo al profundo arraigo de la democracia y a la vitalidad del debate político en los Estados Unidos el que sus mejores mentes y sus más influyentes instituciones estén dispuestas a confrontar en la plaza pública las diversas opciones que se le plantean con una riqueza argumental, en uno u otro sentido, simplemente impensable en otras latitudes acos-

tumbradas a criticar ligeramente la supuesta simpleza del sistema político y de la sociedad estadounidenses. Ya se sabe: la ignorancia es atrevida. Es también reconfortante comprobar el que, a pesar del ruido provocado por las voces más extremas que llaman al rearme y a la temprana confrontación contra el “nuevo peligro oriental”, la postura oficial de Washington a través de diversas administraciones demócratas y republicanas ha sido de moderado pragmatismo, en parte por interés propio derivado de los beneficios obtenidos de la inserción china en la globalización y en parte debido a que los Estados Unidos han estado desde el fin de la Guerra Fría centrados, durante la década de los noventa, en intentar gestionar el caos geopolítico provocado por la desintegración soviética y, desde principios del nuevo milenio, en enfrentar la amenaza del terrorismo yihadista.

En suma, la respuesta de los Estados Unidos ante el reto de China seguirá estando condicionada por las fuerzas complementarias de la geopolítica y de la globalización. Mientras la inserción controlada y gradual de China en el sistema económico y financiero mundial se realice sin alterar los equilibrios geopolíticos subyacentes –asentados en una hegemonía global angloamericana– el proceso será pacífico. A medio plazo, Pekín y Washington parecen apostar por este modelo. Pero esta política no se sostendrá durante demasiado tiempo, lo quiera o no el prudente liderazgo chino. Las propias dimensiones del gigante asiático, su búsqueda de mercados y de fuentes de energía para alimentar su actual ritmo de crecimiento tendrán inevitablemente una repercusión en la distribución espacial del poder a escala global –incluyendo el espacio ultraterrestre y el ciberespacio– alterando así el orden geopolítico y minando la posición estadounidense como su principal guardián y beneficiario. Al mismo tiempo, el creciente impacto de los productos, servicios, capitales, ideas y, en general, de los modos de conducta chinos en las diferentes dimensiones de la globalización hará de ésta un fenómeno cada vez menos angloamericano (u “occidental”, si se quiere) y provocarán un cambio en las reglas de juego que la han venido gobernando.

Coda

Tornando la vista hacia las implicaciones para nuestro país del proceso descrito, conviene que prestemos una mayor atención de la que prestamos a fenómenos que tendrán, ya están teniendo, consecuencias incalculables para nuestro presente y futuro. Aunque en un diferente orden de magnitudes, también la posición de España en el mundo, y su misma viabilidad como comunidad política soberana, aparece condicionada, como en el caso de los Estados Unidos y China, por el doble paradigma de la geopolítica y la globalización. Sin embargo, de forma lacerante para un Estado que fuera, desde una visión eurocéntrica de la historia, la primera potencia geopolítica de la Edad Moderna y precursor de la primera fase de la globalización centrada en Occidente –con la apertura de la era de los Descubrimientos y la formación de redes económicas globales, de Sevilla a Manila pasando por Acapulco o Lima–, seguimos careciendo en gran medida de un pensamiento estratégico que, teniendo en cuenta la influencia de esos dos parámetros esenciales, nos permita hacer frente a las oportunidades y riesgos que la era de incertidumbre –alimentada, en parte, por la danza entre el águila y el dragón– presenta para nuestro país.

Para comenzar, debemos ser conscientes de que la aparición de una nueva gran potencia como China, con creciente capacidad para actuar en ámbitos geográficos alejados de su más próxima vecindad, está alterando los equilibrios en regiones donde España tiene identificados una serie de intereses vitales. Hemos hecho referencia a Iberoamérica y al Oriente Medio, pero también al África subsahariana de donde proceden parte de los flujos migratorios que tanto preocupan a nuestra sociedad. En cuanto a Europa, nuestra fijación casi exclusiva en la Unión Europea nos está haciendo olvidar que su actual configuración se está viendo inevitablemente alterada ante su inmersión –puede que su disolución– en un ámbito mucho más amplio, identificado con Eurasia, un macrocontinente donde la UE es tan sólo un actor, y quizá progresivamente cada vez

menos relevante, entre otros que comienzan a reclamar un mayor protagonismo, como Rusia, la propia China o la India, además de los países de Asia central, cada vez más conscientes del peso que les otorgan sus reservas de hidrocarburos y minerales estratégicos, por no mencionar su posición clave en las redes de transporte que, a modo de las antiguas rutas de la Seda, unen los extremos de Europa y Asia.

Además de la inevitable ruptura de equilibrios en las tres regiones hacia las que tradicionalmente hemos enfocado nuestra política exterior –Unión Europea, Iberoamérica y Mediterráneo/Oriente Medio–, el ascenso de China plantea para España otro reto/oportunidad de implicaciones incluso mayores. Aunque no nos estemos dando plenamente cuenta de ello, nuestro país está atravesando por uno de los períodos de mayor transformación en toda su historia. Amén de habernos convertido en la octava potencia económica mundial, nuestra propia constitución interna, nuestra composición demográfica y estructura social e incluso nuestra mentalidad colectiva –la forma de ver y de pensarnos a nosotros mismos y a nuestro entorno– están siendo sometidos a modificaciones constantes producto en gran medida de la extraordinaria apertura de nuestro antaño cerrado solar a las corrientes de la globalización. Y está bien que sea así. Es más, nuestra prosperidad dependerá de que seamos capaces de incrementar nuestro grado de interconexión con los centros más dinámicos de innovación y crecimiento mundiales, entre los cuales se encuentra la propia China y donde nosotros también podemos aspirar a estar y permanecer. Ahora bien, este proyecto puede ponerse en entredicho si las grandes potencias clásicas y emergentes, entre éstas últimas también China, caen en la familiar tentación de formar coaliciones o alianzas excluyentes con el fin de repartirse los espacios y recursos geopolíticos y los flujos de capital e información que constituyen lo esencial de la globalización en esferas de influencia cerradas en las que España sólo cuente en calidad de subordinación y carezca de poder de decisión. Evitar ese escenario, el peor que podríamos concebir, requerirá que seamos capaces de elaborar y poner en práctica un tipo de política exterior

global de la que hemos carecido durante los últimos doscientos años. En toda evidencia, esa nueva política exterior que preconizamos habrá de contar entre sus componentes esenciales con una visión estratégica de lo que significa el ascenso de China y con una organización especializada construida y dirigida específicamente a la interacción con el gigante asiático. La creación de Casa Asia, la elaboración de planes Asia por el Ministerio de Exteriores y Cooperación, la reciente apertura de un Instituto Cervantes en Pekín y la labor de empresas, universidades y fundaciones sin duda ya van en la buena dirección. Pero no es suficiente. Será necesario no sólo realizar un esfuerzo adicional para comprender mejor la realidad que a modo de interrogante nos plantea la China actual, sino también proyectar hacia el pasado y hacia el futuro una empresa cognitiva en la que será esencial desterrar el hábito tan hispánico de despreciar lo que se ignora, comenzando por la propia historia y, muy a menudo, la de los demás. En el caso de China, sobre la que España contó a inicios de la Edad Moderna con una extraordinaria fuente de información y conocimiento gracias a la cual dispusimos de una de las primeras escuelas sinológicas europeas¹⁰², no estaría de más realizar algún que otro ejercicio de imaginación histórica. El que aquí se propone para cerrar este ensayo, a modo de final abierto, es el siguiente: aún está por escribir una obra sobre la significación de España, y del Mundo hispánico, en la his-

102. Gracias a la labor de misioneros como Fray Juan Cobo, a quien se atribuye la primera traducción de una obra china a una lengua europea, el *Espejo rico del claro corazón* (*Beng Sim Po Con*, en el original chino), o Fray Juan González de Mendoza, autor de una *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China*, impreso en 1585 y pronto convertido en un auténtico éxito de ventas entre las principales lenguas europeas. Véase del Val, Joaquín, "Notas sobre la escritura y lengua chinas", en la edición española de la obra de Herbert Franke y Rolf Tranzettel (Franke y Tranzettel, 1978).

toria universal. Si algún osado se atreviera con la empresa, quizá sería un buen consejo el abandonar lugares comunes y ensayar, entre muchas otras posibles, una comparación entre las fascinantes trayectorias de nuestro país y China, al modo de senderos borgianos que se bifurcaran y entrecruzaran a lo largo de los siglos. Después de todo, si China y España en el pasado fueron pioneras en las respectivas globalizaciones, “oriental” y “occidental”, quizá nos interesaría iniciar un diálogo sobre lo que nuestras civilizaciones puedan aportar para alcanzar una globalización auténticamente “cosmopolita”, en beneficio del conjunto de la humanidad. Un buen prolegómeno para el ejercicio propuesto consistiría en recordar aquella frase de Ortega y Gasset, casi una greguería, cuando afirmaba que los españoles somos “los viejos chinos de Occidente”, porque “las hemos visto de todos los colores”. Por ello, añadía “podemos decir algo importante a los demás pueblos sobre lo que pasa en el mundo”¹⁰³. Sea.

103. Ortega y Gasset (Ortega y Gasset, 1989, P. 90).

Referencias bibliográficas

- ACHESON, Dean. *Present at the Creation*. Nueva York: WW. Norton & Company, 1987.
- ADAMS, Brooks. *The New Empire*. Nueva York: Macmillan, 1902.
- BLOUET, Brian W. *Geopolitics and Globalization in the Twentieth Century*. Londres: Reaktion Books, 2001.
- BRZEZINSKI, Zbigniew, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostategic Imperative*. Nueva York: Basic Books, 1997.
- BRZEZINSKI, Zbigniew y MEARSHEIMER, John. "Clash of the Titans". *Foreign Policy* (January/ February, 2005)
- BUSTELO, Pablo, "China y la geopolítica del petróleo en Asia Pacífico". En www.realinstitutoelcano.org/documentos/213.asp. 7/09/2005.
- BUSTELO, Pablo, "El auge de China: ¿amenaza o "ascenso pacífico"? En www.realinstitutoelcano.org/analisis. 10/11/2005.
- CALDER, Kent E. "China and Japan's Simmering Rivalry". *Foreign Affairs*. Vol. 85. No. 2. (March/April 2006).
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- CHANG, Jung y HALLIDAY, John. *Mao. The Unknown Story*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2005.
- CHRISTIAN, David. *Maps of Time. An Introduction to Big History*. California: University of California Press, 2004.
- COHEN, Warren I. *America's Response to China. A History of Sino- American Relations*. Nueva York: Columbia University Press, 1990.
- COOPER, Robert, *The Breaking of Nations: Order and Chaos in the Twenty-First Century*. Londres: Atlantic Books, 2003.
- DELAGE, Fernando, "La política exterior china en la era de la globalización". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No.63. (2003)
- DÍEZ DEL CORRAL, Luis. *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*. Madrid: Alianza Editorial, 1974.

- DUMBAUGH, Kerry y SULLIVAN, Mark P. "Chinas' Growing Interest in Latin America". *Congressional Research Service*. The Library of Congress. 20/04/2005, Accesible en www.fas.org
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe. *Millenium*. Barcelona: Planeta, 1995.
- FOOT, Rosemary. *The Practice of Power: US Relations with China since 1949*. Oxford: Oxford University Press, 1997.
- FRANKE, Herbert y TRANZETTEL, Rolf. *El imperio chino*. Madrid. Ed. Siglo XXI, 1978.
- FRIEDMAN, Thomas L. *The Lexus and the Olive Tree*. Nueva York: Anchor Books, 2000.
- GADDIS, John Lewis. *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*. Oxford: Oxford University Press, 1982.
- GERNET, Jacques. *El mundo chino*. Barcelona: Crítica, 2005.
- GIFFARD, Sydney. *Japan among the Powers, 1890- 1990*. New Haven& Londres: Yale University Press, 1994.
- GOSSET, David. "A World with Chinese Characteristics". En www.ati-mes.com 6/04/2006.
- GRAY, John. "The World is Round". *The New York Review of Books*. 11/08/05.
- GUNDER FRANK, Andre. *ReOrient. Global Economy in the Asian Age*. California: University of California Press, 1998.
- HAAS, Richard. *The Opportunity. America's Moment to Alter History's Course*. Cambridge MA: PublicAffairs, 2005.
- HALE, David y HALE, Hughes. "China Takes Off". *Foreign Affairs* (November/ December, 2003).
- HOBSON, John M. *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*. Barcelona: Crítica, 2006.
- IRIYE, Akira. *China and Japan in the Global Setting*. Massachusetts: Harvard University Press, 1992.
- JOHNSON-FREESE, Joan. *The Chinese Space Program: Mystery Within a Maze*. Florida: Kreiger Publishing Company, 1998.

- KAPLAN, Robert D. "How We Would Fight China". *The Atlantic Monthly*. June, 2005.
- KENNAN, George. *American Diplomacy*. Londres: The University of Chicago Press, 1984.
- KLARE, Michael T. *Resource Wars. The New Landscape of Global Conflict*. Nueva York: First Owl Books, 2002.
- LAFARGUE, François. "La Chine et l'Afrique: un mariage de raison". *Diplomatie*. (septiembre/octubre, 2005).
- LAMPTON, David. *Same Bed, Different Dreams. Managing US-China Relations, 1989-2000*. Londres: University of California Press, 2001.
- LARDY, Nicholas R. "China: Toward a Consumption Driven Growth Path". *Institute for International Economics*. No. PB06-6. (October, 2006).
- LENZENI, L. M. (ed.) *China's Commodity Hunger. Implications for Africa and Latin America*. Frankfort am Main: Deutsche Bank Research, 2006. El informe es accesible en www.dbresearch.com.
- LEVERETT, Flynt y BADER, Jeffrey. "Managing China-US Competition in the Middle East". *The Washington Quarterly* (Winter 2005- 2006)
- LITWAK, Robert S. *Détente and the Nixon Doctrine: American Foreign Policy and the Pursuit of Stability, 1969- 1976*. Cambridge: Cambridge University Press, 1974.
- MACKINDER, H.J. "The Geographical Pivot of History". *Geographic Journal*. No. 23. (1904).
- MAHAN, Alfred T. *The Problem of Asia and its Effects upon International Policies*. Boston: 1900.
- MANN, James. *About Face. A History of America's Curious Relationship with China. From Nixon to Clinton*. Nueva York: Vintage Editions, 2000.
- MARTÍNEZ MONTES, Luis Francisco. "¿Realistas vs. neoconservadores?. La política exterior de los EEUU en el segundo mandato de George W. Bush". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* (mayo, 2005).
- MARTÍNEZ MONTES, Luis Francisco. " La política exterior de los Estados Unidos: continuidad y cambio". *Tiempo de Paz*. No. 73. (verano 2004)

- MAYERS, David. *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*. Oxford: Oxford University Press, 1988.
- MEARSHEIMER, John. *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: W.W. Norton, 2001.
- MEDEIROS, Evan S., CLIFF, Roger; CRANE, Keith y MULVENON, James C. *A New Direction of China's Defense Industry*. Santa Mónica: RAND Corporation, 2005.
- NATHAN, Andrew y GILLEY, Bruce. *China's New Rulers. The Secret Files*. Londres: Granta Publications, 2003.
- NEEDHAM, Joseph y LING, Wang. *Science and Civilisation in China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1959.
- ORTEGA Y GASSET, José. *Una interpretación de la historia universal*. Madrid. Alianza Editorial, 1989.
- PAN, Esther. "South Korea's Ties with China, Japan and the U.S: Defining a New Role in a Dangerous Neighborhood". Nueva York: Council on Foreign Relations, 8/02/06. En: www.cfr.org/publication/9808/south_koreas_ties_with_china_japan_and_usa.
- PAZ, Octavio. *Tiempo Nublado*. Barcelona: Seix Barral, 1987.
- PEYREFITTE, Alain. *L'Empire immobile*. París: Fayard, 1989.
- PRESTOWITZ, Clyde. *Three Billion New Capitalists: The Great Shift of Wealth and Power to the East*. Nueva York: Basic Books, 2005.
- ROSENBERG, Justin. *The Follies of Globalisation Theory*. Londres: Verso, 2000.
- SHAMBAUGH, David y ROBINSON, Thomas. *Chinese Foreign Policy. Theory and Practice*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
- SEGAL, Adam. "The Civilian High-Tech Economy: Where is it Heading?". Council on Foreign Relations, 16/03/2006. Disponible en www.cfr.org/publications/10179/the_civilian_hightechnology_economy.html
- SEGAL, Adam; BROWN, Harold; PRUEHER Joseph. *Chinese Military Power*. Nueva York: Council on Foreign Relations, 2003.

- SEGAL, Gerald. "Does China Matters?". *Foreign Affairs* (September/October 1999)
- SMITH, Marcia S. "China's Space Programme: An Overview". Congressional Research Service. The Library of Congress. 18/12/2005. Accesible en www.fas.org.
- SMITH, Neil. *American Empire. Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*. Londres: University of California Press, 2003
- SÁNCHEZ ANCOCHEA, Diego, " El impacto de China en América Latina: ¿oportunidad o amenaza?" 21/11/2006. Accesible en www.realinstitutoelcano.org/analisis.
- SANTISO, Javier, "La emergencia de China y su impacto en América Latina". *Política Exterior*. No. 107. (Septiembre/Octubre, 2005).
- SOTO, Augusto, "China y la conflictividad regional: una mirada panorámica". *Revista CIDOB d'Afers Internationals*. No. 63. (2003).
- SPENGLER, Oswald. *The Decline of the West*. Oxford: Oxford University Press, 1991.
- SUTTER, Robert G. *China's Rise in Asia. Promises and Perils*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2005.
- THOMAS, Hugh. *Paz armada. Los comienzos de la Guerra Fría (1945-1946)*. Barcelona: Grijalbo, 1988.
- TOYNBEE, Arnold. *A Study of History*. Oxford: Oxford University Press, 1974.
- VOGEL, Ezra. *Living with China. US/China Relations in the Twenty First Century*. Nueva York: WW. Norton & Company, 1997.
- VV.AA China. *The Balance Sheet. What the World Needs to Know about the Emerging Superpower*. Nueva York: Center for Strategic and International Studies and the Institute for International Economics. Public Affairs, 2006.
- WILSON, Dominic y PURUSHOTHAMAN, Roopa, "Dreaming with BRICs: The Path to 2050". *Global Economic Paper*. No. 99 (1st October 2003).